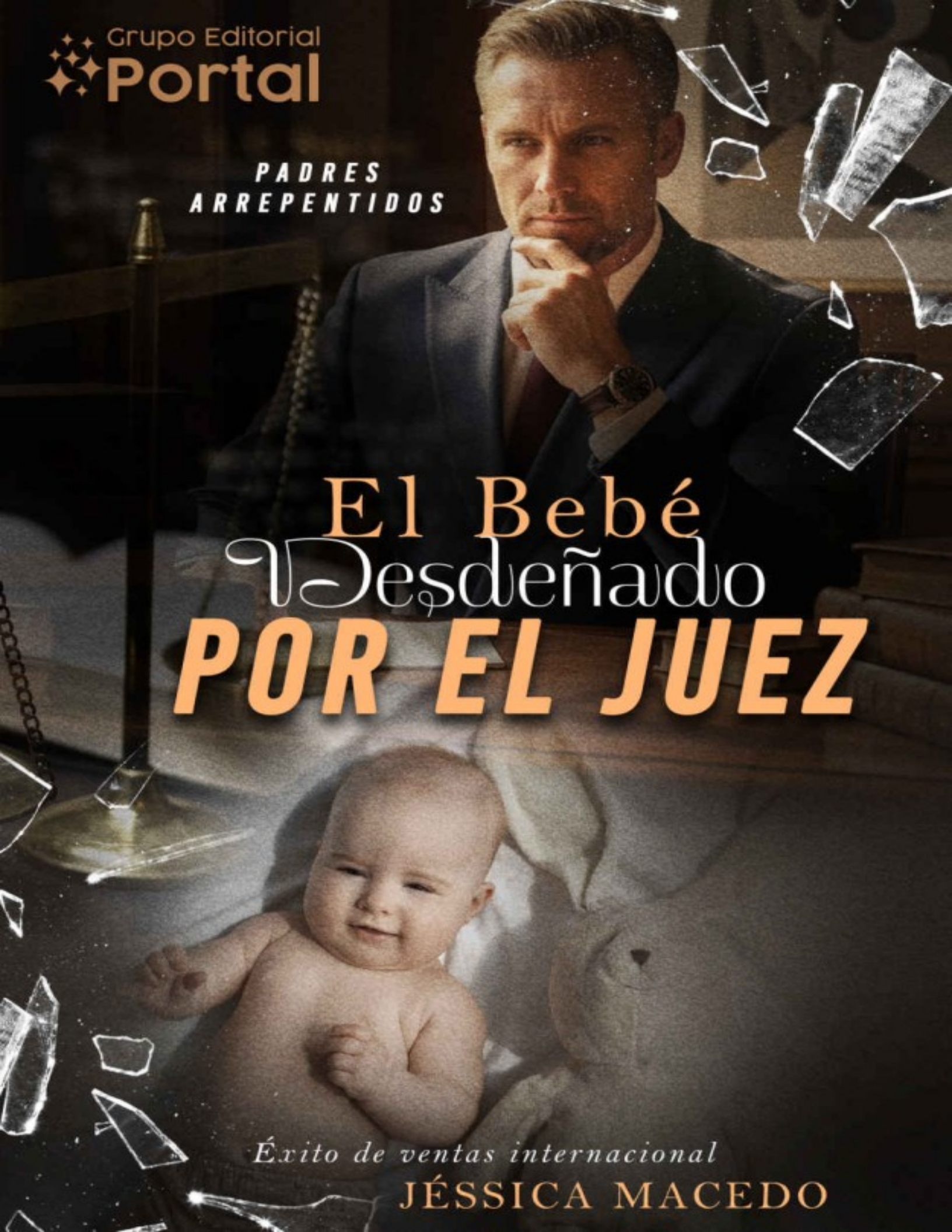
Grupo Editorial
Portal

PADRES
ARREPENTIDOS

El Bebé Desdeñado POR EL JUEZ



Éxito de ventas internacional

JÉSSICA MACEDO

Best-seller international

JÉSSICA MACEDO

PADRES
ARREPENTIDOS

El Bebé Desdeñado POR EL JUEZ

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño: Gráfico Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Para Bruna, mi querida lectora ♥

Índice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 36
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo
Otras obras
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Dante Azevedo siempre ha sido un hombre por encima de la ley. Juez temido, implacable e incorruptible, construyó su carrera sobre el control de las emociones, de las personas y del destino ajeno. Ningún fallo manchaba su nombre... hasta que Bruna Magallanes cruzó su puerta.

Ambiciosa y decidida, ella veía el tribunal como el camino hacia la cima, pero él la veía como una distracción. Bastó una noche para que todo se derrumbara. El hombre que juzgaba a todos perdió el control sobre sí mismo y esperaba poder barrer el error bajo la alfombra, pero ella no iba a dejar que lo destruyera.

Meses después, Bruna regresa: embarazada, una abogada lista para enfrentarse a él en el mismo tribunal donde Dante destruyó su vida; y el juez, que nunca se doblegó ante nadie, tendrá que enfrentarse a su propio veredicto: la redención.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 1

El frío mármol del Tribunal de Justicia parecía absorber el calor de mi cuerpo, pero no era suficiente para apagar la llama que ardía en mi pecho. Cada paso que daba con mis tacones altos, resonando en los imponentes pasillos, era un paso hacia el futuro que había diseñado para mí misma. Ser abogada. No una abogada cualquiera, sino la mejor.

Respiré hondo, sintiendo el olor a papel viejo, café fuerte y el perfume caro que parecía flotar en el aire como una niebla de poder. Hombres con trajes impecables pasaban a mi lado, llevando maletines de cuero y hablando en voz baja y segura. Eran jueces, fiscales, abogados de renombre... los dueños de ese universo en el que estaba a punto de infiltrarme.

—¿Señorita? —Una mujer mayor, con una tarjeta de identificación de empleada y una mirada cansada, me miró de arriba abajo—. ¿La nueva becaria?

—Sí, señora. Bruna Magallanes. —Enderecé la postura, hinchando el pecho como si mi chaqueta barata fuera una armadura

—. Me han asignado al despacho del juez Guillermo Bastos.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos durante una milésima de segundo antes de recuperar la compostura. Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en sus labios.

—Ah, la oficina del Dr. Bastos. Último pasillo a la derecha, sala 304. Buena suerte, querida. —Me guiñó un ojo—. La vas a necesitar.

Ignoré su tono enigmático. La suerte era para los débiles. Yo tenía determinación.

Mientras caminaba, mi mente repasaba todo lo que había leído sobre él. El juez Guillermo Bastos era el más joven en asumir un tribunal penal en la historia del estado. Famoso por sus sentencias implacables y su historial impecable. En las fotos, era un hombre de mandíbula cuadrada, mirada penetrante y una arrogancia que parecía innata. Un hombre que, al igual que yo, no tenía miedo de llegar a la cima.

Me detuve ante la puerta de madera maciza con el letrero dorado: Despacho del juez - Dr. Dante Azevedo. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, en una mezcla de nerviosismo y emoción. Era aquí. Era el comienzo de todo.

Llamé dos veces, sintiendo la fría madera bajo mis nudillos.

—Adelante.

La voz que sonó desde dentro era grave, autoritaria y me provocó un escalofrío. Tragué saliva, giré el picaporte y entré, lista para enfrentarme al hombre que, aún sin saberlo, estaba a punto de poner mi mundo patas arriba.

La sala era amplia, llena de estanterías que iban del suelo al techo, repletas de libros con lomos de cuero que parecían valer más que todo lo que yo poseía. El aire era enrarecido, pesado por el silencio de las decisiones que sellaban destinos y, sentado detrás de una imponente mesa de caoba, estaba él.

No era el juez Bastos.

El hombre que levantó la vista hacia mí parecía esculpido en piedra. El traje oscuro, de un corte que gritaba sastrería a medida, realzaba sus anchos hombros. El cabello rubio, impecablemente peinado hacia atrás, tenía una o dos canas en las sienes, un detalle que solo acentuaba su madurez. No era el hombre de las fotos. Era más viejo, más intimidante. Su rostro tenía rasgos duros y la boca era una línea recta, y los ojos, de un azul tan intenso que parecían océanos, me evaluaron con una frialdad penetrante.

El juez Dante Azevedo, susurró mi mente, recuperando la información de mis frenéticas búsquedas. 45 años, severo, respetado y, según todas las fuentes, completamente inaccesible. El verdadero poder detrás del tribunal penal. El juez Bastos era solo un asistente.

—¿Sí? —Su voz era aún más grave en persona y vibraba con impaciencia. No hizo ademán de sonreír ni de invitarme a pasar.

—Buenos días, Excelencia. —Mi voz sonó firme, lo que me pareció un pequeño milagro—. Soy Bruna Magallanes, la nueva becaria. Me han informado que me presentaría ante el juez Bastos.

Dante Azevedo se recostó en la silla de cuero con un movimiento lento y calculado. Sus ojos no parpadearon, analizándome como si fuera un molesto error en un proceso.

—El Dr. Bastos está en una audiencia externa. No volverá hoy. —Hizo una pausa. El silencio que se instaló fue pesado e incómodo. Me sentí desnuda bajo esa mirada juzgadora—. Nadie me informó sobre una nueva pasante.

El mensaje era claro: no era bienvenida. Era un imprevisto, una pieza fuera de lugar en su tablero meticulosamente organizado.

La ambición dentro de mí se erizó, aceptando el desafío silencioso. No era de las que se acobardaba.

—Le pido disculpas por las molestias, Excelencia. Puedo esperar las instrucciones de la secretaria o...

—La secretaria está ocupada —me interrumpió con voz aguda —. Hay una pila de expedientes en la mesa de la esquina. —Sus ojos se desviaron hacia una pila de carpetas amarillentas que parecían tocar el techo—. Quiero un resumen de cada uno de ellos. Jurisprudencia, puntos principales y posibles fallos en la acusación. ¡Para ayer!

Tragué saliva.

Era trabajo para una semana, como mínimo. No me estaba dando una tarea. Me estaba poniendo a prueba, humillándome y esperando que fallara antes incluso de empezar.

—Sí, Excelencia —respondí, con el mentón levantado y mirándolo a los ojos.

Por un instante, solo un instante, vi algo brillar en su mirada. No era sorpresa, tal vez una pizca de respeto a regañadientes. O tal vez solo fuera mi deseo hablando más alto.

Asintió con la cabeza, un gesto mínimo de despedida, y volvió su atención a los documentos que tenía sobre la mesa, descartando mi presencia como si ya hubiera desaparecido.

Mientras caminaba hacia la pila de expedientes, sintiendo su espalda vuelta hacia mí como un muro, una certeza se formó en mi mente. Ese hombre era la personificación del poder que tanto ansiaba. Ganarme su respeto no sería solo parte de las prácticas. Sería mi primer caso importante, y no iba a perder.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 2

El sonido de la puerta al abrirse fue una interrupción no deseada. Levanté la vista de los expedientes del caso de homicidio, sintiendo cómo la irritación se formaba en mi garganta como un ácido. Mi despacho era un santuario, un refugio del caos de los pasillos y las emociones descontroladas que impregnaban el tribunal.

No me gustaba que me interrumpieran, y menos aún los pasantes.

Eran un mal necesario, un flujo constante de jóvenes ambiciosos y llenos de teorías que apenas sabían la diferencia entre un *hábeas corpus* y una lista de compras. Una pérdida de tiempo. Eran responsabilidad de Guillermo, mi juez auxiliar, que parecía tener una paciencia infinita para enseñar los fundamentos del derecho penal a niños que apenas habían dejado los pañales.

Cuando entró, mi primera impresión fue precisamente esa: una niña. Demasiado joven, con el rostro liso, libre de las marcas de las noches de insomnio y las decisiones imposibles. Llevaba una chaqueta que, aunque bien planchada, no conseguía ocultar la tela

barata, en un intento de encajar en un mundo que la devoraría sin contemplaciones. Era aparentemente ingenua, con ojos grandes y expresivos que absorbían cada detalle de mi sala.

Entonces, sus ojos se encontraron con los míos y la ingenuidad desapareció. En su lugar, vi una llama. Una chispa de desafío, de ambición pura y desnuda. No se encogió bajo mi mirada, no desvió los ojos como haría la mayoría. Me sostuvo, con el mentón levantado, en una postura que desafiaba su insignificante estatus.

Y, demonios, era preciosa.

La constatación me golpeó como un puñetazo en el estómago, un hecho tan inoportuno como su propia presencia. Su belleza era cruda y natural. Su piel bronceada contrastaba con su cabello oscuro y largo. Su boca, sin pintalabios, era carnosa y tentadora. La camisa blanca bajo la chaqueta barata insinuaba curvas que no tenían cabida en un despacho de juez, y mucho menos en mis pensamientos.

Reprimí mi reacción física con la disciplina de años. Las mujeres eran una distracción que no podía permitirme. Eran debilidades... y yo no tenía espacio para debilidades en mi vida.

—Nadie me ha informado de una nueva becaria —dije, en un tono más duro de lo necesario, creando una barrera para la reacción indeseada de mi cuerpo.

Ella no vaciló. Se explicó con una formalidad irritante, con voz firme, sin una pizca de temblor. *Bruna Magallanes...* El nombre resonó brevemente en mi mente antes de descartarlo. Los nombres de los pasantes eran irrelevantes. Venían y se iban.

Le asigné una tarea imposible, una prueba clara para aplastar esa confianza petulante. Una montaña de expedientes que la mantendrían ocupada y, lo más importante, lejos de mí. Cualquier otro se habría puesto pálido y habría balbuceado una excusa.

—Sí, Excelencia.

Su respuesta, clara y directa, me tomó por sorpresa. Ese fuego en sus ojos se intensificó, aceptando el desafío. Por un breve momento, sentí una pizca de algo que se asemejaba al respeto. Lo cual era una chispa peligrosa.

Aparté la mirada y volví a mis papeles como si ella ya no existiera. Necesitaba que no existiera. Al fin y al cabo, era un problema de Guillermo. Pronto volvería y ella sería responsabilidad suya.

Sin embargo, mientras miraba las letras negras en el papel blanco, su imagen no se disipaba. La postura desafiante, los ojos hambrientos y, sobre todo, la belleza inquietante de aquella joven. Sentí una punzada de irritación, no con ella, sino conmigo mismo.

Tenía la incómoda sensación de que, aunque fuera responsabilidad de Guillermo, la becaria ya se había convertido en un problema para mí.

Se movió con silenciosa eficiencia hacia el rincón de la sala, y el suave susurro de las páginas antiguas se convirtió en una nueva y no deseada banda sonora en mi despacho. Forcé mi concentración para volver al proceso que tenía delante. Un caso brutal, lleno de detalles sórdidos y fotografías que harían vomitar a un hombre común. Para mí, solo eran hechos. Piezas de un rompecabezas que tenía que armar con lógica fría e imparcial.

Era mi mundo. Un mundo de orden, de control. Un mundo en el que las emociones eran pasivas, vulnerabilidades que la parte contraria podría explotar.

Pero la conciencia de su presencia era como un ruido estático bajo la superficie de mi concentración, una distracción persistente.

Levanté la vista por un breve segundo, con el pretexto de alcanzar mi bolígrafo. Ella estaba de espaldas a mí, inclinada sobre la mesa lateral, con la chaqueta oscura estirándose ligeramente sobre la curva de su espalda. Su cabello caía como una cortina oscura y sedosa, y la tenue luz de la lámpara creaba un brillo rojizo en sus mechones. Se mordió el labio inferior mientras leía, un gesto inconsciente, probablemente de concentración. Un gesto que aceleró mi pulso de una manera totalmente inapropiada.

¿Qué demonios es esto, Dante?

La reprimenda en mi mente fue inmediata, cáustica. Yo era juez del Tribunal de Justicia. Tenía unos cuarenta y cinco años. Ella era una becaria, una jovencita, prácticamente una niña a mis ojos y, lo más importante, era responsabilidad de Guillermo.

Apreté el puño bajo la mesa. La excitación era una necesidad primitiva, algo que resolvía de forma discreta, eficiente y sin ningún tipo de complicación emocional. Con mujeres de mi edad, de mi círculo, que entendían las reglas. Nunca, bajo ninguna circunstancia, dentro de mi despacho. Este lugar era sagrado.

Volví a leer la misma frase del expediente por tercera vez, las palabras se negaban a tener sentido. El sutil aroma de su perfume:

algo floral, barato, pero innegablemente femenino, parecía haberse infiltrado en el aire acondicionado. El sonido de su respiración tranquila era un contrapunto irritante a mi propio ritmo interno, que estaba de cualquier modo menos tranquilo.

Era humillante. Yo, que desarmaba a los abogados más astutos con un simple arqueo de cejas, estaba siendo desestabilizado por la mera presencia de una pasante. Una mujer más joven, con ojos demasiado ambiciosos y un cuerpo que prometía el tipo de caos que había pasado toda mi vida evitando.

Ignórala. Era sencillo. Era la única opción.

Mientras el silencio se prolongaba, roto solo por el pasar de las páginas, sabía que me estaba mintiendo a mí mismo. Su presencia no era una sombra. Era un foco de luz cálida y perturbadora, e ignorarla sería mucho más difícil de lo que me atrevía a admitir.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 3

Los días siguientes se convirtieron en una rutina de inmersión total. El juez Guillermo Bastos era exactamente lo contrario de su superior: accesible, didáctico y con una paciencia que rayaba en la santidad. Me pasaba los expedientes, me explicaba los detalles de las decisiones y parecía genuinamente interesado en enseñarme. Bajo su tutela, estaba aprendiendo más en una semana que en todo un semestre en la universidad. Estaba viviendo un sueño, devorando cada tarea y cada nuevo aprendizaje.

Sin embargo, era una paz frágil, una calma que solo existía en la superficie. Porque Dante Azevedo siempre estaba allí.

No necesitaba decir una palabra. Su presencia en la oficina era como un cambio en la presión atmosférica, densa y opresiva. Cuando entraba, las conversaciones cesaban, el aire parecía enrarecerse. Yo trabajaba en una mesa en la esquina, teóricamente invisible, pero sentía el peso de su existencia a cada segundo y, sobre todo, sentía el juicio en sus ojos.

Ocurría cuando menos lo esperaba. Estaba concentrada en un proceso y una sensación de hormigueo en la nuca me hacía levantar la cabeza. Invariablemente, nuestras miradas se cruzaban. Él me observaba

por encima de la pantalla de su ordenador o de los documentos que leía, y su rostro permanecía impasible. Sin embargo, sus ojos... ah, ellos contaban otra historia.

No era la mirada de un jefe evaluando a su subordinada. Era algo más primitivo, más intenso... una mirada depredadora. Me contemplaba como un lobo mira a su presa desde la distancia: con una mezcla de curiosidad, evaluación y un hambre contenida que hacía que todo mi cuerpo se erizara.

En uno de esos momentos, me dirigía a la cocina a tomar un café. Él salía de su despacho justo cuando yo pasaba. El estrecho pasillo nos obligó a quedarnos a centímetros el uno del otro. Contuve la respiración, el aroma amaderado y masculino de su perfume me invadió. Sus ojos, de un azul gélido que había notado bajo la luz más clara, bajaron por mi rostro, se posaron por una fracción de segundo en mi boca y volvieron a encontrarse con los míos.

Mi corazón dio un vuelco y comenzó a latir descontroladamente en mi pecho. El mundo a mi alrededor pareció desaparecer. En ese instante, no éramos juez y pasante. Éramos solo un hombre y una mujer, atrapados en una tensión casi palpable.

—Disculpa... —murmuré, tratando de disimular mi desconcierto.

Él no respondió. Solo dio un paso hacia un lado, con la mandíbula apretada, dejándome pasar. Sin embargo, sus ojos me siguieron mientras

me alejaba, quemándome la espalda.

Llegué a la cocina con las manos temblorosas, casi derramo el café de la taza.

¿Qué fue eso?

Yo era ambiciosa, centrada. Los hombres nunca habían sido una distracción. Sin embargo, Dante Azevedo no era un hombre cualquiera. Era un desafío, un enigma envuelto en poder y peligro.

Y la forma en que me miraba, esa intensidad depredadora que debería asustarme, en cambio, encendía algo dentro de mí. Algo imprudente y desconcertante. Ese lobo me intimidaba, pero, para mi completa desesperación, también me atraía de una manera que no podía ni siquiera empezar a entender.

Llegó el final de la tarde del viernes y, con él, un vaciamiento gradual de la sala del tribunal. El ritmo frenético dio paso a un silencio pesado, roto solo por el zumbido lejano de una enceradora en otro piso. El juez Guillermo ordenó su escritorio, me dio las últimas instrucciones para el lunes y se despidió con una sonrisa cansada.

—Que tengas un buen fin de semana, Bruna. No hace falta que te quedes hasta muy tarde. El Dr. Azevedo suele ser el último en irse, pero no te sientas obligada a acompañarlo.

Asentí, pero sentí un nudo en el estómago. La idea de quedarme sola con Dante Azevedo era a la vez aterradora y emocionante.

En cuanto se cerró la puerta detrás de Guillermo, el ambiente cambió. El despacho, que antes era un lugar de aprendizaje, se convirtió en una jaula y el depredador seguía allí.

Podía oírlo. El suave clic de su bolígrafo contra la mesa, el lento pasar de una página. Cada sonido se amplificaba por el silencio y mi conciencia de su presencia se volvió casi dolorosa. Fingí estar completamente absorta en el último documento que Guillermo me había dejado, pero mis palabras se entremezclaban. Todo mi ser estaba sintonizado con el hombre al otro lado de la sala...

Oí pasos y levanté la cabeza, con el corazón latiendo como una alarma. No se marchaba. Venía hacia mí.

Dante se detuvo junto a mi mesa, alto e imponente. Cruzó los brazos sobre el pecho, haciendo que el traje oscuro se tensara sobre sus músculos. Su mirada no era la de un lobo en la distancia, sino la de uno que ha acorralado a su presa.

—¿Cómo van los casos que te asigné? —Su voz era baja, casi un gruñido, que me erizó el vello de la nuca.

—Estoy avanzando, Excelencia —logré articular—. Pretendo terminar los primeros resúmenes este fin de semana.

Sus ojos azules recorrieron mi rostro, deteniéndose en mi boca antes de volver a encontrarse con los míos. Un intenso calor subió por mi cuello, incendiando mis mejillas. Él sabía el efecto que tenía sobre mí y parecía deleitarse con ello.

—No te pagan por trabajar los fines de semana, becaria. —Había un tono burlón en su voz.

—No es por el sueldo, Excelencia. Es por la oportunidad.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, un gesto tan rápido que casi pensé que lo había imaginado. Se inclinó, apoyando una mano en mi mesa, con su cuerpo ahora suspendido sobre el mío. Su perfume me envolvió, embriagador. Podía ver los hilos dorados de su barba sin afeitar, sentir el calor que emanaba de su cuerpo. El espacio entre nosotros era tan pequeño y tan cargado que apenas podía respirar.

—Oportunidad... —repitió, en un tono peligrosamente suave—. Tienes hambre, ¿verdad, Bruna?

El uso de mi nombre fue una sorpresa, íntima y calculada. Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera procesarlo, provocando un latido fuerte e insistente entre mis piernas. Se inclinó un poco más, dejando su rostro a centímetros del mío.

—Ten cuidado de no morder más de lo que puedes tragar.

Su aliento cálido rozó mi piel y cerré los ojos por un instante. Esperaba que se alejara, que me dejara allí, en ruinas. Pero no retrocedió. En cambio, la mano que tenía apoyada en la mesa se movió y sus dedos tocaron mi mentón, obligándome a abrir los ojos y mirarlo.

—Porque yo también muerdo —susurró.

Entonces, su boca aplastó la mía.

No fue un beso, fue una demostración de poder. Sus labios eran duros, exigentes, moviéndose sobre los míos con un hambre que me robó el aire y la razón. Un gemido de sorpresa murió en mi garganta cuando su lengua invadió mi boca, dominante, explorando cada rincón sin pedir permiso. Por un segundo, mi cuerpo se quedó rígido, sorprendido por la audacia y la ruptura de todas las reglas, pero mi resistencia duró solo un segundo.

Pronto, algo dentro de mí se rompió. La ambición, la atracción, la frustración... todo se fundió en una llamarada de deseo. Mis manos, que estaban inertes sobre la mesa, se levantaron y se aferraron a su traje, tirando de él para acercarlo más. Le devolví el beso con la misma ferocidad, en una batalla de lenguas y voluntades.

El rugido que salió de su garganta no era un sonido, era una vibración primitiva que resonó directamente desde su boca hasta lo más profundo de mi ser, un terremoto que disolvió cualquier pensamiento coherente. Su mano, una garra implacable, no me sacó de la silla; me

arrancó de mi mundo de reglas y decoro, llevándome al suyo, un reino de pura voluptuosidad. Mi cuerpo chocó contra el suyo en un impacto que me dejó sin aliento, y la evidencia física de su deseo, la rigidez inflexible de su erección presionando contra mi vientre, hizo que mis rodillas se derritieran. No fue un desmayo; fue una disolución.

Me empujó contra la mesa y el mundo de los sonidos racionales se derrumbó con la pila de papeles que se esparció por el suelo. Ese ruido fue el último suspiro de una realidad que ya no nos importaba. El universo se había contraído hasta quedar reducido a la superficie pulida de la madera bajo mi espalda, su sombra sobre mí y el fuego que nos consumía.

Sus manos eran como huracanes y estaban por todas partes. Una de ellas se hundió en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás con una fuerza que debería haberme dolido, pero que solo alimentaba el éxtasis.La curva de mi cuello quedó al descubierto, como una ofrenda. La otra mano trazó un camino de fuego por mi espalda y apretó mis nalgas con una intensidad que era casi un castigo, moldeando la carne bajo la tela de la falda, antes de subir, con agonizante deliberación, por la parte interna de mi muslo. La seda de mis medias crujió bajo su áspero tacto, en un contraste deliciosamente perverso.

—Señoría... —Un gemido escapó de mis labios en un suspiro ronco, en una protesta débil y mentirosa, más un mantra de rendición que una

negación. Fue entonces cuando sus dedos, hábiles y despiadados, encontraron la fina barra de encaje de mis bragas.

—Silencio. —La orden no fue una petición, fue una sentencia. Abandonó mis labios y su boca se convirtió en un instrumento de tormento y placer en la piel hipersensible de mi cuello. Sentía la textura áspera de su lengua, la presión calculada de sus dientes mordisqueando el tendón y el calor húmedo de la succión que sabía, con una punzada de perverso triunfo, que marcaría mi piel. Estaba perdida, naufragando en la mirada tempestuosa de aquel juez inaccesible y en mi propio deseo, en una llama imprudente que yo misma había alimentado.

En un movimiento fluido que denotaba una fuerza contenida aterradora, sus manos rodearon mi cintura y me levantaron en el aire como si no pesara más que uno de sus libros de derecho. En un instante, estaba sentada en el borde de la imponente mesa de caoba. Él se colocó entre mis piernas, separando mis rodillas con un suave empujón de sus caderas, y la seda de mi falda hizo un suave ruido contra la madera pulida. Los pesados tomos de derecho, encuadernados en cuero, eran nuestros únicos espectadores, testigos silenciosos y cómplices de mi propia ruina.

No me quitó las bragas; rasgó la delicada tela hacia un lado con un gesto brusco y sin ceremonias, el chasquido del elástico fue un presagio de lo que estaba por venir. El sonido de la cremallera de sus pantalones al abrirse fue un ruido cargado de una promesa abrumadora. Entonces, la

punta de su miembro, duro y caliente, presionó contra mi entrada, ya empapada de deseo, y durante un momento eterno, permaneció allí, en una agonizante suspensión, antes de la embestida final.

Cuando entró en mí, llenándome de una sola vez, fue como ser destrozada y remendada al mismo tiempo. Un grito estridente, ronco e involuntario, rasgó mi garganta, pero él lo capturó con su boca, sellando mis labios con otro beso salvaje, un beso que tenía el sabor salado de mi sudor y el sabor metálico del poder transgredido.

Cada embestida era una afirmación, una colisión de mundos. Podía sentir la textura áspera de su lujosa chaqueta contra mis brazos desnudos y el aroma de su perfume amaderado mezclado con el aroma de nuestro sexo. El ritmo era frenético y primitivo. El golpe de nuestros cuerpos unidos resonaba en la sala silenciosa, como un tambor tocando en una danza de perdición. Mis manos agarraban sus hombros para anclarme, y mis uñas se clavaban en la tela de su traje hasta encontrar la piel debajo, marcándolo como él me marcaba a mí.

Cambió el ángulo y una oleada de placer tan intenso que rayaba en el dolor me recorrió como un rayo. Mis ojos se voltearon hacia atrás y volví a gritar, con un sonido ahogado por su hombro, donde enterré mi rostro. Estaba perdida más allá de la vergüenza y de la razón. Mientras él me conducía implacablemente hacia el abismo, cada espasmo de placer era un clavo en el ataúd de mi antigua vida. En el momento en que el éxtasis me

partió en dos, violento y abrumador, una certeza aterradora se encendió en mi conciencia, más clara y cruda que nunca: no solo estaba acostándome con el juez. Me estaba inmolando, voluntaria y alegremente, en el mismo fuego que siempre había soñado, tonta y arrogantemente, dominar algún día. Y en esa llama, estaba siendo completamente consumida.



Capítulo 4

El sol del sábado por la mañana invadió mi apartamento como una acusación, la luz despiadada iluminaba el polvo en el aire y el vaso de whisky que había dejado en la mesita de noche. Me dolía la cabeza, no por la bebida, sino por el peso de lo que había hecho.

Arrepentimiento...

Era una sensación extraña, casi desconocida para mí. Tomaba decisiones, afrontaba las consecuencias y seguía adelante. Sin embargo, lo que había sucedido la noche anterior no había sido una decisión. Había sido una explosión. Una pérdida de control total e imperdonable.

¡Maldita sea! Me acosté con la becaria de mi escritorio

La frase resonaba en mi mente, cruda y vulgar. Cada palabra era una bofetada a todo lo que había construido: mi reputación, mi disciplina, la barrera impenetrable entre mi vida profesional y mis impulsos. Años de autocontrol, destruidos en minutos por una chica con hambre en los ojos y un cuerpo que encajaba en el mío como una pieza perfecta.

¡Mierda! Solo es una chica, Dante.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo cómo la barba sin afeitar me arañaba la palma. El recuerdo era vívido y sensorial. Su olor, el sabor de su boca, el sonido de sus gemidos ahogados, la forma en que sus uñas se clavaban en mis hombros... y lo peor de todo: la imagen de su rostro después, sonrojado por el placer y la sorpresa, con los ojos brillantes por una peligrosa mezcla de miedo y satisfacción.

Débil...

La palabra me golpeó con la fuerza de un veredicto. Había cedido a un deseo primitivo, había roto mi regla más fundamental. Mi despacho era mi templo, el epicentro de mi poder, y lo había profanado.

Pasé el resto del fin de semana tratando de apagar el incendio en mi mente. Corrí diez kilómetros en el parque hasta que me ardieron los pulmones, me encerré en la oficina, sumergiéndome en procesos complejos, tratando de sofocar el recuerdo de ella con jerga legal y detalles técnicos.

Fue inútil...

Con cada página que pasaba, veía sus ojos desafiantes.

El lunes llegué al tribunal más temprano de lo habitual, vistiendo la determinación fría como una armadura de hielo. La estrategia era simple: ignorarla. Tratar lo que sucedió como una alucinación, un lapsus momentáneo que nunca se repetiría. Ella no existía para mí más allá de su función.

Cuando Bruna llegó, puntual como siempre, no levanté la vista. Sentí su presencia, un sutil cambio en el aire, su perfume que mi traicionero cerebro insistía en reconocer. La oí decir un "buenos días" contenido a Guillermo, con una voz un poco más baja de lo normal. Mantuve la mirada fija en la pantalla del ordenador.

Durante todo el día, la evité con precisión quirúrgica. Si ella estaba en la cocina, yo esperaba. Si necesitaba hablar con Guillermo, lo llamaba a mi oficina, en lugar de ir a su mesa. Cada uno de mis movimientos estaba calculado para mantener la mayor distancia posible. Era un juego de ajedrez tenso y silencioso, y podía sentir que ella también lo estaba jugando, manteniéndose ocupada, con la cabeza gacha, evitando mi campo de visión.

Una vez, a media tarde, tuve que tomar un libro de la estantería que había detrás de su mesa. Contuve la respiración al acercarme, con el cuerpo rígido. Ella se encogió ligeramente en la

silla, sin volverse. El calor que emanaba era casi palpable, y el recuerdo de cómo ese calor calentaba mi piel me golpeó con fuerza. Tomé el libro y retrocedí como si hubiera tocado fuego.

Era insoportable. La tensión era mil veces peor que el deseo. Era una cuerda tensada entre nosotros, vibrando con cada mirada fugaz, con cada movimiento contenido. No tenía el control. Estaba reaccionando ante ella y odiaba eso.

Al final del día, cuando Guillermo se preparaba para salir, tomé una decisión.

—Guillermo —lo llamé, con una voz más áspera de lo que pretendía.

Él, que estaba organizando unos papeles, me miró.

—A partir de mañana, la becaria trabajará exclusivamente contigo, en tu despacho. No quiero interrupciones en mi oficina.

El silencio que siguió fue pesado. Vi cómo Guillermo apretaba la mandíbula, confundido, pero se limitó a asentir.

Necesitaba construir un muro. Si no podía borrar el recuerdo de lo que habíamos hecho, entonces borraría su presencia de mi

vista. Era la única forma de garantizar que el incendio no volviera a empezar.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 5

El lunes llegó como una sentencia. Cada paso que daba hacia el tribunal parecía pesar una tonelada. El recuerdo de lo que había sucedido el viernes, en su escritorio, era una película explícita y humillante que se repetía en mi mente.

¿Qué había hecho?

En un momento, había arriesgado todo por lo que había luchado, todo lo que soñaba ser. ¿Y por qué? Por un impulso salvaje, por un hombre que apenas sabía mi nombre.

El arrepentimiento era una bilis amarga en mi garganta. Yo no era esa chica. Yo era Bruna Magallanes, la estudiante sobresaliente, la futura abogada brillante, la mujer que mantenía el control. Sin embargo, el viernes por la noche no fui nada de eso. No fui más que un cuerpo en llamas, cediendo al depredador que me acorraló.

El castigo llegó de forma rápida y brutal.

Tan pronto como llegué, antes incluso de poder dejar mi bolso en "mi" escritorio, el juez Guillermo me llamó con una mirada avergonzada.

—Bruna, buenos días. El Dr. Azevedo ha solicitado que te sientes aquí, en esta mesa auxiliar, frente a la mía. Para facilitar nuestra comunicación.

"*Facilitar nuestra comunicación*". Era una excusa poco convincente y ambos lo sabíamos. Era un exilio. Me habían expulsado de su despacho, expulsado de su presencia. La vergüenza me golpeó con fuerza física y un calor que me subió por el cuello. Solo asentí, incapaz de articular palabra, y moví mis pocas cosas bajo la mirada compasiva de Guillermo.

Los días que siguieron fueron una forma de tortura silenciosa.

Si antes la presencia de Dante era opresiva, su ausencia calculada era mil veces peor. Pasaba junto a mí en el pasillo y sus ojos azules me atravesaban como si fuera de cristal. Ni una chispa, ni un reconocimiento. Nada. Era como si el viernes nunca hubiera existido. Para él, yo era menos que una becaria. Me había convertido en una mancha que había limpiado de su alfombra.

Su severidad, antes una característica intimidante, después de lo que había pasado, parecía dirigida únicamente a mí. Si necesitaba un expediente que yo tenía, no me lo pedía. Le decía a Guillermo que me lo pidiera. Una vez, tuve que entrar en su despacho para

dejarle un documento urgente. Estaba hablando por teléfono y no movió ni un músculo cuando entré. Simplemente continuó con su conversación, ignorando mi presencia hasta que dejé la carpeta en su escritorio y me retiré, sintiéndome como una sirvienta invisible.

El arrepentimiento se hacía más profundo con cada desprecio. *¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Tan ingenua?* Esa mirada de lobo, la tensión... Había confundido un deseo carnal y depredador con algo más. Él no me veía como un desafío, como yo, tonta y arrogantemente, pensaba. Me veía como una diversión fácil, un impulso que satisfacer y luego descartar. Yo, ciega por la ambición y por una estúpida atracción, caí como una tonta.

Lo peor era que, incluso en medio de la humillación y el arrepentimiento, mi cuerpo traidor no olvidaba. Un simple atisbo de él al final del pasillo, el sonido de su voz grave procedente de su despacho, era suficiente para acelerar mi pulso y hacer que un calor indeseado se extendiera por mis venas.

Lo odiaba por hacerme sentir así. Pero, en el fondo, me odiaba aún más a mí misma por haber cedido. Él me había mostrado exactamente quién era desde el primer día: un hombre frío, en control. Fui yo quien decidió jugar con fuego y estaba aprendiendo

de la peor manera que quien se acerca demasiado al depredador, inevitablemente, termina quemado.

***

Llegó octubre y, con él, una rutina gélida se instaló en mi día a día. Las semanas se arrastraban y el muro que Dante había levantado entre nosotros se mostraba impenetrable. Me convertí en una sombra funcional en la oficina del juez Guillermo, sumergiéndome en el trabajo con una dedicación casi febril. Era mi penitencia, mi forma de intentar borrar la mancha de aquella noche. Cada resumen de caso bien hecho, cada investigación de jurisprudencia elogiada por Guillermo, era una pequeña victoria contra la humillación que ardía en mi pecho.

Dante seguía con su teatro de indiferencia. Nuestros caminos se cruzaban en el pasillo y la tensión era tan densa que podía sentirla en la piel, pero él nunca vacilaba. Su mirada me atravesaba, su rostro era una máscara de granito. El arrepentimiento en mí se transformó en una fría ira. Lo odiaba por su desprecio, pero odiaba aún más a mi cuerpo por recordar la intensidad de su tacto.

Fue en medio de una de esas semanas cuando empecé a sentirme... extraña.

Primero me invadió un cansancio que parecía instalarse en mis huesos, un agotamiento que ni siquiera diez horas de sueño lograban curar. "Estrés", me decía a mí misma. "La presión de las prácticas". Luego vinieron las náuseas matutinas, una oleada de mareo que controlaba con sorbos de agua y respiraciones profundas en el baño, atribuyéndolas a algo que había comido. El olor a café fuerte que impregnaba la sala del tribunal, antes un aroma de poder y ambición, ahora me revolvía el estómago.

Pero la verdadera señal de alarma, la ensordecedora campana que resonaba en el fondo de mi mente, era el calendario.

Estaba sentada en mi escritorio, revisando una petición, cuando un pinchazo en el bajo vientre me hizo detenerme. Fruncí el ceño, esperando el familiar dolor que anunciaba mi ciclo. Nada. Abrí discretamente la aplicación en mi teléfono celular y, de repente, mis dedos se congelaron. La pantalla brilló con la información que heló mi sangre.

Siete días.

Siete días de retraso.

Nunca se me retrasaba. Mi cuerpo era como un reloj, preciso y predecible.

Sentí como si me hubieran succionado el aire de los pulmones. El zumbido en mis oídos ahogó el sonido lejano del teléfono de Guillermo. De repente, todos los síntomas encajaron, no como piezas de un rompecabezas, sino como los clavos de un ataúd. El cansancio, las náuseas, los pechos doloridos que ignoré.

No. No puede ser...

El recuerdo de aquella noche invadió mi mente con una claridad brutal. La prisa, la impulsividad, la ausencia de cualquier protección. Fuimos dos animales actuando por puro instinto, sin una pizca de racionalidad. En medio de mi humillación y arrepentimiento, ni siquiera había considerado la consecuencia más obvia, la más catastrófica.

Un hijo.

Un hijo de Dante Azevedo.

El hombre que me expulsó de su despacho, que me trataba como a una plaga, que me miraba como si fuera un error que había que borrar.

El pánico subió por mi garganta, helado y sofocante. Miré a través del cristal hacia la puerta cerrada de su despacho. Allí dentro estaba el hombre que tenía el poder de construir o destruir carreras

con un simple trazo de pluma y yo, la insignificante becaria, tal vez estaba embarazada de su heredero.

La palabra "arruinada" resonó en mi cabeza. Mi carrera, mis sueños, mi vida... todo estaba al borde del precipicio.

Esa noche, al salir del tribunal, no fui a casa. Cambié de rumbo y me detuve en la primera farmacia abierta las 24 horas que encontré, con el corazón latiendome en la garganta. Con manos temblorosas, tomé la pequeña caja de la estantería. Era solo una prueba, un trozo de plástico. Pero sabía, con una certeza aterradora, que contenía el veredicto que podría sellar mi destino para siempre.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 6

El final del día era mi santuario. El momento en que el incesante zumbido del tribunal finalmente se apagaba, dejando atrás solo el silencio y el reconfortante peso de mi trabajo. Estaba revisando la apelación de un caso de tráfico, con la mente aguda y centrada en los detalles, cuando los golpes en la puerta de mi despacho rompieron la paz.

Era un golpe vacilante, débil. No era el golpe seguro de Guillermo ni la eficiencia de la secretaria. Levanté la vista, con la irritación ya formándose.

Era ella. Bruna...

De pie en el umbral de la puerta, parecía aún más pequeña y frágil de lo que recordaba. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos y el color había desaparecido de su rostro, dejándola con una palidez enfermiza. La postura desafiante que me había intrigado había desaparecido, sustituida por una vulnerabilidad que me incomodaba.

—¿Qué quieres? —Mi voz sonó como una cuchilla de hielo. No la quería allí. No después de semanas de un esfuerzo titánico por

erradicarla de mi rutina y de mi mente.

Entró, cerrando la puerta detrás de ella con un suave clic que sonó como una sentencia. Sus manos temblaban visiblemente mientras se acercaba a mi escritorio, deteniéndose a una distancia respetuosa, pero aún así, demasiado cerca.

—Excelencia, yo... necesito hablar con usted. —Su voz era un susurro tembloroso.

Dejé el bolígrafo, me recosté en la silla y crucé los brazos. Adopté mi postura de juez, con la máscara de impaciencia y autoridad que utilizaba para intimidar a los abogados.

—Si tiene que ver con las prácticas, hable con el Dr. Bastos. Él es su supervisor.

—No se trata de las prácticas. —Tragó saliva, manteniendo sus grandes ojos oscuros fijos en los míos, llenos de un temor que comenzó a inquietarme.

Abrió la boca para hablar, pero dudó. Esa vacilación me irritó. No tenía tiempo para dramas.

—Dilo ya, becaria. Tengo trabajo que hacer.

Las palabras, duras y frías, parecieron afectarla. Se encogió, pero en lugar de retroceder, sacó algo de su bolso. Un pequeño objeto blanco que colocó sobre mi escritorio de caoba, empujándolo hacia mí con un dedo tembloroso.

Era una prueba de embarazo. Con dos líneas rosas inconfundibles.

Mi cerebro se congeló. El mundo a mi alrededor se silenció. Miré las dos líneas y luego levanté la vista hacia su rostro. El pánico en sus ojos confirmaba lo que ese maldito trozo de plástico gritaba.

Una ola de hielo recorrió mi espina dorsal, seguida de una furia abrumadora. No era posible. Era una trampa. Una complicación catastrófica que no había previsto. Una mancha en el impecable tejido de mi vida.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —La pregunta salió baja y venenosa. Cada sílaba estaba calculada para herir, para negar.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, pero ella las contuvo.

—Fue aquella noche. Aquí. No... no hubo nadie más.

Claro que no. El recuerdo de aquella noche era una marca de fuego en mi conciencia. La noche en que perdí el control y cometí el

error más estúpido de mi vida.

Me levanté lentamente, con un movimiento deliberado. Rodeé el escritorio y me detuve frente a ella, mirándola desde arriba, usando mi altura, mi posición, todo lo que tenía a mi disposición para aplastarla.

—Eso es problema tuyo —le dije, con voz desprovista de cualquier emoción—. Eres una mujer adulta. Deberías saber cómo funcionan estas cosas.

—Lo sé, pero... —tartamudeó, en medio de la pura conmoción—. Pensé que usted...

—¿Que yo qué? —Me incliné, dejando mi rostro a centímetros del suyo. El olor de su miedo era casi palpable—. ¿Que asumiría la responsabilidad por tu imprudencia? ¿Que destruiría mi carrera por un error de cinco minutos?

Ella retrocedió un paso, con la conmoción y el dolor estampados en su rostro. Era exactamente lo que quería. Necesitaba que ella lo entendiera. No había un "nosotros". No había responsabilidad compartida. Solo estaba ella y el problema que estaba creando.

—No quiero su dinero. Solo... pensé que debía saberlo.

—Pues ahora lo sé y quiero que salgas de mi despacho. —Señalé la puerta, con un gesto final e irrevocable—. Resuelve tu problema y no me vuelvas a dirigir la palabra sobre esto nunca más. Considera tus prácticas terminadas a partir de hoy.

Me miró fijamente, con los ojos llenos de lágrimas no derramadas y una desolación que habría roto el corazón de cualquier otro hombre. Pero yo no era cualquiera. Yo era Dante Azevedo, y mi corazón era una fortaleza.

Se dio la vuelta sin decir una palabra más, con el cuerpo encorvado por la derrota. Tomó su bolso y se marchó, dejando atrás solo el pequeño objeto blanco sobre mi escritorio. La prueba de una catástrofe que estaba decidido a enterrar, sin importar el costo.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 7

No recuerdo haber salido de su despacho. No recuerdo haber cruzado el pasillo, pasado por delante del escritorio de Guillermo o bajado en el ascensor. Mis piernas se movían por instinto de supervivencia, un paso tras otro, mientras el mundo a mi alrededor era un borrón de colores y sonidos distorsionados.

Lo único nítido en mi mente era su voz, fría y cortante, repitiéndose como un eco infernal.

Resuelve tu problema.

Considera tu pasantía terminada.

Un error de cinco minutos.

Cada frase era un golpe que me destrozaba por dentro. El mármol del tribunal, que antes representaba mi sueño, ahora parecía el suelo helado de una morgue. Era un fantasma flotando en el escenario de mi propio asesinato profesional y personal.

Cuando el aire frío de la calle golpeó mi rostro, el impacto fue tan grande que me detuve en medio de la acera. La gente pasaba a mi lado, un río de vidas indiferentes a mi ruina. Manos vacías. Había

entrado en ese edificio llena de esperanza, de ambición. Salí sin nada. Sin prácticas, sin futuro, sin dignidad.

El camino a casa fue una neblina. Cuando la llave giró en la cerradura y la puerta de mi pequeño apartamento se cerró detrás de mí, el sonido del clic pareció sellar mi destino. Fue allí, en la frágil seguridad de mi soledad, donde mi cuerpo finalmente cedió.

Mi bolso se me resbaló de la mano y cayó al suelo con un golpe sordo. Me deslicé por la puerta, con las piernas incapaces de sostenerme, hasta desplomarme en el frío suelo. Y entonces, llegaron los sollozos. No fue un llanto silencioso. Fue un sonido seco, desgarrador, que venía del fondo del alma, arrancando el aire de mis pulmones. La humillación, la crueldad, el desprecio en su mirada... todo me golpeó de repente.

No solo me rechazó. Me anuló. Me convirtió en un inconveniente, un "problema" que había que resolver. La becaria que utilizó para satisfacer un impulso y luego descartó como basura. Lloré por mi estupidez, por mi ingenuidad al pensar que la tensión entre nosotros era algo más que un deseo depredador por su parte. Lloré por mi sueño hecho cenizas y por el futuro que se desintegraba ante mis ojos.

Me quedé allí, acurrucada en el suelo, durante un tiempo que no puedo medir. El llanto se convirtió en un lamento silencioso, las lágrimas trazando caminos helados en mi rostro. El mundo estaba en silencio de nuevo, pero era un silencio diferente. Era el silencio del vacío.

Lentamente, como si el gesto no me perteneciera, mi mano temblorosa bajó hasta mi vientre. Puse la palma de la mano sobre la tela de mi falda, en la zona donde, en teoría, nada había cambiado. Pero todo había cambiado.

Allí dentro, invisible y del tamaño de un grano de arroz, estaba el resultado de mi error. La consecuencia de haber jugado con fuego.

Resuelve tu problema. Su voz resonó de nuevo. Y yo sabía lo que quería decir. Esperaba que yo... lo borrara. Que hiciera desaparecer la única prueba de su debilidad, de su pérdida de control.

Pero, mientras mi mano permanecía allí, con un calor sutil bajo mis dedos, algo cambió. Ya no era solo un "problema". No era una abstracción, una complicación en mi carrera. Era una vida. Una

pequeña, minúscula vida que no tenía la culpa de la arrogancia de su padre ni de la estupidez de su madre.

La desolación seguía ahí, un océano oscuro y frío. Estaba destrozada, sola, sin trabajo y con el corazón hecho pedazos. Pero bajo las ruinas de la mujer que era aquella mañana, un nuevo sentimiento, feroz y aterrador, comenzó a brotar.

Él podría haberme echado, despreciado, abandonado. Pero este problema... no podía obligarme a resolverlo a su manera. Este obstáculo era mío y, tal vez, era lo único que me quedaba.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 8

La semana siguiente fue una demostración de orden y control. Exactamente como debía ser.

El lunes, la oficina estaba en silencio, libre de la presencia perturbadora que la había ocupado durante las últimas semanas. El espacio parecía más grande, el aire más limpio. Retomé mi ritmo con una eficiencia casi brutal, sumergiéndome en los casos con una renovada concentración. El mundo volvía a tener sentido, un universo de hechos, leyes y consecuencias lógicas. Las emociones, los dramas, las complicaciones... eran abstracciones que no tenían cabida aquí.

Guillermo me lanzó una mirada curiosa cuando notó su ausencia, pero no se atrevió a preguntar.

Sabía dónde estaban los límites. Solo mencioné que el período de prácticas había sido "cerrado por inadecuación" y el tema quedó ahí. La palabra era perfecta. Ella era inadecuada para ese ambiente y, sobre todo, para mí.

La vida siguió su curso normal. Presidí audiencias, denegué fianzas, sentencié a culpables. En el tribunal, yo era la personificación de la ley: imparcial, inflexible, absoluto. Ningún abogado se atrevió a desafiarme. Ningún fiscal cuestionó mis decisiones. Era mi dominio, y el control era mi poder.

El miércoles, durante el almuerzo, uno de los magistrados comentó los rumores sobre un nuevo nombramiento para el Tribunal Superior. El juego político, las ambiciones, las conversaciones de pasillo... Eso era en lo que debía centrar mi mente. Mi futuro, mi carrera. Una carrera impecable, sin manchas. Sin errores.

No pensaba en ella. Me negaba a pensar en ella. Si la imagen de su rostro pálido y conmocionado intentaba invadir mi mente, la aplastaba con los detalles de un proceso de apelación. Si el recuerdo de su cuerpo bajo el mío en mi propio escritorio amenazaba con aflorar, lo sofocaba con el análisis de un informe pericial.

Fue un ejercicio de compartimentación. El incidente fue un error, una falta de juicio. Y, como todo error, fue identificado, aislado y descartado. El problema era suyo. Se lo había dejado claro. Mi participación en esa ecuación había terminado en el momento en que ella salió de mi despacho.

El jueves por la noche estaba en casa, en mi minimalista apartamento con vistas a la ciudad. Reinaba un silencio absoluto, solo roto por el tintineo del hielo en mi vaso de whisky. Contemplé las luces de la ciudad, un mapa de vidas anónimas y lejanas. Así era como me gustaba. Distancia. Control.

Di un sorbo, y el líquido ámbar me quemó la garganta. Todo estaba normal. Todo estaba bajo control.

Entonces, mis ojos se posaron en mi maletín de trabajo, que me había traído a casa. Y, por un instante, no vi los documentos legales. Vi la imagen nítida de una prueba de embarazo blanca sobre la superficie oscura y pulida de mi escritorio de caoba. Dos líneas rosas. Una prueba irrefutable de un caos que me negaba a reconocer.

Cerré los ojos con fuerza. El whisky no era lo suficientemente fuerte. La distancia no era lo suficientemente grande. El control era una ilusión. El problema que había echado de mi despacho no había desaparecido. Simplemente estaba ahí fuera, en el mundo, creciendo. Y una parte aterradora de mí sabía que, por muy altos que construyera mis muros, era solo cuestión de tiempo que volviera para atormentarme.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 9

El viaje en autobús de vuelta a casa de mis padres fue el más largo de mi vida. Cada kilómetro recorrido en la carretera era un kilómetro menos de distancia entre mí y la mayor decepción que les causaría. El paisaje urbano dio paso a los barrios más sencillos de las afueras, y el brillo de los rascacielos fue sustituido por el calor familiar de las casas de ladrillo visto y las verjas de hierro.

Mi hogar. El lugar del que me fui con una maleta llena de sueños y la promesa de enorgullecer a mi familia. Y al que ahora regresaba, con el rabo entre las piernas y un secreto catastrófico creciendo en mi vientre.

Mi madre estaba en la cocina cuando entré, con el olor a pastel de maíz flotando en el aire. Era el olor de mi infancia, un aroma de seguridad y amor que, en ese momento, solo sirvió para apretar aún más el nudo en mi garganta.

—¡Hija! ¡Qué sorpresa! —Se dio vuelta, y su amplia sonrisa se desvaneció al ver mi rostro. Las madres tienen un radar para el

dolor. El suyo sonó en el instante en que me vio—. ¿Qué ha pasado? Estás pálida. ¿Te ha ocurrido algo en tus prácticas?

No pude responder. Las palabras no me salían. Solo asentí con la cabeza y sentí cómo las lágrimas comenzaban a brotar, silenciosas y miserables.

—Bruna, por el amor de Dios, me estás asustando—. Dejó el paño de cocina y se acercó a mí, acariciándome el rostro con sus manos cálidas y callosas. Sus ojos, tan parecidos a los míos, buscaban una respuesta que yo no me atrevía a dar.

—Las prácticas... se han acabado —logré decir con voz ronca.

—¿Se acabaron? ¿Cómo? Pero si apenas habías empezado.

Su confusión era palpable. Para ella, para todos, mi éxito era una certeza. Yo era Bruna. La chica que siempre conseguía lo que quería.

—Mamá... —Aparté la mirada, incapaz de afrontar la decepción que sabía que vendría. Me senté a la mesa de la cocina, la misma en la que había hecho los deberes toda mi vida, y miré mis manos temblorosas sobre el mantel de algodón—. Yo... estoy embarazada.

El silencio que siguió fue absoluto. Tan pesado que parecía robarle el aire a la cocina. Levanté la vista y vi cómo se le iba el color de la cara a mi madre. El shock, la incredulidad y, por último, el dolor. El dolor de ver cómo se rompían los sueños que había depositado en mí.

—¿Embarazada? —repitió, y la palabra sonó extraña, como si viniera de otro idioma—. ¿Cómo, hija mía? Siempre has sido tan cuidadosa, tan centrada...

Las lágrimas volvieron, calientes y llenas de vergüenza. Yo era un fraude. La hija perfecta, la estudiante ejemplar. Todo era una mentira.

Se sentó en la silla frente a mí, con el cuerpo como si hubiera envejecido diez años en diez segundos. Su mano encontró la mía sobre la mesa, con un toque aún maternal, a pesar del dolor en sus ojos.

—¿Quién es el padre, Bruna?

Mi sangre se heló. La imagen de Dante Azevedo, sus ojos azules y fríos, su voz cortante, invadió mi mente. *Resuelve tu problema.* ¿Cómo podría explicarlo? ¿Cómo confesar que el padre de

mi hijo era un juez poderoso que me utilizó y me descartó como si no fuera nada? ¿Cómo admitir la profundidad de mi humillación?

No pude. Me faltó valor.

—No importa, mamá —susurré, desviando la mirada hacia la ventana—. Él... no forma parte de nuestra vida. Fue un error. Un don nadie.

Me apretó la mano, probablemente intuyendo la mentira, pero tal vez sin fuerzas para presionarme. Vio lo destrozada que estaba.

—Un don nadie no te da un hijo, Bruna.

Sabía que tenía razón. Pero, en ese momento, derrotada y sin suelo bajo mis pies, admitir que el padre de mi bebé era alguien tan poderoso y cruel era una verdad demasiado pesada de llevar. Contarle lo del embarazo fue como saltar de un precipicio, pero hablar de Dante sería como estrellarme contra las rocas de abajo. Y para eso, aún no tenía fuerzas.

Mi madre no hizo más preguntas. En cambio, se levantó, llenó una taza con agua y azúcar, como solía hacer cuando era niña y tenía pesadillas, y la puso delante de mí. Ese simple gesto rompió la última barrera de mi compostura y volví a llorar, esta vez con un llanto cansado, de puro agotamiento.

Mamá solo me abrazó, envolviéndome con su aroma a harina de maíz y amor maternal. Sentí su decepción en cada fibra de su cuerpo, pero debajo de todo eso también estaba el apoyo incondicional que solo una madre puede dar.

Esa noche, tumbada en mi antigua cama, miré al techo que un día había sido el cielo de mis sueños más ambiciosos. El póster de una diosa de la justicia, que pegué allí a los quince años, parecía burlarse de mí. La balanza en sus manos, antes un símbolo de equidad y de la carrera que yo ansiaba, en ese instante parecía pesar mis errores por un lado y mi futuro arruinado por el otro.

Dante Azevedo... Un juez.

La ironía era cruel.

El hombre que debía personificar la justicia había sido mi verdugo, condenándome a una vida que yo no había elegido, sin derecho a apelación.

Su arrogancia aún resonaba, pero con un nuevo significado. El problema no era solo el embarazo... Era todo: mi carrera interrumpida, la falta de dinero, la vergüenza...

Respiré hondo, apoyando instintivamente la mano sobre mi vientre. Ya no servía de nada llorar por lo que se había perdido. El

sueño de ser una brillante abogada, una becaria prodigiosa... ese sueño había muerto. Había comenzado un nuevo, aterrador e ineludible proyecto de vida.

Tenía que reajustar mis planes.

El primer paso era práctico, brutal. El dinero que había ahorrado apenas alcanzaría para pagar el alquiler del mes siguiente de mi apartamento en el centro. Tuve que volver a casa. Tragarme mi orgullo y aceptar la ayuda de mis padres.

El segundo paso: un trabajo. Cualquier cosa... Cajera, vendedora, secretaria... quién sabe, incluso dejar la universidad. La idea dolía, un agudo pinchazo de fracaso, pero era la realidad. Un bebé necesitaba pañales, comida, un techo. No una madre soñadora y endeudada.

Mientras la lista mental de sacrificios crecía, una fría ira comenzó a sustituir al dolor. Ira hacia Dante, por su crueldad. Pero, sobre todo, ira hacia mí misma, por haber sido tan tonta. Él me vio como un "error de cinco minutos". Muy bien. Ese error tendría un nombre, un rostro y una vida, que yo me encargaría de criar, con o sin él. Con o sin su aprobación.

Cerré los ojos...

La imagen de mi diploma, de mi nombre en una placa en la puerta de un bufete de abogados, se disolvió en la oscuridad. En su lugar, apareció la imagen de una carita desconocida y unas manitas pequeñas agarradas a mi dedo.

Era aterrador. Era el fin de todo lo que conocía. Sin embargo, esa noche, en la habitación de mi infancia, entre las ruinas de mis antiguos sueños, decidí que no sería mi fin, sino un comienzo doloroso, no deseado, pero mío.

Solo mío.

***

Los meses siguientes transcurrieron en una neblina de supervivencia y transformación. El invierno dio paso a una tímida primavera y, con ella, mi cuerpo comenzó a traicionar mi secreto de una manera que ya no podía ocultar. La vergüenza inicial dio paso a una aceptación renuente mientras mi vientre, antes plano, se convertía en una promesa redondeada e innegable bajo mis suéteres holgados.

Volver a vivir en casa de mis padres fue la primera de muchas lecciones de humildad. La habitación de adolescente, con sus paredes de color rosa descolorido, se convirtió en mi refugio y mi

prisión. Desde allí, con una disciplina casi maníaca, me sumergí en los últimos trabajos y exámenes de la universidad, logrando negociar con la coordinación para terminar el semestre a distancia. La graduación, el evento con el que había soñado toda mi vida, estuvo marcada por mi ausencia. Recogí mi diploma en una tarde gris, en una sala vacía de la secretaría de la universidad, llevando un abrigo grande para disimular mi barriga de cinco meses. No hubo fiesta ni fotos. Solo el peso del diploma de cartón en mi mano y la sensación agridulce de un sueño cumplido en las peores circunstancias posibles.

Con el título en la mano, comenzó una nueva etapa de ansiedad. Mi vida era ahora un acto de equilibrio precario. Las mañanas las dedicaba a luchar contra las náuseas y a planificar los siguientes pasos. ¿Qué haría? ¿Cómo me mantendría? Las tardes eran territorio del examen de la Abogacía. Apilé los libros de derecho en mi antiguo escritorio, el Vademécum a un lado, un libro sobre el desarrollo fetal al otro. Esa era mi realidad: estudiar recursos y apelaciones mientras sentía los cambios hormonales y el profundo cansancio del embarazo.

La necesidad de un empleo era un monstruo que me atormentaba todas las noches. Empecé a buscar, enviando currículos

a bufetes de abogados, empresas, cualquier puesto que requiriera una licenciatura en derecho. Era un ejercicio de autosabotaje. ¿Cómo podía competir? Los puestos eran para incorporarse de inmediato. ¿Cómo explicar en una entrevista que, en tres o cuatro meses, necesitaría una baja por maternidad?

El silencio al otro lado era ensordecedor. Cada correo electrónico sin respuesta era una confirmación de mi nueva condición: ya no era la prometedora Bruna Magallanes. Era una mujer embarazada, desempleada y un riesgo pasivo. El rechazo de Dante Azevedo parecía haberse extendido como una plaga, contaminando mi futuro profesional.

Aun así, no me detuve. Con cada puerta cerrada y cada currículum ignorado, la rabia se transformaba en una fría obstinación. Estudiaba hasta que me ardían los ojos, hacía resúmenes, resolvía problemas. Tenía que aprobar el examen de abogacía. Era la única arma que me quedaba.

Una noche, inclinada sobre el código penal, sintiendo que la desesperación comenzaba a ahogarme, sucedió. Una suave vibración, un temblor inconfundible que venía de dentro de mí.

Parecía una mariposa batiendo las alas. Contuve la respiración, inmóvil... y entonces, de nuevo. Una pequeña patada.

Llevé la mano a mi vientre, sintiendo que mi corazón se aceleraba. Las lágrimas que brotaron no eran de tristeza ni de arrepentimiento, sino de asombro. Un sollozo escapó de mis labios. Era real. Había alguien allí. Una persona pequeña e insistente, recordándome que ya no estaba sola en esta lucha.

Dante lo llamó "problema". Esa noche, sentí por primera vez que estaba equivocado. Aquello no era un problema. Era la razón más poderosa que había tenido nunca en mi vida para levantarme y seguir luchando.

Esa pequeña patada cambió mi perspectiva. La desesperación no desapareció, pero ahora tenía un contrapunto: la responsabilidad. Ya no podía permitirme el lujo de ahogarme en la autocompasión.

Después de otra semana de silencio por parte de las altas esferas, me tragué mi orgullo, que ya estaba hecho trizas, e hice algo que había evitado a toda costa: pedí ayuda.

Livia era una de las pocas amigas que hice en la universidad. Una chica con los pies en la tierra, sin las ambiciones estratosféricas que tenían la mayoría de nuestros compañeros. Sus padres, el Dr.

Almeida y la Dra. Sofía, tenían un pequeño bufete de abogados en el centro de la ciudad, uno de esos negocios familiares que se ocupaban de causas civiles, inventarios y pequeñas disputas laborales. El tipo de abogacía que yo, en mi arrogancia pre-Dante, consideraba "menor".

Con el corazón en un puño, la llamé. La conversación comenzó con las cortesías de siempre, pero mi voz me traicionó.

—Bruna, ¿qué pasa? No pareces estar bien. Hace tiempo que no te veo en la facultad —dijo Livia, con evidente preocupación en su voz.

Fue suficiente. El dique se rompió. Lo conté todo. Bueno, casi todo... Le conté lo de perder las prácticas, lo difícil que era encontrar trabajo, lo avanzado del embarazo y el miedo al futuro. Sobre el padre, mantuve la misma historia: *"un error, un don nadie que no está presente*". Omitir la identidad de Dante Azevedo se había convertido en un reflejo de autoconservación.

Livia escuchó en silencio, sin interrumpirme, y cuando terminé, su voz fue suave.

—Mis padres. Siempre necesitan ayuda con las peticiones y la organización de trámites legales. No es el Tribunal de Justicia, Bru, y

el sueldo no es nada glamuroso, pero...

—Livia, acepto cualquier cosa —la interrumpí, sintiendo que la esperanza surgía con tanta fuerza que casi me ahogaba—. Solo necesito una oportunidad. Trabajo duro, lo sabes.

—Lo sé. Déjame hablar con ellos. Te llamaré pronto.

—¡De acuerdo, muchas gracias!

La espera fue tortuosa. Sin embargo, al final de la tarde, mi teléfono sonó.

Era ella.

—Quieren verte mañana. Mi padre dijo que si eres la mitad de buena estudiante de lo que te describí, estarían locos si no te contrataran. ¿El embarazo? —Hizo una pausa—. Mi madre dijo que "las abogadas también tienen hijos" y que eso no es problema suyo.

Colgué el teléfono y, por primera vez en meses, las lágrimas que brotaron fueron de alivio. No era el rascacielos en una avenida importante, ni el sueldo de cinco cifras, y mucho menos el brillante camino que había trazado. Era una oficina pequeña y, encima de una panadería, con olor a expedientes antiguos y café filtrado. Sin embargo, era un salvavidas.

Al día siguiente, me puse mi única chaqueta que aún me entraba sobre mi barriga de casi siete meses y fui a reunirme con el Dr. Almeida y la Dra. Sofía. Me recibieron sin compasión y con un respeto profesional que me reconfortó el alma.

Salí de allí con un trabajo. Un escritorio, una computadora vieja y una pila de trabajo real que hacer. Mientras bajaba las escaleras del modesto edificio, con la mano sobre mi barriga, supe que mi sueño no había muerto. Solo había cambiado de dirección y, por primera vez, sentí que, tal vez, solo tal vez... lo conseguiría.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 10

El aire del tribunal era mi elemento: enrarecido, cargado con el peso solemne de la ley e impregnado con el olor a papel viejo y barniz de los bancos de madera. En el centro de todo, en mi silla elevada, el mundo se reducía a un orden lógico y predecible. Allí, yo era el maestro de las reglas y el árbitro final de los hechos.

—¡Me opongo, señoría! ¡La fiscalía está induciendo al testigo! —La voz del abogado defensor, un joven petulante que intentaba construir una carrera a base de objeciones teatrales, era un ruido de fondo irritante. Le lancé una mirada fría por encima de mis gafas de lectura.

—El testigo puede responder a la pregunta. Rechazado, señor abogado. Continúe, fiscal.

El abogado retrocedió, su bravuconería se evaporó bajo mi mirada. *Control*. De eso se trataba.

El caso en cuestión era un robo a mano armada que salió mal y terminó en homicidio. Los hechos eran claros, las pruebas, contundentes. El acusado, un chico de diecinueve años con

antecedentes de delitos menores, me miraba con una mezcla de miedo y desafío. Yo no veía al chico; veía los expedientes, los testimonios y la trayectoria de malas decisiones que lo habían llevado hasta allí. Mi trabajo no era tener compasión. Era aplicar la ley.

Mi mente trabajaba con precisión mecánica, analizando los argumentos, sopesando las pruebas, construyendo la base para mi sentencia. Era un proceso familiar, casi reconfortante en su lógica. No había lugar para ambigüedades ni emociones. Solo causa y consecuencia.

La vida seguía su curso inmutable. Las audiencias llenaban mis días, las cenas con colegas ocupaban las noches y el silencio de mi apartamento llenaba el resto. Todo estaba en su sitio. Los engranajes de mi existencia giraban sin sobresaltos.

El recuerdo de la becaria, su rostro pálido y la catastrófica noticia, se había convertido en un fantasma lejano. Una anomalía que había logrado suprimir con éxito. Su ausencia en el despacho era la normalidad.

El problema había sido eliminado. El orden, restaurado.

—La fiscalía no tiene más preguntas, Su Señoría.

Despedí al testigo y anuncié un receso. Mientras el murmullo se apoderaba de la sala y el acusado era escoltado fuera, mis ojos recorrieron el público. Familias destrozadas, abogados cuchicheando, estudiantes de derecho tomando notas frenéticamente en sus cuadernos.

Por un instante fugaz, mi mirada se detuvo en una joven en la última fila, de cabello oscuro y postura erguida. Mi corazón dio un violento sobresalto, una reacción involuntaria y traicionera..., pero no era ella. La chica era más alta y los rasgos de su rostro, diferentes.

Aun así, ese breve lapso fue suficiente para romper mi concentración. Una grieta en la fachada de la normalidad. Desvié la mirada, molesto conmigo mismo. La vida seguía con normalidad, sí, pero exigía un esfuerzo cada vez mayor para mantenerse.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 11

El primer día en "Almeida & Sofia Abogacía" comenzó de una manera que nunca hubiera imaginado para mi debut como abogada. En lugar de un traje impecable, opté por un vestido negro y zapatos planos, las únicas prendas que aún me quedaban cómodas en mi cuerpo de casi ocho meses de embarazo. El reflejo en el espejo mostraba a una mujer que apenas reconocía: el rostro un poco hinchado, el vientre prominente y una mirada que transmitía más cansancio que la euforia que debería sentir.

Al fin y al cabo, lo había conseguido. Entre las náuseas matutinas y la desesperación nocturna, me sumergí en los libros con la furia de quien no tiene otra opción. Estudié para el examen del Colegio de Abogados mientras mi barriga crecía, utilizando la rabia y la humillación como combustible. El día que vi mi nombre en la lista de aprobados, lloré durante una hora entera en el suelo de mi habitación. No eran lágrimas de pura alegría, sino de alivio agotador. Tenía mi licencia del Colegio de Abogados. Era abogada. Era la única arma que tenía.

El despacho estaba en el segundo piso de un antiguo edificio comercial, encajonado entre un consultorio odontológico y una tienda de telas. El olor a pan caliente de la panadería de la planta baja subía por las escaleras, una recepción cálida y mundana, a años luz del ambiente estéril e imponente del tribunal.

Livia me recibió con un fuerte abrazo.

—¡Bienvenida, doctora! —bromeó, y el título me sonó extraño y maravilloso al mismo tiempo—. ¿Lista para convertirte en una experta en derecho local?

Sonreí, con una inmensa gratitud calentándome el pecho.

—Lista para lo que venga.

La Dra. Sofía, su madre, una mujer de cabello gris recogido en un moño severo y ojos amables, me saludó con un apretón de manos firme.

—Bruna, qué alegría tenerte con nosotros. Tu título de abogada ha llegado en un buen momento para nosotros. Livia te pasará los casos que he seleccionado. Son casos de usurpación, un poco aburridos, pero ideales para que una abogada recién licenciada empiece a presentar peticiones.

Mi escritorio era de madera oscura, un poco rayado por el paso del tiempo, y la computadora era un modelo antiguo, pero funcional. No había placas de mármol, ni la abrumadora presencia de un juez rubio de ojos fríos. Había montones de expedientes, el ruido de un ventilador de techo y la voz del Dr. Almeida al teléfono, asesorando a un cliente. Era real. Era humilde. Y, por primera vez en meses, era un trabajo de verdad.

Pasé el día sumergida en el trabajo. La teoría que había estudiado con tanta agonía se convirtió en práctica. Redacté la primera petición con mi nombre y mi número de inscripción en el Colegio de Abogados al final. Cada párrafo, cada artículo de ley citado, era una pequeña declaración de victoria. El trabajo me anclaba, me impedía pensar en lo que podría haber sido, en el hombre que me había descartado...

A la hora del almuerzo, la Dra. Sofía insistió en que me sentara con ellos. No me trataron con lástima. Me preguntaron por el examen del Colegio de Abogados, por mis áreas de interés en el derecho. Me veían como una compañera. Una compañera embarazada, sí, pero una compañera.

Al final del día, mientras ordenaba mi escritorio, el bebé dio una fuerte patada, como si celebrara conmigo. Me llevé la mano al vientre y sonreí, una sonrisa cansada, pero orgullosa. El día había sido agotador. Me dolía la espalda, tenía los pies hinchados. Pero, mientras bajaba las escaleras, con el olor a pan aún en el aire, no me sentía una víctima. Era una sobreviviente y, lo que es más importante, era abogada. No era el comienzo con el que había soñado, pero era mi comienzo y me aferré con todas mis fuerzas.

Las semanas siguientes se convirtieron en un torbellino de trabajo y cansancio. La rutina en el bufete Almeida & Sofía era mi nuevo refugio. Me acostumbré a la lentitud de la computadora, al olor a café recién hecho que flotaba en el aire y a la cordialidad y sencillez del Dr. Almeida y la Dra. Sofía. Eran todo lo contrario a lo que había experimentado en los tribunales. Eran amables y pacientes, a pesar de mi inexperiencia y de mi barriga, que cada día me hacía más difícil sentarme cómodamente en la silla.

Me sumergí de lleno en el trabajo. Demandas de divorcio, desahucios, defensas en pequeños litigios laborales. Cada caso era un problema real, de personas reales, y me aferraba a ellos con una dedicación feroz. Era más que un trabajo; era una distracción.

Mientras mi mente estaba ocupada con artículos de ley y plazos procesales, no tenía tiempo para vagar por territorios peligrosos.

Sin embargo, era imposible ignorar la cuenta regresiva. Mi cuerpo era un recordatorio constante. Las patadas, antes suaves, eran ahora vigorosas. Por la noche, me acostaba en la cama y sentía la pequeña vida agitarse dentro de mí, una presencia fuerte e innegable. Pensaba en el parto, en la habitación que tendría que preparar en casa de mi madre, en la montaña de gastos que se avecinaba. El miedo era un compañero constante, pero la determinación era más fuerte.

Entonces, había momentos en los que el muro que había construido se derrumbaba.

Una tarde, mientras investigaba jurisprudencia para un caso, un nombre saltó de la pantalla de la computadora: "AZEVEDO, D.". Era una sentencia antigua, una decisión suya de hacía años, citada como referencia. Mi corazón se detuvo. Solo el apellido fue suficiente para traerlo todo de vuelta con la fuerza de un puñetazo.

Cerré los ojos, pero su imagen apareció, nítida y cruel. El traje impecable, el pelo rubio, los ojos azules y fríos despidiéndome de su despacho. Su voz, baja y venenosa: *Resuelve tu problema*.

Una ola de ira y humillación me recorrió. ¿Cómo podía seguir con su vida normalmente, juzgando, sentenciando, existiendo en su pedestal de poder, mientras yo estaba aquí, recogiendo los pedazos de la vida que él ayudó a romper? No sabía nada de mi desesperación, de mi lucha, de mi aprobación en el Colegio de Abogados, del trabajo que conseguí de casualidad. No sabía nada.

Y lo peor, lo más vergonzoso, era que, junto con la ira, llegó el recuerdo. El recuerdo de su tacto, de su boca, de la intensidad que me consumió. Mi cuerpo traidor recordó el calor, el deseo, la forma en que me inmovilizó contra el escritorio. Un escalofrío recorrió mi piel, una mezcla enfermiza de repulsión y un eco fantasmal de placer...

Lo odiaba. Lo odiaba con cada fibra de mi ser. Pero mi cuerpo, en su primitiva estupidez, aún reaccionaba ante él.

Una fuerte patada en las costillas me devolvió a la realidad de golpe. Me llevé la mano al vientre, jadeando. Mi hijo. Mi realidad. Él era lo que importaba. Dante Azevedo era solo un fantasma, un capítulo oscuro que tenía que aprender a dejar atrás. Respiré hondo, obligué a mis ojos a enfocar de nuevo la pantalla de la computadora y borré la página de búsqueda. Tenía trabajo que hacer. No podía

permitir que el juez que casi destruyó mi futuro me impidiera construir uno nuevo.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 12

El tiempo tiene una forma eficaz de borrar los inconvenientes. Los meses transcurridos desde el incidente... fueron prueba de ello. La primavera dio paso a un verano sofocante, y mi vida, que había sufrido una breve y molesta turbulencia, volvió a asentarse en su curso inmutable.

La becaria se había ido, el problema se había resuelto y el orden se había restablecido.

Me había olvidado de ella. Fue un ejercicio de disciplina mental, un acto de voluntad. Borré su rostro de mi subconsciente, silencié el recuerdo de su cuerpo bajo el mío. La vida continuó, predecible y controlada. Audiencias, sentencias, cenas formales. Todo como debía ser.

Esa tarde de viernes, iba a presidir una audiencia de conciliación. Un aburrido caso civil sobre una disputa de tierras que se prolongaba desde hacía años, transferido a mi tribunal por exceso de casos. Las partes estaban representadas por pequeños bufetes, el tipo de abogados de barrio que rara vez pisaban mi tribunal. Era

un mero trámite, una formalidad que había que despachar antes del fin de semana.

—Llame al siguiente caso, proceso número 2024/00897, Almeida y Sofía Abogacía contra Construtora Lins —le indiqué al secretario, con voz cargada de aburrimiento, anticipando ya el final de la jornada.

Las puertas laterales se abrieron. Miré hacia el escritorio de la parte demandante, esperando ver al abogado de mediana edad que figuraba en el expediente...

El mundo se detuvo, el tiempo se congeló y el aire de mis pulmones se convirtió en cristal.

¡Era ella!

Bruna Magallanes estaba de pie, ordenando una pila de papeles sobre la mesa. No era la becaria asustada que había echado de mi despacho. Había una nueva madurez en su rostro y una determinación en su postura, pero no fue eso lo que me dejó sin aliento.

Fue su vientre... Proeminente, inconfundible, perfectamente redondo bajo el vestido oscuro y profesional que llevaba.

Embarazada.

Muy embarazada.

Mi cerebro se negó a procesar la imagen. Era una alucinación, una ilusión óptica. El problema que había echado, el error que había borrado, estaba allí, delante de mí, en mi tribunal, personificado en una mujer cuyo embarazo era una acusación silenciosa y abrumadora.

Levantó la cara y sus ojos se encontraron con los míos.

Por un segundo, vi el shock reflejado en los suyos y el color desapareciendo de su rostro. No esperaba verme allí. Vi el pánico, la misma vulnerabilidad de meses atrás. Entonces, algo cambió. Enderezó los hombros. Levantó el mentón. El pánico dio paso a una máscara de frialdad profesional, en una imitación aterradoramente perfecta de mi propia indiferencia.

—Buenas tardes, Excelencia —dijo con voz clara, firme, sin una pizca de temblor—. Bruna Magallanes, número *tal* del Colegio de Abogados, en representación de la parte demandante.

Se presentaba ante mí como si nunca nos hubiéramos visto. Como si no hubiéramos compartido el acto más íntimo e imprudente

de mi vida. Como si no estuviera cargando con una consecuencia de ese acto justo delante de mí.

Todas mis defensas, toda mi negación, todo el orden que había impuesto a mi vida... todo se derrumbó en ese instante. El fantasma que creía haber exorcizado no solo había vuelto. Tenía cuerpo, voz y estaba a punto de defender una causa en mi tribunal.
El control, mi poder más absoluto, se me escapó entre los dedos como arena.

Un zumbido agudo llenó mis oídos, ahogando el sonido ambiental del tribunal. Por un instante, el mundo se estrechó, centrándose solo en ella, de pie, con su prominente barriga que era una afrenta a todo el control que había impuesto a mi vida. Cada respiración que tomaba parecía quemarme los pulmones.

Control...

La palabra resonó en mi mente como un mantra, en una orden desesperada. Yo era el juez Dante Azevedo. La máxima autoridad en esa sala. Mis emociones no tenían cabida allí.

Forcé mis músculos a relajarse, la máscara de neutralidad judicial encajando de nuevo en mi rostro como una segunda piel. Tomé mi bolígrafo,el frío metal me ancló al presente.

—Adelante, doctora —dije, y el sonido de mi propia voz, firme e impasible, fue un alivio. Nadie podía saber la tormenta que se formaba dentro de mí.

Comenzó la audiencia. Ella habló. Su voz, la misma que susurró mi nombre en mi despacho, en ese momento articulaba términos jurídicos, defendiendo la causa de su cliente con una claridad y una confianza que me tomaron por sorpresa. Era buena. Incluso bajo mi mirada, incluso cargando con el secreto que nos conectaba, Bruna era profesional, estaba concentrada.

Yo no escuchaba las palabras. Mi mente era un caos...

Es mi hijo... La afirmación resonaba con una certeza abrumadora. Las fechas coincidían. El tiempo, ese enemigo implacable, había pasado. Siete, tal vez ocho meses... La matemática era simple y brutal. El problema que había descartado no se había "*resuelto*". Había crecido.

Mientras ella discutía, me obligué a mantener la compostura. Anoté frases aleatorias en mi cuaderno, fingiendo reflexionar sobre el caso. Pero lo que realmente estaba sopesando era la magnitud de la catástrofe.

Impedimento...

El término legal surgió en mi mente, claro como un rayo. Estaba legalmente impedido para juzgar ese caso. Mi relación personal con la abogada de la parte demandante creaba un conflicto de intereses innegable, una violación ética fundamental. La ley exigía que me declarara sospechoso y remitiera el proceso a otro juez.

Pero, ¿cómo hacerlo? Declararme impedido sería levantar una bandera roja. *"¿Cuál es su relación con la abogada, Excelencia?*". Las preguntas vendrían, susurradas en los pasillos, en los despachos. Sería el primer hilo suelto y, ¿y si alguien decidiera tirar de él? Mi carrera, construida sobre una base de integridad impecable, podría derrumbarse.

El sudor comenzó a formarse en mi frente. El cuello de mi camisa parecía apretarme la garganta. Estaba acorralado. Presidir la audiencia era una violación ética. Declararme sospechoso era un riesgo calculado que podría estallarme en la cara.

—... Y por eso, Excelencia, solicitamos que se desestime la petición de la parte contraria —concluyó, resonando en el silencio de la sala.

Todas las miradas se volvieron hacia mí, esperando mi decisión. Por un segundo, mi mente se quedó en blanco. Solo veía su rostro, su vientre y el abismo que se abría bajo mis pies.

Respiré hondo y recuperé el control, frágil, pero presente.

—Tras revisar el expediente y considerar los complejos argumentos presentados por las partes, que requieren un análisis exhaustivo, el caso está listo para una decisión —dije, con voz automática, utilizando jerga para ganar tiempo—. Se levanta la sesión.

Golpeé el martillo, el sonido de la madera resonó, ocultando mi completa pérdida de control. Me levanté, sin mirarla, y me retiré a la seguridad de mi despacho, las túnicas negras ocultaban el temblor de mis manos. La vida normal había terminado. La audiencia podía haber terminado, pero el verdadero juicio, el mío, apenas estaba comenzando.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 13

Me quedé allí, dentro de la caja metálica que descendía, finalmente sola, y solo entonces permití que mi cuerpo temblara, no de miedo, sino de una terrible certeza: la audiencia había terminado, pero la verdadera batalla por mi vida y la de mi hijo apenas comenzaba.

El ascensor se detuvo en la planta baja y salí al vestíbulo principal, con el cuerpo aún temblando. Solo quería el aire de la calle, el anonimato de la multitud. Ignoré el camino más rápido hacia la salida principal y giré por un pasillo lateral, menos transitado, que conducía a una salida secundaria. Necesitaba un momento para recomponerme antes de enfrentarme al mundo exterior.

Fue un error...

El pasillo estaba vacío y las luces de emergencia proyectaban un pálido resplandor sobre el mármol pulido. Estaba a mitad de camino cuando oí pasos detrás de mí. Pasos rápidos, pesados,

decididos. Se me heló la sangre. No necesité darme la vuelta para saber quién era.

—¡Magallanes! —Su voz, baja y dura, resonó en el pasillo vacío, haciéndome detener. Me giré lentamente. Se detuvo a pocos metros de distancia, con la furia contenida en su postura y los puños cerrados a los lados del cuerpo.

—Esto no ha terminado.

Respiré hondo, agarrando la correa de mi bolso con tanta fuerza que se me pusieron blancos los nudillos. Huir ya no era una opción.

—La audiencia ha terminado, Excelencia. No tengo nada más que tratar con usted.

Dio dos pasos lentos, acortando la distancia entre nosotros. Su mirada se posó, explícita, en la curva de mi vientre y un aire de desprecio torció sus labios.

—Entonces es cierto. Realmente lo has llevado a cabo.

La acusación en su voz, la sugerencia de que yo habría hecho algo tan monstruoso solo para provocarlo, rompió la delgada capa

de compostura que me quedaba. La humillación, la ira y el instinto protector se fundieron en una llama fría dentro de mí.

—¿Y por qué habría mentido? —repliqué, en un tono más fuerte de lo que esperaba—. ¿Qué pensaba que haría? ¿Que "resolvería el problema" como usted tan delicadamente sugirió?

El uso de sus propias palabras lo afectó. Vi cómo se le tensaba un músculo de la mandíbula. Se acercó más, envolviéndome con el calor de su cuerpo y el aroma de su costoso perfume, que me ahogaba. Estábamos peligrosamente cerca y la tensión entre nosotros se convirtió en una fuerza física, crepitante.

—No tenías derecho —gruñó en voz baja, casi inaudible—. No tenías derecho a aparecer en mi tribunal. A traer... *esto*... a mi vida.

—¿"Esto"? —repetí, con incredulidad dando paso a una furia gélida—. "Esto" tiene un corazón que late, Excelencia. *"Esto"* es su hijo y, por desgracia para usted, su madre ahora es una abogada que tiene todo el derecho a estar en su tribunal, defendiendo a un cliente.

Su rostro se transformó en una máscara de pura furia. Sus ojos azules eran dos astillas de hielo. Por un segundo, pensé que iba

a agarrarme, sacudirme y gritarme. La energía que emanaba era violenta, descontrolada.

Pero no lo hizo. Solo me miró fijamente, con la respiración entrecortada y la batalla interna estampada en su rostro. El ambiente entre nosotros era insoportable, un cable de alta tensión a punto de estallar.

—Aléjate de mí —dijo finalmente,con un esfuerzo visible en cada palabra.

Y entonces se dio la vuelta y se alejó con pasos largos y duros, dejándome apoyada contra la pared, con el corazón latiéndome con fuerza contra las costillas, jadeando, no por miedo, sino por la certeza de que la guerra entre nosotros había sido oficialmente declarada.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 14

Entré en mi despacho y cerré la puerta con tanta fuerza que los libros de la estantería temblaron. Furia. Era una furia ciega e impotente la que corría por mis venas, un veneno que no sabía hacia dónde dirigir. Me acerqué a la ventana y contemplé la ciudad abajo, apoyando las manos en el cristal frío y exhalando en pesadas bocanadas.

Aléjate de mí.

Las palabras que le dije resonaban en mi mente, pero eran las *suyas* las que realmente me atormentaban, clavadas en mi conciencia como fragmentos de cristal.

"Esto" tiene un corazón que late, Excelencia. "Esto" es su hijo.

Su hijo... Me lo dijo a la cara. Con un valor que me sorprendió. La becaria asustada a la que había aplastado y descartado meses atrás ya no existía. En su lugar, había una mujer, una abogada y una madre, defendiendo a su hijo con una ferocidad que no había previsto.

La ira comenzó a disiparse lentamente, dando paso a algo más turbio y pesado. Una sensación incómoda que se instaló en mi pecho. Repasé la escena en el pasillo, la escena en el tribunal, la noche en mi despacho... Vi mi propio comportamiento con una claridad brutal y repentina.

La crueldad. El desprecio calculado. La forma en que la anulé, en que la convertí en un objeto, en un "problema" que había que descartar. *"Resuelve tu problema".* La frialdad de mis propias palabras en ese momento me provocaba náuseas.

La juzgué. En mi arrogancia, supuse que era débil, que cedería y desaparecería. Pero no lo hizo. Mientras yo seguía con mi vida en una burbuja de negación, ella lo afrontó todo sola. La vergüenza, el miedo, la incertidumbre... Terminó la universidad, embarazada. Obtuvo la aprobación del Colegio de Abogados. Encontró un trabajo y se plantó ante mí, no para pedir, sino para luchar.

Arrepentimiento...

La palabra surgió en mi mente, extraña y amarga. No me arrepentía de mis veredictos, no me arrepentía de mis decisiones profesionales. Eran lógicas, basadas en la ley. Pero esto... era

diferente. Por primera vez en mi vida adulta, miraba atrás, a una de mis acciones, y sentía el peso inconfundible de haber actuado de forma monstruosa.

Me senté en mi silla y el frío cuero no me ofrecía ningún consuelo. El silencio de la oficina, antes mi santuario, en ese momento era opresivo, lleno de la enormidad de lo que había hecho. No la vi como una persona. La vi como una amenaza a mi control, a mi orden y, para proteger mi castillo de naipes, la sacrifiqué sin pensarlo dos veces.

Un corazón que late.

Un hijo.

Mi hijo.

La realidad de esas palabras me golpeó, ya no como una amenaza, sino como un hecho. Un hecho que había intentado borrar con crueldad e indiferencia. Sin embargo, los hechos, como bien sabía, son obstinados. No desaparecen solo porque lo deseemos.

Me quedé allí, mirando la mesa vacía, durante un tiempo incontable. La furia se desvaneció y la negación se rompió. En su lugar, solo quedó el vacío y una pregunta para la que no tenía la menor respuesta: *¿qué demonios había hecho?*

Yo era un hombre que tomaba decisiones basadas en hechos, en leyes, en precedentes. Decisiones que tomaba con una convicción férrea, sin mirar atrás. Yo enviaba a hombres a la cárcel para el resto de sus vidas y dormía tranquilo por la noche, seguro de haber hecho lo correcto.

Sin embargo, al contemplar la oscuridad que se cernía fuera de la ventana, una pregunta herética, una traición a todo lo que era, comenzó a formarse en mi mente.

¿Y si había tomado la decisión equivocada?

La pregunta era tan extraña, tan fundamentalmente opuesta a mi naturaleza, que parecía sacudir los cimientos de mi ser. ¿Yo, dudando de mí mismo? Era impensable.

Sin embargo, la imagen de ella en el tribunal se negaba a desaparecer. No la pasante asustada a la que dominé, sino la abogada. La mujer que, incluso cargando con el peso de mi hijo y mi rechazo, se plantó frente a mí con una dignidad que intenté arrancarle. No vino a suplicar. Vino a trabajar. Vino a luchar.

Mi reacción meses atrás... no se basó en la lógica. No fue una decisión judicial, ponderada e imparcial. *Fue pánico...* Un pánico frío y egoísta. Vi esa noticia no como un hecho que debía procesar, sino

como una amenaza a mi orden, a mi futuro impecablemente planeado, y reaccioné con la brutalidad de un animal acorralado, atacando el punto más débil para garantizar mi propia supervivencia.

La llamé "problema". Sin embargo, en ese pasillo, no vi un problema. Vi a una mujer aterrorizada, pero inquebrantable, y en su vientre... la consecuencia viva de mi acto, de mi pérdida de control.

La certeza que siempre había sido mi ancla comenzó a desmoronarse. ¿Qué era "lo correcto" en esa situación? ¿Echarla? ¿Fingir que no había pasado nada? ¿Dejarla enfrentarse sola a un embarazo y a la destrucción de su carrera? Ninguna ley, ningún código me daba la respuesta. Aquí, en el territorio de la decencia humana, estaba completamente perdido.

Me levanté y comencé a caminar de un lado a otro de mi despacho, el espacio que antes parecía un símbolo de mi poder, en ese momento, se asemejaba a una jaula. Yo, el juez Dante Azevedo, que nunca había dudado ni cuestionado un veredicto, estaba paralizado.

El arrepentimiento ya no era solo una punzada. Era un veneno lento que se extendía por mi sistema, corroyendo la armadura de arrogancia y certeza que había vestido toda mi vida.

No sabía qué hacer. No sabía cómo arreglarlo. Solo sabía, con una claridad terrible y sin precedentes, que por primera vez no tenía ni idea de cuál era la decisión correcta que debía tomar. Y el peso de haber tomado la decisión equivocada era abrumador.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 15

La normalidad era una fantasía. Una ropa que intentaba ponerme cada mañana, pero que nunca me quedaba bien.

En los días que siguieron a la audiencia, me aferré a la rutina de la oficina de Almeida & Sofía como un náufrago se aferra a un trozo de madera. Llegaba temprano, me sumergía en los expedientes, redactaba peticiones con una concentración forzada. Respondía a las amables sonrisas de la Dra. Sofía, tomaba café con Livia en la cocina, discutía los detalles de un inventario con el Dr. Almeida. Por fuera, era la nueva y dedicada abogada, embarazada, pero competente.

Sin embargo, por dentro, estaba destrozada.

Me era imposible concentrarme de verdad. Mis ojos leían las palabras de un contrato de alquiler, pero mi mente estaba atrapada en aquel pasillo del tribunal. La imagen de su rostro, pálido de ira, estaba grabada a fuego en mi retina. La forma en que su mirada se posó en mi vientre, no con curiosidad, sino con repulsión.

Esto es tu hijo.

Las palabras que le dije, en un arrebato de valentía y desesperación, me atormentaban. ¿Fue valentía o una estupidez monumental? Lo confronté, lo desafié. *Y ahora, ¿qué vendría después?* Su silencio era más aterrador que cualquier grito.

Cada vez que sonaba el teléfono de la oficina, se me encogía el corazón. Cada correo electrónico con un remitente desconocido me provocaba una oleada de náuseas. Lo veía en todas partes. En el perfil de un hombre rubio que pasaba por la calle, en la voz grave de un cliente al teléfono. Se había convertido en un fantasma que acechaba mi presente, una amenaza invisible a la frágil normalidad que intentaba construir.

Sabía, con la certeza de los condenados, que aquel encuentro no era un punto final. Era el comienzo de algo. Una parte de mí siempre supo que, tarde o temprano, tendría que enfrentarme a él de nuevo. La vida, en su cruel ironía, simplemente decidió que sería antes de lo deseado.

—Bruna, ¿estás bien? Parece que has visto un fantasma.

La voz de Livia me devolvió a la realidad. Estaba parada frente a mi escritorio, con la mirada perdida en la nada, la mano inconscientemente apoyada sobre mi vientre.

—Estoy bien. Solo... cansada —mentí, esbozando una sonrisa forzada.

Me miró con recelo, pero no insistió.

Esa noche, en casa, después de otro día fingiendo que todo estaba bajo control, sentí una patada fuerte e insistente. Respondí acariciando el lugar. Ya no se trataba solo de mí, de mi orgullo herido o de mi carrera en peligro. Se trataba de la pequeña vida que debía crear.

Esa cita en el tribunal, por impactante y aterradora que fuera, sirvió para una cosa: me liberó de la fantasía. La vida normal ya no era una opción. Vivir en alerta, esperando el próximo movimiento del juez Dante Azevedo, era mi nueva realidad. Y tenía que estar preparada.

La semana terminó sin más incidentes. Ningún correo electrónico, ninguna citación, ninguna señal de Dante Azevedo. Intenté convencerme de que tal vez había dado marcha atrás, que el impacto de verme le había hecho darse cuenta de que lo mejor era mantener la distancia. Era una esperanza frágil, infantil, y lo sabía.

El lunes estaba inmersa en un caso, rodeada por la tranquilidad de la oficina, salvo por el zumbido del aire

acondicionado, cuando mi celular vibró sobre el escritorio. El número era desconocido. Se me hizo un nudo en el estómago. Normalmente lo habría ignorado, pero algo me dijo que no lo hiciera.

Me alejé del escritorio y me dirigí a un rincón más apartado cerca de la ventana, contestando con voz vacilante.

—¿Hola?

—Bruna.

No era una pregunta. Era una afirmación. Su voz, grave e inconfundible, atravesó la línea y llegó a mi oído como una descarga eléctrica.

Me quedé paralizada.

Todas las defensas que había construido durante el fin de semana se derrumbaron en un instante.

—¿Qué quiere? —Mi voz sonó baja, casi un susurro.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Podía imaginarlo, sentado en su sillón de cuero, en su silencioso despacho, en control.

—Tenemos que hablar.

—Ya hemos hablado. —Hice una breve pausa, contando hasta tres para no perder el control—. Usted ha sido muy claro.

—*Fui tomado por sorpresa* —dijo, y había algo diferente en su tono. Menos furia, más... contención—. *Vayamos a cenar esta noche.*

La frase me agarró desprevenida. No era una invitación. Era una orden, disfrazada de formalidad. Su audacia, después de todo, encendió la llama de mi ira.

—No, gracias.

—*No fue una petición.*

—Y mi respuesta tampoco —repliqué, con firmeza en mi voz —. No tengo absolutamente nada que hablar con usted fuera de lo estrictamente profesional y dentro de un tribunal.

Otra pausa, esta vez más larga, más tensa.

—*No compliques las cosas, Bruna.*

—Usted es un experto en complicar las cosas, Excelencia. Pero esta vez no voy a seguirle el juego. Tengo un trabajo, una vida que construir y no tengo tiempo para... cenas. —La palabra salió con

todo el desprecio que sentía—. Ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

Antes de que pudiera responder o de que mi recién descubierta valentía fallara, colgué.

Me quedé parada, con el teléfono en la mano y temblando de pies a cabeza. Mi corazón latía descontroladamente, en una mezcla de pánico y una extraña y salvaje sensación de poder. Lo había desafiado de nuevo. Había rechazado una orden del todopoderoso juez Dante Azevedo.

No sabía cuál sería su próximo paso, si tomaría represalias, si empeoraría aún más las cosas. Pero, al volver a mi escritorio y sentir la suave patada de mi hijo, comprendí que había hecho lo correcto. La época en la que me acobardaba ante él había terminado.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 16

El sonido de la llamada terminada resonó en el silencio de mi apartamento con la fuerza de una bofetada. Me quedé parado en medio de la sala, con el celular aún en la mano, mirando el aparato como si fuera el culpable.

Ella me había colgado en la cara.

La becaria que había despedido, la mujer a la que había echado y la causante del problema que había ordenado resolver, acababa de colgarle el teléfono al juez Dante Azevedo.

Una ola de furia, familiar e instintiva, subió por mi pecho. La frustración era tal que tuve el impulso de lanzar el celular contra la pared.

¿Quién se creía que era?

Bastaría con una llamada mía, una palabra al oído adecuado, y la carrera que apenas había comenzado a construir estaría en ruinas. Podría aplastarla. El poder para hacerlo estaba al alcance de mis dedos. Sin embargo, la furia se desvaneció tan rápido como llegó, dejando atrás solo el sabor amargo y gris del arrepentimiento.

Me acerqué a la ventana panorámica, que mostraba la ciudad como una alfombra de luces frías y distantes. Esa vista, que siempre me había dado una sensación de poder y dominio, solo reflejaba mi propio aislamiento.

No podía aplastarla y darme cuenta de ello era la verdadera fuente de mi frustración.

Porque la mujer que me desafió por teléfono no era una creación del azar. Era culpa mía. La tomé, frágil y llena de sueños, y la rompí. Le dije las palabras más crueles que pude encontrar, la expulsé de mi vida y esperé a que se alejara arrastrándose y desapareciera.

¿Y qué hizo ella? Se levantó. Sola. Terminó la universidad, embarazada. Aprobó el examen del Colegio de Abogados, una prueba que derriba a los mejores en condiciones ideales. Encontró un trabajo y tuvo la fuerza de decirme "no".

La mujer fuerte que tenía delante era un reflejo directo de mi propia monstruosidad. Yo la obligué a ser así. No le dejé otra opción que luchar.

Me apreté la punta de la nariz, un dolor de cabeza comenzaba a latir en mis sienes. El arrepentimiento ya no era una punzada, era

un dolor crónico. Cada movimiento que hacía parecía el equivocado. Cada instinto, cada método que había utilizado toda mi vida: intimidación, poder, distancia... fallaba estrepitosamente con ella. Intentar obligarla a cenar era una estupidez, una repetición del mismo error de querer controlar una situación que hacía tiempo que se me había escapado de las manos.

No compliques las cosas, Bruna. Mis propias palabras sonaban patéticas en mi mente. Yo era el único que estaba complicando las cosas.

Me miré en el cristal oscuro. El hombre que me devolvía la mirada era un extraño. Un juez poderoso, temido en los pasillos del tribunal, pero un hombre perdido, inepto, sin la menor idea de cómo arreglar el mayor error de su vida. La frustración no era con ella. Era conmigo. Era la desesperación de darme cuenta de que, por primera vez, no tenía la ley, los hechos ni el poder a mi favor... no tenía nada. Solo el peso abrumador de una decisión equivocada y la certeza de que, para tener la más mínima posibilidad de reparar el daño, tendría que abandonar todas las armas que siempre me habían definido.

La frustración era un callejón sin salida. Intentar usar el poder contra ella solo la hacía más fuerte. Intentar usar la indiferencia solo posponía lo inevitable. En ese momento, su negativa a simplemente obedecerme me dejó desarmado.

Volví a mi sillón, dejando el vaso de whisky olvidado en la mesa. *¿Qué quería, al fin y al cabo? ¿Que desapareciera?* Sí, esa fue mi solución inicial. La más limpia. La más fácil. Podría ofrecerle dinero. Una cantidad que cambiaría su vida para siempre, que garantizaría el futuro del niño y la sacaría de mi existencia. Era una transacción, un lenguaje que yo entendía. Un problema resuelto con recursos.

Pero su voz, firme y llena de desprecio al teléfono, me decía que esa solución ya no funcionaría.

No voy a jugar a tu juego.

Ya no era la chica desesperada. En ese momento, tenía un trabajo, una carrera, una dignidad que yo mismo la había obligado a encontrar. Ofrecerle dinero ahora no sería una solución; sería un insulto, otro acto de arrogancia que solo la alejaría aún más.

Entonces, ¿qué quedaba?

Es tu hijo.

Sus palabras volvieron, ya no como una acusación, sino como un hecho frío e inmutable. Un hecho que yo, un hombre de la ley y de los hechos, había estado tratando desesperadamente de ignorar.

Por primera vez, me permití pensar en ello no como un "problema" o una "complicación", sino como la realidad que era: un niño. Un ser humano que existía por mi culpa.

Un hijo.

Mi hijo...

Nunca pensé en ser padre. Eran abstracciones, responsabilidades ruidosas y desordenadas que pertenecían a la vida de otras personas. Mi linaje, mi apellido, terminarían conmigo, y eso nunca me molestó. Construí mi propio legado de poder y reputación.

Sin embargo, en ese momento, existía otro legado. Una continuación que no había planeado, que no había pedido y que intenté rechazar activamente.

¿Y si la decisión equivocada no fue solo la forma en que lo traté, sino la propia decisión de rechazarlo? ¿Y si el camino correcto, el único camino lógico a partir de ahora, fuera lo contrario de lo que hice? ¿Y si, en lugar de alejarlo, debiera... asumirlo?

Aceptar al bebé...

La idea era tan extraña, tan monumental, que parecía sacudir el aire mismo de la habitación. Aceptarlo significaría admitir el error, renunciar al control e introducir un elemento de caos permanente en mi vida meticulosamente ordenada, un escándalo, preguntas y una mancha en mi carrera que tanto temía.

Pero no asumir la responsabilidad... ¿qué significaría eso? ¿Dejar que mi hijo fuera criado por una madre que me odia, tal vez sin saber nunca mi nombre, o sabiendo solo lo peor de mí? ¿Vivir el resto de mi vida con ese fantasma, ese cabo suelto, esa renuncia a la responsabilidad? ¿No sería eso una debilidad? ¿La mayor de todas?

La frustración dio paso a una incómoda claridad. El arrepentimiento ya no era solo por mi crueldad con ella. Era por mi cobardía. Yo huí y un Azevedo no huye.

No sabía lo que significaba "asumir" en la práctica. No sentía amor paternal, solo el peso abrumador de una obligación ineludible. Pero, por primera vez desde que vi esa prueba de embarazo, la pregunta en mi mente cambió. Ya no era "¿cómo hago para que esto

desaparezca?". Era, para mi completo terror: "¿cómo empiezo a arreglar la situación?".



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 17

La normalidad era una mentira frágil, y sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que se rompiera. La grieta llegó en forma de un correo electrónico oficial del sistema judicial, con un sonido de notificación que sonó como un disparo en el silencio de la oficina.

CITACIÓN PARA AUDIENCIA - LECTURA DE SENTENCIA Caso n.º 2024/00897 - ALMEIDA & SOFÍA ABOGACÍA vs. CONSTRUTORA LINS Juez titular: Dr. Dante Azevedo

Se me heló la sangre. Miré fijamente su nombre en la pantalla. Las letras negras y nítidas parecían burlarse de mí. Sabía que esto iba a pasar. Ese caso no podía simplemente desaparecer. Sin embargo, la confirmación, la fecha y la hora marcadas en negrita, transformaron el temor abstracto en una realidad concreta e

inminente. Tendría que volver allí, entrar en su sala de audiencias, ponerme de pie ante su estrado y mirarlo a los ojos.

En los días previos a la audiencia, el malestar se convirtió en mi compañero constante. Las náuseas matutinas, que me habían dado un respiro en las últimas semanas, volvieron con toda su fuerza, en una manifestación física de la ansiedad que me carcomía por dentro. El bebé parecía sentir mi angustia, moviéndose inquieto en mi vientre, y cada patada era un recordatorio del secreto que llevaría conmigo a esa sala.

¿Cómo lo lograría? ¿Cómo mantendría la voz firme y la postura profesional bajo el peso de su mirada? Él no me vería solo como la abogada de la parte contraria. Vería a la mujer que llevaba a su hijo, a quien él rechazó y quien le colgó el teléfono en las narices.

Intenté concentrarme en el caso, en la victoria que podría garantizarle al Sr. Almeida, pero era imposible. La audiencia en sí era una mera formalidad, él solo leería la decisión que ya había tomado. Sin embargo, para mí, era una prueba de resistencia. Un acto de humillación pública, aunque solo nosotros dos supiéramos la verdad.

La mañana del día señalado, me vestí como si fuera a una batalla. Elegí un vestido negro, sencillo y discreto, y la única chaqueta que todavía me quedaba bien, aunque ya no podía abrocharla sobre mi barriga de casi nueve meses. Me recogí el pelo en un moño apretado, en un intento por parecer más severa, más mayor, menos... vulnerable. Al mirarme en el espejo, no vi a una abogada segura de sí misma. Vi a una farsante, una mujer aterrorizada que intentaba esconderse detrás de una máscara de profesionalidad.

El camino al tribunal fue una tortura. Cada esquina, cada calle, me traía el recuerdo de aquel día en que salí de allí destrozada. Sin embargo, cuando entré en el imponente vestíbulo de mármol, una fría calma se apoderó de mí.

Caminé hasta la puerta de la sala de audiencias, sintiendo mi corazón latir con fuerza contra mis costillas. La placa dorada con su nombre brillaba bajo la luz del pasillo. Respiré hondo, apoyando la mano por un instante sobre la curva de mi vientre, en un gesto de protección y un silencioso recordatorio de por qué no podía flaquear.

Ya no era la becaria asustada, era la abogada de mi cliente y la madre de mi hijo.

Con mano firme, empujé la puerta y entré.

La sala de audiencias estaba casi vacía, lo que hacía que el silencio fuera aún más pesado. El abogado de la constructora ya estaba en su lugar, un hombre canoso que me lanzó una mirada curiosa, probablemente al notar mi avanzado estado de gestación. Lo ignoré. Mi atención, mi energía, todo mi ser estaba enfocado en un solo punto: la tarima elevada al fondo de la sala.

Y allí estaba él.

Dante Azevedo parecía una figura esculpida en granito, envuelto en una toga negra que le confería un aura de poder casi divino. Su postura era impecable, con las manos unidas sobre la mesa y el rostro esculpido en una máscara de fría neutralidad. Si sentía algo: conmoción, ira, lo que fuera; era un maestro en ocultarlo.

Caminé hasta mi mesa y me senté con dificultad, presionando el estómago contra la madera. Mantuve la mirada baja, concentrada en organizar los pocos papeles que tenía delante, una tarea inútil que me daba algo que hacer con las manos temblorosas.

—Audiencia para la lectura de la sentencia, caso número 2024/00897 —anunció el secretario, rompiendo el tenso silencio—.

Partes presentes y representadas.

Respiré hondo. Había llegado el momento. Me obligué a levantar la vista y mirarlo.

Nuestras miradas se cruzaron a través de la sala. Por una fracción de segundo, el mundo exterior desapareció. No había abogados, ni secretario, ni el escudo de la república en la pared detrás de él. Solo había esa mirada fría, impenetrable, pero con una intensidad que parecía inmovilizarme, diseccionando mi alma. Él me veía. La abogada, la mujer y la madre de su hijo. Todo quedaba al descubierto bajo esa luz cruel.

Sostuve la mirada. Me dolía la mandíbula de tanto esfuerzo que hacía para no apartar la vista. No le daría esa satisfacción.

—Doctora Magallanes —dijo él, y escuchar mi título profesional en sus labios fue como recibir un rayo. La formalidad era un arma, una forma de ponernos en nuestros respectivos lugares: él, el juez; yo, una simple abogada. Un abismo entre nosotros—. ¿Alguna consideración final antes de la lectura?

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, como un tambor de pánico. El bebé se movió, en una inquieta protesta contra la tensión que emanaba de mí.

—Ninguna, Excelencia —respondí, y fue una victoria que mi voz saliera firme, sin un solo temblor.

El ambiente en la sala era insoportable. Era como si el aire fuera enrarecido, cargado de una electricidad que solo nosotros dos podíamos sentir. Cada segundo se arrastraba, tensando mis nervios al límite. Hice todo lo posible por mantener la postura y la expresión neutra, mientras por dentro gritaba.

Dante tomó la decisión impresa. El susurro del papel era el único sonido en el universo. Se ajustó los lentes de lectura, bajó la mirada hacia el documento y, por un instante, el contacto visual se rompió, dándome un pequeño respiro.

Entonces, volvió a levantar la cara y sus ojos azules se encontraron con los míos por encima del marco.

—Tras revisar los expedientes del caso —comenzó, con su voz grave y resonante llenando cada rincón de la sala.

Contuve la respiración. No solo se estaba leyendo la sentencia de mi cliente. Era la mía y yo estaba completamente a su merced.

Su voz era como un trueno contenido, llenando el silencio con jerga legal que, en cualquier otro día, habría analizado con precisión. Pero ese día, cada palabra era solo ruido de fondo para el duelo

silencioso que librábamos. Podía sentir el esfuerzo que hacía por mantener la voz neutra y el ritmo constante, como si estuviera leyendo el pronóstico del tiempo y no decidiendo el destino de mi cliente.

Leyó los fundamentos de la decisión, un análisis técnico e impecable de los hechos y la ley. Cada segundo era una agonía. El aire estaba tan cargado que me sorprendía que nadie más en la sala pareciera ahogarse.

—... Y, por lo expuesto, considero procedente la solicitud de la parte demandante...

La sala se disolvió en un zumbido. Escuché el suspiro de alivio del Sr. Almeida a mi lado, pero el sonido parecía venir de muy lejos. Mi mente registró las palabras. Victoria. Había ganado. Mi primer caso real, contra un oponente difícil, y había ganado. Sin embargo, no sentí euforia ni alegría, solo el peso abrumador de su mirada, que se levantó del papel tan pronto como terminó de hablar y se clavó en la mía.

—... Condeno a la demandada al pago de una indemnización por daños materiales y morales. Se levanta la sesión. —Golpeó el martillo.

Mientras todos se movían, el Sr. Almeida me abrazó con gratitud y el abogado de la constructora refunfuñó sobre los recursos, yo permanecí sentada por un instante, tratando de encontrar fuerzas para levantarme. Dante se retiró a sus aposentos sin mirar atrás, con su toga negra ondeando detrás de él como las alas de un cuervo.

Despedí a mi cliente con una sonrisa temblorosa y la promesa de llamarlo más tarde. Solo quería huir. Me temblaba tanto la mano que apenas pude guardar mis papeles en el maletín. Salí de la sala de audiencias y, en lugar de dirigirme al ascensor principal, giré instintivamente por el mismo pasillo lateral y vacío de la última vez. Necesitaba un segundo de silencio antes de enfrentarme al mundo.

Estaba a mitad de camino cuando la puerta de acceso privado de los jueces se abrió frente a mí. Él salió, se detuvo y me bloqueó el paso. El corazón se me subió a la garganta.

Estábamos solos de nuevo.

—Excelencia —murmuré, tratando de esquivarlo para pasar.

Su brazo se movió, apoyando la mano contra la pared, impidiéndome el paso.

—No hemos terminado.

—La audiencia ha terminado y usted me ha dado la victoria. No tengo nada más que discutir. —Intenté sonar firme, pero casi tartamudeé.

—¿La victoria? —Había un tono amargo, casi autocrítico, en su voz, que me tomó por sorpresa—. ¿Crees que esto fue sobre tu caso?

Se acercó, su olor y su abrumadora presencia me envolvieron. Su expresión se repitió, su mirada bajó a mi vientre, y esta vez no había repugnancia. Había confusión, un dolor que no podía disimular.

—Bruna...

El uso de mi nombre, tan bajo y cargado de una emoción que no podía descifrar, rompió mis defensas.

—¿Qué quiere de mí, Dante? —susurré, agotada de luchar y fingir—. Ya me ha humillado, me ha despedido. ¿Qué más puede hacer?

—Yo... —Empezó, pero se detuvo, pasándose la mano por el pelo rubio en un gesto de frustración. Parecía perdido, despojado de su armadura de autoridad—. No lo sé.

Su confesión me impactó más que cualquier insulto.

—No me lo esperaba —continuó, con la mirada fija en mi vientre—. No... he sabido manejar bien la situación.

Una risa seca, sin humor, se escapó de mis labios.

—¿No la manejó bien? Destruyó mi vida y me mandó a "resolver el problema". Creo que "no la manejé bien" es el eufemismo del siglo.

La verdad de mis palabras pareció impactarlo. Dio un paso atrás, con el dolor reflejado en su rostro.

—Lo sé.

La confrontación que esperaba no llegó. La furia, los gritos... En su lugar, solo había un silencio pesado y la admisión de su error. Eso, de alguna manera, era aún más desestabilizador.

—Entonces... ¿Qué cambia ahora? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Va a usar eso en mi contra? ¿Va a anular la decisión?

Me miró fijamente y, por primera vez, vi algo más allá del juez. Vi a un hombre atormentado.

—No sé qué hacer, Bruna —repitió, y la vulnerabilidad en su voz era lo más aterrador que había oído nunca—. Pero tenemos que hablar. De verdad.

Su vulnerabilidad no me produjo alivio ni compasión. Fue como echar gasolina sobre unas brasas que creía apagadas.

—¿No sabe qué hacer? —repetí sus palabras, temblando con una furia que finalmente encontró una salida.

Una risa breve y amarga se escapó de mis labios.

—¿Usted, el todopoderoso juez Dante Azevedo, el hombre que decide el destino de las personas con un trazo de pluma, no sabe qué hacer? —Di un paso adelante, invadiendo su espacio, sustituyendo el miedo por una ira justa y abrumadora—. Déjeme contarle lo que tuve que hacer mientras usted "no sabía qué hacer".

Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro, pero no eran lágrimas de tristeza. Eran de pura ira.

—Tuve que ir a casa de mis padres y decirle a mi madre, la mujer que soñaba con mi brillante futuro, que estaba embarazada y sin trabajo. Tuve que ver la decepción en sus ojos, un dolor que usted nunca entenderá. Tuve que terminar la universidad, vomitando en los baños entre clases online, luchando contra el sueño y la desesperación para conseguir un título que de repente no parecía valer nada.

Mi voz se elevó, resonando en el pasillo vacío. Ya no me importaba si alguien me oía.

—No sabía qué hacer cuando tuve que estudiar para el examen más difícil de mi vida, sintiendo a este bebé patearme las costillas, recordándome cada segundo el error que cometí al confiar en usted por un instante. Ni cuando envié docenas de currículums y nadie me llamó, porque ¿quién contrata a una abogada embarazada de siete meses? Y definitivamente no sabía qué hacer esta mañana, cuando me puse esta ropa y vine a su tribunal, rezando para no derrumbarme delante suyo.

Estaba jadeando, con el pecho subiendo y bajando, la cara mojada. Lo miré fijamente, con todo el dolor y la humillación de los últimos meses expuestos en mi mirada.

—Usted ha vivido su vida con normalidad. Ha seguido con sus juicios, sus cenas, su mundo de orden y control, sin dedicar un solo pensamiento al "problema" que usted creó y descartó. Y ahora, porque me he presentado ante usted y le he obligado a afrontar las consecuencias de sus actos, ¿viene a decirme que "no sabe qué hacer"?

Permaneció en silencio, con el rostro pálido y una expresión indescifrable. Solo me miraba, asimilando la tormenta que acababa de caer sobre él.

—Sabía exactamente qué hacer —continué, en un susurro ronco y cansado—. Hizo lo que siempre hace. No hizo nada. Y me dejó sola para lidiar con todo. Así que, por favor, Excelencia, no venga con su arrepentimiento tardío. Ya no tengo fuerzas para ello.

Me di la vuelta, sintiendo cómo mi cuerpo temblaba de agotamiento, y me alejé, dejándolo solo en medio del pasillo, solo con la verdad que acababa de arrojar a sus pies.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 18

Me quedé parado en medio del pasillo, mucho después de que el sonido de sus pasos desapareciera. El eco de su voz, sin embargo, permaneció. Cada palabra que Bruna dijo rebotaba en las paredes de mármol y dentro de mi cabeza, demoliendo los cimientos de mi mundo.

Un empleado del tribunal pasó por allí, saludó respetuosamente con la cabeza y siguió su camino, ajeno al hecho de que el juez Dante Azevedo, la figura de autoridad inquebrantable, acababa de ser completamente destrozado.

Regresé a mi despacho en estado de trance. Cerré la puerta de madera maciza y el clic de la cerradura, que siempre me había sonado a seguridad y control, en ese instante sonó como la puerta de una celda.

El silencio ya no era pacífico, sino acusador.

Conmoción... Esa no era la palabra adecuada. Asombro fue lo que sentí al verla embarazada en mi tribunal. Lo que sentía en ese momento era algo mucho más profundo y visceral. Era como si el

suelo bajo mis pies se hubiera desintegrado, dejándome en caída libre en un abismo que yo mismo había cavado.

"Déjeme contarle lo que tuve que hacer...".

La lista de sus tribulaciones se repitió en mi mente, cada punto era una puñalada. Afrontar el embarazo. Terminar la universidad sola. Aprobar el examen del Colegio de Abogados. Buscar trabajo, cargando con mi hijo. ¿Y yo? ¿Dónde estaba yo mientras ella libraba esa batalla? Estaba allí, en este mismo despacho, juzgando, sentenciando, viviendo mi vida estéril y ordenada, convencido de que había eliminado un "problema".

Mi arrogancia era de tal magnitud que ahora me parecía monstruosa. La juzgué, la condené y la sentencié sin siquiera escuchar su defensa y, lo que es peor, creí que estaba en mi derecho.

Me senté pesadamente en mi silla. Miré alrededor de la sala: los libros de derecho, los diplomas en la pared, la toga colgada del gancho. Símbolos de mi poder, de mi inteligencia y de mi supuesta sabiduría. Todo era una farsa. Yo era un fraude. Un hombre que entendía todo sobre la ley, pero no entendía nada sobre la humanidad.

Por primera vez en toda mi vida, no sabía qué pensar ni qué sentir. La ira, la negación, el arrepentimiento egoísta... todo fue barrido por la fuerza de su dolor.

El dolor que le causé.

Estaba completa e irremediablemente perdido. No tenía un código que consultar, ningún precedente que seguir. Todas las herramientas que me definían: la lógica, el poder y la distancia, eran inútiles. Había navegado toda mi vida con un mapa preciso y, de repente, me di cuenta de que estaba en un océano desconocido, sin brújula, sin rumbo.

La tormenta que rugía a mi alrededor tenía un nombre: *Bruna...* y la culpa era enteramente mía.

Por primera vez, los papeles se habían invertido.

Sus palabras no eran una súplica, eran una acusación. El dolor en sus ojos no era un argumento, era la prueba irrefutable. Allí, en ese pasillo, yo no era el juez. Era ella. Y yo era el acusado.

Toda mi vida se había construido sobre la premisa de que yo estaba por encima del caos, que lo ordenaba, lo juzgaba. Pero yo no podía juzgarlo. No podía sentarme, analizar fríamente los hechos y

dictar sentencia desde la comodidad de mi tribunal. Porque el delito era mío. La responsabilidad era mía.

La conclusión me golpeó con la fuerza de un veredicto final. Tenía que hacer algo. No solo "decidir" algo. Era necesaria la acción, no la deliberación. Ya no podía esconderme detrás de mi toga, de mi escritorio, de mi poder. Por primera vez, tendría que bajar de mi estrado y afrontar las consecuencias de un juicio en el que el condenado era yo mismo.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 19

La victoria en el tribunal debería ser el momento más feliz de mi incipiente carrera. Por un breve y glorioso instante, me permití sentirlo.

—¡Una ronda de pan de queso y café a mi cuenta! —anunció el Dr. Almeida con una sonrisa que iluminaba su rostro, mientras nos sentábamos en una mesa en la panadería debajo de la oficina—. Bruna, has estado brillante, firme y precisa. Has dejado sin argumentos al abogado de la constructora.

—Estoy de acuerdo. Un debut impresionante. Estamos muy orgullosos de ti —añadió la Dra. Sofía, con sus ojos amables brillando con una sinceridad que me conmovió profundamente.

Esbocé una sonrisa genuina de gratitud que, por un momento, logró empujar la imagen de Dante a un rincón oscuro de mi mente.

—No lo habría conseguido sin vuestra confianza. Gracias por darme esta oportunidad.

Estábamos allí, en una celebración humilde, pero real, en un confort mundano que era exactamente lo contrario de la tensión gélida y el poder opresivo del tribunal. Era bueno, era normal, y me aferré a esa normalidad con todas mis fuerzas.

Pero su fantasma era insistente.

Mientras la Dra. Sofía contaba una historia divertida sobre uno de sus primeros casos, mi mente me traicionó. La imagen del rostro de Dante en el pasillo y la furia dando paso a algo que se parecía peligrosamente al dolor, volvió con toda su fuerza.

No sé qué hacer, Bruna.

Su confesión y su inesperada vulnerabilidad eran más desestabilizadoras que cualquier insulto.

Mi explosión de ira... casi me derrumbo delante de él, mostrándole exactamente lo profundo que me había herido.

La victoria en el caso parecía de repente menor, un acontecimiento secundario en un drama mucho mayor y más peligroso.

—¿Bruna? ¿Estás bien? —La voz de Livia, que se había unido a nosotros, me devolvió a la realidad.

—Sí, claro. Solo... —Me llevé la mano a la espalda, sintiendo un pinchazo agudo—. El peso del día y del vientre —añadí, forzando una sonrisa y acariciándome el vientre.

El bebé estaba inquieto, moviéndose con una urgencia que reflejaba mi propio estado de ánimo. Intenté concentrarme en la conversación, en el sabor del té y en la alegría de los Almeida. Pero fue inútil. Estaba en otro lugar, atrapada en ese pasillo, reviviendo el enfrentamiento.

Sentí otra contracción, más fuerte esta vez, un apretón que me dejó sin aliento por un segundo. Cerré los ojos y respiré hondo. Contracciones de Braxton Hicks, me dije a mí misma. Contracciones de entrenamiento. Faltaban semanas para la fecha prevista. Todo estaba bien.

—... ¡y entonces el juez dijo que la gallina de mi cliente era la verdadera culpable! —El Dr. Almeida terminó una anécdota y todos se rieron.

Me reí con él, con un sonido un poco forzado. Y fue en ese momento cuando sucedió.

No fue un dolor. Fue un suave "plop", una sensación húmeda e inconfundible, seguida de una repentina ola de calor que bajó

entre mis piernas. Me quedé paralizada. Mi risa se murió en la garganta. El mundo pareció transcurrir en cámara lenta.

Miré hacia abajo, pero no podía ver nada. Sin embargo, podía sentirlo. El goteo cálido e incontrolable.

—¿Bruna? —La voz de la Dra. Sofía estaba llena de preocupación. Mi cara debía de estar pálida como un fantasma.

Levanté la vista y encontré la suya. El pánico debía de estar estampado en mi rostro.

—Mi bolsa... —susurré, con la voz apenas saliendo—. Creo que... creo que rompí bolsa.

Por un segundo, el mundo pareció congelarse. Las risas en la mesa se apagaron. Los ojos de la Dra. Sofía, antes amables y llenos de orgullo, se convirtieron en focos de alarma.

—Tranquila. Respira hondo, Bruna —dijo ella, con un tono de voz maternal y autoritario—. Almeida, pide la cuenta y busca el coche, aparca justo en la puerta. Livia, ayúdala a levantarse, despacio.

Se instaló el caos.

El Dr. Almeida, pálido, corrió hacia la caja. Livia me ayudó a ponerme de pie, con el brazo firme alrededor de mi cintura. Sentí las miradas de los demás clientes de la panadería sobre mí, en una mezcla de curiosidad y lástima que me hizo arder la cara. El discreto charco que se formaba en el suelo bajo mi silla era la prueba irrefutable de mi estado.

—¿Te duele? —susurró Livia mientras me guiaba hacia la salida.

Negué con la cabeza, con la mente aún en blanco. Entonces llegó... Un pinchazo más fuerte, un apretón real que me hizo detenerme y jadear, con la mano abierta contra el vientre duro como una piedra.

—Sí. Ahora sí... —logré decir.

El coche del Dr. Almeida se detuvo bruscamente en la acera. La Dra. Sofía abrió la puerta trasera y me ayudó a entrar con una eficiencia impresionante. El viaje al hospital más cercano comenzó, en un torbellino de calles y semáforos que apenas registré. La Dra. Sofía se sentó a mi lado, sosteniendo mi mano con una firmeza que me tranquilizaba.

—Respira profundamente por la nariz y suelta el aire por la boca. Eso... Tú puedes, cariño.

Pero mi mente estaba en otra parte.

Esto no tenía que pasar ahora. No así...

No tenía preparado el bolso, ni había leído los últimos capítulos del libro sobre el parto y, sobre todo, estaba sola. Completa e irremediablemente sola. El padre de mi hijo, el hombre que me había condenado a esto, estaba en su despacho, ajeno a todo, probablemente satisfecho de haberse librado del "problema".

La ironía era tan cruel que casi me hizo reír.

—Mi celular... —balbuceé, ante la necesidad de escuchar una voz familiar.

Livia, en el asiento delantero, tomó mi bolso y me entregó el dispositivo. Mis dedos temblaban tanto que fallé dos veces al introducir el código de desbloqueo. Finalmente, encontré el número. "Mamá".

Contestó al segundo tono, con voz alegre.

—¡Hola, hija! Pensé que no llamarías hasta más tarde. Todo salió bien en...

—Mamá... —Mi voz se quebró y se me escapó un sollozo—. Mamá, rompí bolsa.

El silencio al otro lado de la línea duró solo un segundo, pero pareció una eternidad.

—¿Qué? ¿Ahora? Pero no tenía que ser... Dios mío. ¿Dónde estás? ¿A qué hospital te están llevando? —El pánico inicial en su voz fue rápidamente sustituido por una fuerza que me resultaba tan familiar.

—Al Hospital Santa Clara. El Dr. Almeida me está llevando. —Me sobrevino otra contracción, más fuerte, y me incliné, gimiendo en voz baja.

—Respira, hija mía. Escucha mi voz, respira. Ya salgo. Tomaré el primer autobús, un taxi, ya me las arreglaré... Mamá ya va. No te preocupes, todo estará bien.

—Tengo miedo, mamá.

—Lo sé, cariño. Pero eres fuerte. Siempre lo has sido. Solo respira. Estoy de camino.

Colgué el teléfono y lo apreté contra mi pecho. La promesa de su llegada era una pequeña luz en el oscuro túnel en el que me

había adentrado. Pero, mientras el coche se detenía bajo las brillantes luces de la entrada de urgencias del hospital y una enfermera se acercaba con una silla de ruedas, la soledad me golpeó con toda su fuerza. Mi alegría había terminado. Mi verdadero juicio estaba a punto de comenzar.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 20

Su imagen, destrozada y furiosa en el pasillo, se negaba a dejarme en paz. Cada palabra de su acusación era un veredicto que resonaba en el silencio de mi despacho. Yo, el juez, había sido juzgado y condenado.

La conclusión de que tenía que *hacer* algo era un fuego que me consumía, pero la pregunta era: ¿Qué? ¿Pedir perdón? Las palabras parecían vacías, insultantes ante la magnitud del daño que había causado. ¿Ofrecer dinero? La idea me parecía vulgar, una repetición del mismo error de intentar resolver un problema humano con recursos materiales.

La indecisión me corroía. Caminaba de un lado a otro de mi apartamento, sintiéndome prisionero de mi propia vida. Ya no podía esconderme ni fingir. Necesitaba verla, hablar con ella, aunque no supiera qué decir. Necesitaba, quizás por primera vez, simplemente escuchar.

Tomé la decisión de forma impulsiva. Agarré las llaves del coche, sin ningún plan, movido únicamente por la urgente necesidad

de deshacer el nudo que se había formado en mi estómago. Conduje sin rumbo fijo durante un rato, hasta que mis instintos me llevaron a la dirección que había memorizado de su petición: el Bufete de Abogados Almeida & Sofía.

El edificio era modesto, encajonado entre otros comercios. El olor a pan caliente que provenía de la panadería de la planta baja era tan incongruente con mi angustia que me pareció un insulto. Subí las escaleras, sintiendo mi corazón latir con una ansiedad que no había sentido desde mi primer juicio.

La puerta del despacho estaba entreabierta. Entré y me encontré con una joven, probablemente la amiga de Bruna. Me miró, sorprendida, y luego su expresión se cerró en una desconfianza protectora.

—¿Sí? La oficina está cerrada.

—Necesito hablar con Bruna Magallanes —dije, en un tono más firme de lo que pretendía.

La joven se levantó, cruzando los brazos.

—No está. ¿Qué quiere de ella?

La irritación, mi reflejo más antiguo, amenazó con aflorar.

—Es un asunto privado. Soy el juez Dante Azevedo. Necesito verla.

El nombre impactó a la joven como un rayo. La conmoción, la comprensión y una fría ira aparecieron en sus ojos. De alguna manera, ella lo sabía.

—¿Usted? —dijo con evidente desdén—. Ha llegado en el peor momento posible. —Antes de que pudiera preguntar nada, continuó con voz seca—. No está aquí y creo que no vendrá durante bastante tiempo. Se ha ido al hospital.

La palabra "hospital" me impactó. *¿Un accidente? ¿Una enfermedad?* El pánico, frío y desconocido, comenzó a subir por mi garganta.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

La joven soltó una risa amarga, sin humor.

—¿"Bien"? Está en su parto, juez. Ha roto bolsa.

Parto.

La bolsa se rompió.

El mundo a mi alrededor se desvaneció: la oficina, la joven enfadada... Todo desapareció. Solo quedaban aquellas palabras.

Estaba ocurriendo lo que había intentado negar, el "problema" que había intentado borrar, estaba llegando al mundo en ese preciso instante.

—¿Qué hospital? —La pregunta salió de mi boca con un sonido ronco y desesperado.

La joven dudó, con desconfianza aún en sus ojos.

—¿Por qué debería decírselo?

Di un paso adelante, toda mi fachada de poder y control desmoronándose. Por primera vez en mi vida, supliqué.

—Por favor. Necesito saberlo.

Quizás vio el pánico genuino en mi rostro y la completa pérdida de control. Quizás vio a un hombre que no era un juez, sino solo un padre aterrorizado. Después de una eternidad, cedió y me dijo el nombre del hospital como si me estuviera dictando sentencia.

No le di las gracias ni me despedí. Solo me di la vuelta y eché a correr, bajando las escaleras a los saltos, escuchando mi propio corazón descompasado resonando en mis oídos. No sabía qué haría cuando llegara allí, solo estaba seguro de que no estar allí ya no era una opción.

Conduje hasta el Hospital Santa Clara como un loco, infringiendo todas las normas de tráfico que había jurado defender. La ciudad era una mancha borrosa y los semáforos, meras sugerencias. Lo único claro en mi mente era la imagen de ella, sola, en el parto. La culpa y el pánico eran un cóctel venenoso que me quemaba el estómago.

Aparqué como pude en una plaza prohibida a la entrada de urgencias y corrí hacia dentro, con el traje caro arrugado y jadeando. El ambiente estéril del hospital era un caos de pitidos, anuncios por megáfono y el llanto lejano de un niño. Por primera vez en mi vida, no tenía el control. Solo era otra cara anónima entre la multitud de desesperados.

Fui directamente a la recepción de maternidad, donde una enfermera de mediana edad, con aire cansado, organizaba los historiales médicos.

—Necesito saber la habitación de una paciente —dije, más como una orden que como una petición. El hábito de la autoridad era difícil de romper—. Bruna Magallanes.

La enfermera levantó la vista, sin inmutarse por mi tono.

—¿Qué relación tiene usted con ella? Solo podemos dar información a la familia.

—Yo... —Dudé. La pregunta, tan simple, me dejó sin respuesta*. ¿Qué era yo para ella? ¿El hombre que la dejó embarazada y la abandonó? ¿El juez que la humilló?*—. Soy un conocido. Necesito verla.

—Lo siento, señor. Es el protocolo del hospital. Solo la familia. —Volvió a centrar su atención en sus papeles, despidiéndome.

La negativa, la burocracia, la barrera entre ella y yo... fue la gota que colmó el vaso. La frustración, el miedo y la culpa que se habían ido acumulando estallaron.

—¡Escuche! —Mi voz se elevó, atrayendo las miradas de algunas personas en el pasillo—. Se llama Bruna Magallanes y está aquí para dar a luz. A mi bebé.

La sala pareció quedarse en silencio. La enfermera me miró con los ojos muy abiertos y la boca entreabierta.

—Yo soy el padre. —Las palabras salieron altas, claras e irrevocables. Las dije. No en un pasillo vacío, no en una conversación privada. Las anuncié al mundo, bajo las frías luces de

un hospital. La declaración quedó flotando en el aire, sorprendiéndome tanto a mí como a la enfermera.

El hombre que había pasado meses negando, borrando y descartando, acababa de reivindicar su paternidad con la fuerza de un veredicto.

La enfermera parpadeó, recuperándose de la conmoción. El desprecio inicial en su mirada dio paso a una cautelosa comprensión. Tomó el teléfono.

—Voy a comprobar si puede recibir visitas.

Mientras ella hablaba por teléfono, me apoyé en el mostrador, con las piernas repentinamente débiles. Había cruzado un punto sin retorno. Al decir esas palabras en voz alta, no solo se lo estaba informando a una desconocida. Estaba admitiéndomelo a mí mismo, de una vez por todas. Ese bebé era mío, la responsabilidad era mía y ya no podía huir.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 21

El mundo se había reducido al espacio de esa habitación de hospital. El tiempo ya no se medía en horas, sino en el intervalo entre una contracción y otra. Cada oleada de dolor insoportable que me golpeaba era un pico de agonía, un apretón que contraía cada músculo de mi cuerpo, haciéndome agarrar la mano de mi madre como si mi vida dependiera de ello.

—Eso, hija mía. Respira hondo. Inspira por la nariz, expira por la boca. Tú puedes.

La suave voz de mi madre era el único ancla en un océano de dolor. Cerraba los ojos, me concentraba en el sonido, en el pitido rítmico del monitor cardíaco que marcaba los frenéticos latidos de mi hijo, e intentaba cabalgar la ola en lugar de luchar contra ella. Entonces, tal y como había llegado, el dolor retrocedió, dejándome sin aliento, con el cuerpo cubierto de sudor frío, en un momento de preciosa tregua.

—Estoy aquí contigo, mi amor. Estoy aquí. —Mi madre me secaba la frente con un paño húmedo, con una mezcla de

preocupación y amor incondicional en el rostro.

Durante una de esas pausas, con la respiración aún entrecortada, oí un suave clic al abrirse la puerta. Una enfermera, tal vez, que venía a comprobar mi dilatación. No abrí los ojos, demasiado agotada para preocuparme.

Pero la presencia que entró en la habitación era diferente. El aire cambió, volviéndose de repente más pesado, más denso. Sentí a mi madre tensarse a mi lado. Abrí los ojos lentamente.

Y el mundo dejó de girar.

De pie junto a la puerta, pareciendo completamente fuera de lugar con su traje oscuro y arrugado, estaba Dante Azevedo.

Todo mi cuerpo se heló, en una reacción tan instantánea que superó el dolor físico. La opresión en mi vientre, que comenzaba a formarse para la siguiente contracción, simplemente desapareció, olvidada por una conmoción mucho mayor. *No...* Era una alucinación. Un espejismo provocado por el dolor, el agotamiento, el pánico.

Pero entonces mi madre jadeó, con un sonido bajo y asustado. El apretón de mi mano se intensificó.

Era real...

Él estaba allí. Tenía el pelo rubio revuelto, el rostro pálido y una expresión que nunca había visto antes. No era ira, ni desprecio. Era... pánico. Sus ojos azules, normalmente fríos y controladores, estaban muy abiertos, perdidos, moviéndose por la habitación, de mi madre al monitor cardíaco, a mi cara y, finalmente, a mi vientre cubierto por la sábana del hospital.

—¿Qué...? —Mi voz salió como un rasguño en mi garganta seca—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No respondió. Solo dio un paso vacilante hacia el interior de la habitación, como un hombre entrando en un campo minado. Mi madre se movió, convirtiéndose en una barrera protectora entre nosotros.

—Señor, creo que es mejor que se retire —dijo ella con voz firme, a pesar del temblor que sentía en su mano.

Pero Dante parecía no escucharla. Sus ojos estaban fijos en mí, en una mezcla indescifrable de terror, culpa y algo más que no podía nombrar.

—Bruna... —dijo, y el sonido de mi propio nombre, tan bajo y ronco, fue lo más surrealista que jamás había oído.

Entonces me golpeó la siguiente contracción, esta vez con una violencia que me dejó sin aliento. Me doblé sobre mí misma, dejando escapar un grito ahogado de mis labios. El dolor era un brutal recordatorio de la realidad, en ese momento, era una pesadilla: estaba a punto de dar a luz al hijo del hombre que me había destruido y él estaba allí, de pie en la puerta, para presenciarlo.

El dolor era una garra de hierro que me aplastaba las caderas y me robaba el aire. Me incliné hacia adelante, con un sonido gutural escapándose de mi garganta. El mundo exterior desapareció, reducido al apretón de la mano de mi madre y al ritmo de mi respiración jadeante. Por un instante, olvidé que él estaba allí.

Cuando la ola de agonía retrocedió, dejándome temblorosa y empapada en sudor, la realidad volvió con una claridad brutal. Dante seguía allí, de pie junto a la puerta, una estatua de traje oscuro en medio del caos estéril de mi habitación de parto. Sus ojos estaban fijos en mí, en una mezcla de pánico y una emoción que no podía descifrar.

—Vete —logré decir con voz ronca y débil—. ¡Vete de aquí!

Mi madre, que aún me sostenía la mano, me miró a mí y luego a él. Esperaba que se levantara, que lo expulsara con la furia protectora de una leona. Ella era mi refugio y la única persona que comprendía la profundidad de mi dolor.

Pero no lo hizo.

En cambio, miró a Dante, no con ira, sino con una evaluación seria, casi compasiva. Entonces, para mi completa y absoluta sorpresa, soltó mi mano y se levantó.

—Va a necesitar ayuda —dijo con una voz sorprendentemente tranquila—. Ven aquí.

Mi cerebro se negó a procesar lo que estaba pasando. *¿Qué estaba haciendo?*

—¡Mamá, no! —protesté, pero mi voz era débil.

Ella ignoró mi súplica. Sus ojos estaban fijos en los de él, una orden silenciosa e incuestionable pasando entre ellos.

—También es tu hijo, ¿no? Entonces ven. Sé su padre.

Dante pareció congelarse, sorprendido por la inesperada orden. Por un segundo, pareció el juez, a punto de rechazar una petición absurda. Entonces, la autoridad de su rostro se desvaneció,

sustituida por la expresión de un hombre completamente perdido. Me miró, luego miró la mano extendida de mi madre y, vacilante, se movió.

—Mamá, ¿cómo puedes? —susurré, sintiendo que la traición me dolía más que cualquier contracción. Estaba dejando entrar al enemigo en el momento de mayor vulnerabilidad.

Se detuvo junto a la cama. Su aroma a perfume caro y un sutil pánico me invadieron.

—Tómale la mano —repitió mi madre.

Reacio, como si estuviera a punto de tocar el fuego, la mano de Dante se movió hacia la mía. Quería retroceder, alejar mi brazo, pero mi cuerpo estaba exhausto. Sus dedos, cálidos y firmes, envolvieron los míos. El contacto fue como una descarga eléctrica, una violación íntima que hizo que todo mi cuerpo se tensara. Él no tenía derecho...

Entonces, el dolor volvió.

Una nueva oleada, más fuerte y más salvaje que las anteriores, me golpeó. Grité y mi cuerpo se arqueó. Instintivamente, mis manos se cerraron, apretando con fuerza desesperada la suya.

Lo odiaba por estar allí, por ser testigo de mi debilidad y por profanar ese momento con su presencia. Estaba enfadada con mi madre por permitirlo. Sin embargo, mientras el dolor me desgarraba, me aferré a su mano con la misma fuerza con la que me aferré a la de ella. Estaba atrapada, furiosa, humillada, y lo único que me anclaba a la realidad era el contacto de las dos personas que, de formas tan diferentes, eran la causa de todo aquello.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 22

Las horas que siguieron fueron las más largas. Yo, que siempre había estado en control, observando el drama humano desde mi estrado elevado, me vi obligado a bajar a la arena. No había ley, precedente ni objeción que pudiera prepararme para eso.

Al principio, no sabía qué hacer. Mi mano era un objeto inerte en la suya y mi cuerpo una estatua de traje junto a la cama. Mi mente, en un acto de autoconservación, intentaba analizar la situación con una distancia clínica. Los pitidos del monitor, los intervalos entre las contracciones, los términos médicos intercambiados entre las enfermeras.

Sin embargo, era imposible mantener la distancia.

Con cada nueva oleada, el apretón de Bruna en mi mano se volvía abrumador. Sentía cómo protestaban los huesos de mis dedos, en un dolor físico que era un pálido eco del infierno por el que ella estaba pasando. Veía su rostro. La mujer fuerte y desafiante del tribunal desaparecía, sustituida por una máscara de pura agonía. El sudor pegaba los mechones de su cabello a su frente, sus labios se ponían blancos por el esfuerzo que hacía para no gritar y sus ojos, cuando se abrían, se perdían en un lugar donde yo no podía alcanzarla.

En cada gemido desgarrador que escapaba de su garganta, yo escuchaba una acusación.

Esto es por tu culpa.

Su madre era una presencia constante y tranquila, susurrándole palabras de aliento, limpiándole la cara, respirando con ella. Y yo... era inútil. Un espectador mudo, atrapado en la escena del crimen, obligado a presenciar en detalle las consecuencias de mis actos. Con cada grito suyo, la armadura de arrogancia y negación que había vestido durante meses se rompía un poco más. El arrepentimiento dejó de ser un pensamiento y se convirtió en una sensación física y un nudo apretado en mi pecho que me sofocaba.

Cuando los médicos entraron y la energía de la habitación pasó de la agonía a la urgencia, me empujaron a un rincón. Ya no era necesario ni siquiera como apoyo. Me convertí en lo que siempre había sido: un observador. Sin embargo, la distancia ya no me protegía. Veía a las enfermeras animándola, veía la fuerza sobrehumana que ella reunía desde algún lugar profundo dentro de sí misma. Veía la batalla, la lucha cruda y animal por traer una nueva vida al mundo.

Mi mundo de hechos ordenados y lógica fría se disolvió en esa sinfonía caótica de dolor y vida. No era un proceso legal. Era una creación visceral... brutal, y yo era la causa.

Entonces, en medio de un último grito que pareció desgarrar la estructura misma de la habitación, sucedió... Un llanto fino, agudo y furioso. Un sonido que cortó el aire tenso y lo cambió todo para siempre.

La enfermera levantó un pequeño cuerpo cubierto.

No podía respirar.

Mi corazón se detuvo. Ya no era un "problema", una "consecuencia" o un "error". Era una persona: pequeña, arrugada y viva.

Mis ojos se desplazaron del bebé a Bruna. Estaba desplomada sobre las almohadas, pálida y completamente agotada. Parecía destrozada, pero cuando la enfermera colocó el pequeño bulto sobre su pecho, se produjo una transformación. El agotamiento de su rostro dio paso a una expresión de admiración, de un amor tan puro y abrumador que era casi doloroso de ver. Su mano temblorosa se levantó para tocar la cabecita del bebé, y un sollozo, esta vez no de dolor, sino de pura emoción, escapó de sus labios.

Yo estaba parado en la esquina de la habitación, un extraño con un traje caro, completamente invisible. Fui testigo del dolor, fui testigo del milagro. Y ahora, era testigo de un amor del que no formaba parte. Yo había creado ese momento, pero no pertenecía a él.

Por primera vez en mi vida, no era el juez, el acusado ni siquiera el testigo. Solo era un observador externo, mirando hacia dentro, hacia el

mundo que había puesto patas arriba y del que había sido irrevocablemente excluido.

No sé cuánto tiempo permanecí parado en la esquina de esa habitación, un fantasma en mi propio drama. El mundo se había reconfigurado alrededor de esa cama, de esa mujer agotada y de la pequeña vida que sostenía en sus brazos. Yo era un cuerpo extraño y un error de cálculo en su nuevo universo.

La madre de Bruna, tras un largo rato observando a su hija y a su nieto, levantó la cara y sus ojos se encontraron con los míos a través de la habitación. No había ira en ellos, solo un profundo cansancio y una orden silenciosa. Se inclinó, le susurró algo a Bruna y luego se acercó a mí.

—Necesita descansar un poco —dijo en voz baja, pero firme—. Pero tú... tú tienes que tomar a tu hijo.

Todo mi cuerpo se tensó. Retrocedí un paso instintivamente. ¿Yo? ¿Sostenerlo? La idea era absurda, aterradora. Mis manos estaban hechas para firmar sentencias, para pasar las páginas de los códigos legales, no para sostener algo tan frágil.

—No creo que...

—No se trata de lo que creas —me interrumpió con una autoridad que rivalizaba con la mía en el tribunal—. Es lo que vas a hacer. Ven.

Sin esperar mi permiso, me guió hasta la cama. Bruna no levantó la vista. Sus ojos estaban fijos en el rostro del bebé, absorta en ese nuevo amor. Con una delicadeza que contrastaba con la situación, la madre de Bruna tomó el pequeño bulto de los brazos de su hija.

—Extiende los brazos —ordenó.

Obedecí mecánicamente. Mis brazos parecían rígidos y extraños, como si pertenecieran a otra persona. Entonces, ella lo colocó allí.

El peso. Fue lo primero que me impactó. Era un peso insignificante, pero al mismo tiempo, el más pesado que había cargado jamás. Era cálido y vivo. Un calor que atravesó la tela de mi traje y llegó a mi piel, mi pecho y mi corazón.

Miré hacia abajo, fijándome en él. La cara era diminuta, roja y arrugada. Los ojos estaban cerrados y los párpados eran finos como el papel, y había un mechón de pelo oscuro y húmedo pegado a su cabecita.

Se me escapó un sonido, un jadeo o un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Entonces, algo dentro de mí se rompió. El dique de control, negación, ira y arrepentimiento egoísta que había mantenido durante meses... todo estalló.

Se movió en mis brazos, con un movimiento minúsculo, y su manita, con dedos del tamaño de granos de arroz, se abrió y se cerró, agarrando la punta de mi dedo.

Ese toque...

Ese apretón instintivo e inconsciente fue la sentencia final. Él me reclamó. En ese instante, la lógica, la ley, la carrera, la reputación... todo se disolvió en irrelevancia. El mundo entero, con sus reglas y sus ambiciones, desapareció. Solo existía ese apretón, esa conexión primitiva e innegable.

Mi hijo.

La palabra ya no era un concepto o una amenaza. Era una verdad física, cálida y pesada en mis brazos. Una vida que había rechazado, pero de la que era responsable.

Levanté la mirada, con las lágrimas que no sabía que era capaz de llorar nublándome la vista. Mis ojos se encontraron con los de Bruna, que finalmente me miraba por encima de la cama del hospital. Estaba agotada, pero en su expresión ya no veía la ira del pasillo. Solo veía un cansancio infinito y la misma admiración que yo sentía.

En ese momento, no éramos juez y abogada, verdugo y víctima. Éramos solo dos personas, destruidas y reconstruidas por el milagro abrumador que sostenía en mis brazos. No sabía lo que nos deparaba el futuro. Solo que, a partir de ese instante, nada, absolutamente nada, sería como antes.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 23

El mundo volvió a fragmentarse...

Primero, el cansancio, un peso que parecía haberse fundido con mis huesos. Luego, el dolor, un ardor sordo y constante que me recordaba la batalla que mi cuerpo había librado y, finalmente, el olor... dulce e inconfundible de un recién nacido, que emanaba del pequeño paquete caliente que dormía en una cuna de acrílico junto a mi cama.

Mi bebé...

Cada vez que lo miraba, me invadía una ola de amor tan abrumadora que el resto del mundo parecía desaparecer. Era perfecto. Sus pequeños labios, su naricita, los mechones de pelo oscuro. Era mío... Mi milagro, nacido de mi mayor error y mi mayor humillación.

Sin embargo, el mundo no desaparecía por completo. Porque, en una silla en el rincón más alejado de la habitación, como una sombra que se negaba a marcharse, estaba Dante.

Una parte de mí, la parte que había pasado meses consumida por la ira y el dolor, quería gritar. Quería decirle que se fuera y que no se atreviera a profanar ese momento sagrado con su presencia.

Era el hombre que me había destruido y ¿qué hacía allí, fingiendo tener algún derecho a presenciar aquello? Su audacia me dejaba sin aliento. Era un intruso en mi santuario.

Sin embargo, había otra parte de mí, una parte agotada, confusa e irremediablemente conmocionada. Esa parte vio lo que sucedió cuando él tomó a nuestro hijo en brazos. Detrás de la máscara del juez, vi la conmoción, la vulnerabilidad y, para mi total sorpresa, un brillo inconfundible de lágrimas no derramadas en sus ojos.

La forma en que su mano grande y poderosa temblaba al sostener ese diminuto cuerpecito era una imagen que me dejaba perdida.

Mi madre entró y salió de la habitación varias veces, trayendo agua, hablando con las enfermeras, alternando la mirada entre mí y él con una expresión que no podía descifrar. En uno de esos momentos, se acercó a mi cama.

—Tengo que ir a casa a buscar algunas cosas para ti. Vuelvo enseguida —susurró, besándome en la frente—. ¿Puede quedarse?

La pregunta era una prueba. Quería decir que no. Grité "no" en mi mente con todas las fuerzas que me quedaban. Sin embargo, las palabras no salieron. Lo único que hice fue un gesto de asentimiento exhausto, casi imperceptible. No tenía fuerzas para pelear.

Cuando se cerró la puerta y nos quedamos solos, el silencio en la habitación se volvió pesado y cargado. Podía sentir el peso de su mirada sobre mí, pero me negué a mirarlo. Mantuve mis ojos fijos en mi hijo, mi único ancla.

Después de lo que pareció una eternidad, oí el sonido de sus zapatos en el suelo. Se levantó y se acercó a la cama, deteniéndose a mi lado.

Contuve la respiración.

—¿Necesita algo? —La voz de Dante era baja, ronca y desprovista de su autoridad habitual.

—Está durmiendo —respondí sin mirarlo.

—¿Y tú? ¿Necesitas algo?

La pregunta, tan simple, tan normal, casi me hizo llorar. Era un gesto de cariño, por pequeño que fuera. Algo que nunca esperé de él.

—Un poco de agua, tal vez.

No dijo nada. Solo tomó la jarra de la mesita de noche, llenó un vaso y me lo entregó con el sorbete ya colocado. Me temblaban las manos cuando tomé el vaso y nuestros dedos se tocaron durante una fracción de segundo. Fue como recibir una descarga eléctrica.

Bebí el agua y sentí cómo el líquido frío aliviaba mi garganta seca.

Dante permaneció allí, quieto, solo observando. No era el juez. No era mi verdugo. Solo... él.

Era insoportable y, al mismo tiempo, había una extraña tregua en esa presencia silenciosa. La abrumadora soledad que sentí al llegar al hospital había retrocedido un poco.

Lo odiaba con cada fibra de mi ser, pero en ese momento estaba agotada, dolorida y simplemente demasiado cansada para alimentar esa furia.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 24

Los días en el hospital fueron una especie de purgatorio.

Me convertí en una presencia silenciosa e incómoda en un rincón de la habitación, observando un universo cuyas reglas no entendía. Vi a Bruna aprender, con el cuerpo herido y los ojos hundidos, lo que era ser madre. Vi sus dedos temblorosos sostener la frágil cabeza del bebé, vi el dolor disimulado en cada movimiento. Eso me corroía con la lentitud de un veneno... cada gesto suyo era un recordatorio de que la había dejado enfrentarse a todo sola.

El día del alta, la habitación estaba envuelta en una densa tensión. La enfermera hablaba sin parar: pañales, baños, curas, horarios, vacunas... y yo no asimilaba nada. Bruna solo escuchaba, agotada y con la mirada perdida. Cuando murmuró algo sobre llamar a un taxi, algo dentro de mí se movió.

—¡Yo las llevo! —La frase salió antes de que pudiera pensar.

Ella me miró como si mis palabras tuvieran un sabor amargo.

—No hace falta.

—Es más seguro para el bebé —mentí, utilizando al niño como escudo para la culpa que me quemaba por dentro.

—Vete con él, cariño, tengo que ir a casa —dijo su madre, alternando la mirada entre nosotros dos.

Bruna dudó. Estaba pálida, abatida y ya no tenía fuerzas para discutir. Solo desvió la mirada, en un silencio que pesaba más que cualquier respuesta.

La salida del hospital fue torpe y dolorosa. Intenté cargar los bolsos, casi se me cae uno de ellos, y pasé varios minutos luchando con el cinturón de seguridad del bebé, como si el coche me castigara por intentar fingir que sabía lo que estaba haciendo. Conduje demasiado despacio, con las manos pegadas al volante, mientras el suave sonido de la respiración del bebé se mezclaba con el silencio cargado de Bruna en el asiento trasero.

Su edificio era sencillo, antiguo, con paredes descascaradas y una puerta que chirriaba. Nada en ese lugar encajaba con el mundo del que yo venía, y tal vez por eso me sentía tan fuera de lugar. Subí con las maletas, sin que me invitaran, movido solo por la estúpida necesidad de estar presente.

Bruna puso al bebé en la cuna improvisada en la habitación. El pequeño emitió un sonido bajo, como un suspiro, y eso me afectó más profundamente que cualquier juicio.

—¿Puedo ayudar en algo? —me aventuré a preguntar.

Ella no respondió. Se dirigió a la cocina, con pasos lentos y el cuerpo encorvado por el dolor reciente. La seguí, sin saber por qué. Llenó un vaso de agua y permaneció de espaldas, como si mi presencia contaminara el aire.

—Bruna... —Mi voz sonó áspera, como si hubiera atravesado un cristal.

—Estoy cansada, Dante. Vete.

—No quiero discutir. —Respiré hondo, tratando de contener el temblor—. Solo... quería decirte que lo siento mucho.

Se detuvo, con el vaso aún en la mano y un silencio espeso entre nosotros.

—Por lo que dije. Por lo que hice. Esa noche, en mi despacho... y después. Tenías razón. Fui un monstruo.

Bruna se rió... una risa corta, sin humor, que sonó como un chasquido seco en el aire. Se giró lentamente y sus ojos estaban fríos, cortantes.

—¿Lo sientes? —repitió, cada sílaba empapada de desprecio—. Qué bien por ti. Debe ser un alivio librarte de la culpa, ¿no?

—No es eso...

—¿No? —Dio un paso adelante, con la voz temblorosa de ira—. ¿Crees que un "lo siento" lo borra todo? ¿Que dejarme aquí, embarazada y sola, fue un error que se corrige con arrepentimiento?

Dejó el vaso en el fregadero con fuerza, y el sonido seco resonó en la estrecha cocina.

—No quiero tus disculpas, juez. Son para ti, no para mí. ¿Quieres dormir tranquilo? ¿Quieres creer que eres un hombre mejor? ¿Que has venido a salvarme ahora, cuando ya me has destruido?

—Bruna, por favor...

—¡No! —Su grito rompió cualquier esperanza—. No quiero tu ayuda. Me las arreglé sola. Di a luz sola y sobreviví. No te necesito y no te quiero aquí. ¡Vete!

Me quedé inmóvil. El suelo parecía haberse desvanecido bajo mis pies. Ella temblaba, con el rostro bañado en lágrimas y, aun así, era más fuerte de lo que yo jamás sería.

Salí del apartamento con el peso de su silencio sobre mis espaldas.

En ese instante, comprendí lo que era una sentencia sin apelación... y ella había sido justa.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 25

La puerta se cerró de golpe y yo me quedé allí, apoyada contra la fría madera, temblando. El sonido del motor de su coche, alejándose, fue el punto final de una conversación que me dejó destrozada.

El grito que di, la furia que descargué sobre él... todo eso había agotado la poca energía que me quedaba. Mis piernas cedieron y me deslicé hasta el suelo, apoyando la cabeza en las rodillas, sintiendo todo el cuerpo dolorido, no solo por el parto, sino por la reapertura de heridas que apenas habían comenzado a suturar.

Lo siento.

Sus palabras eran veneno. Una disculpa tardía y egoísta. No lo sentía por mi dolor, solo lamentaba haber tenido que enfrentarse a él. Dante quería la absolución. Una sentencia favorable para él, para poder seguir adelante con la conciencia tranquila, y yo, en mi último acto de rebeldía, se lo negué.

Un murmullo bajo y un pequeño sonido de incomodidad vinieron de la habitación.

Mi hijo...

Me levanté con dificultad, sintiendo aún cómo mi cuerpo protestaba con cada movimiento, y caminé lentamente hasta la pequeña cuna que habíamos colocado junto a mi cama. Allí, envuelto en una manta azul claro, dormía mi bebé. Su pequeño pecho subía y bajaba a un ritmo tranquilo, con sus diminutos labios moviéndose en un sueño de recién nacido.

Mientras lo observaba, la avalancha de ira dio paso a una oleada de dolorosa claridad.

Él no había estado allí.

Dante no vio el pánico en mis ojos cuando miré esas dos líneas rosadas. No sintió la vergüenza que me quemaba en la cara cuando se lo confesé a mi madre. No pasó noches en vela, estudiando para el examen de abogacía con una mano en los libros y la otra en mi vientre, luchando contra el sueño y el miedo. El juez arrogante no sintió la humillación de ser rechazado en las entrevistas de trabajo, ni sintió el dolor insoportable que desgarró mi cuerpo durante horas y horas.

Dante no vio nada de eso, ni lo vivió, y en ese momento quería entrar, decir "lo siento" y actuar como si tuviera derecho a formar parte del resultado. Como si pudiera saltarse el infierno e ir directamente al milagro que dormía plácidamente en su cuna.

¡No!

No era así como funcionaba.

Extendí la mano y acaricié la suave mejilla de mi hijo. Un amor feroz y primitivo subió por mi garganta, sofocando cualquier rastro de dolor o arrepentimiento. Ya no me arrepentía de aquella noche. *¿Cómo podría?* El resultado era lo más perfecto que había visto nunca.

Dante Azevedo no era solo el hombre que me había dejado embarazada. Era el tipo que me abandonó cuando más lo necesitaba. Y en ese momento, no podía simplemente decidir volver porque su conciencia le pesaba. La vida no era uno de sus tribunales, donde podía reconsiderar una sentencia.

—Todo va a salir bien, mi amor —le susurré a mi hijo dormido —. Ahora somos tú y yo.

Ese hombre no podía actuar como si nada hubiera pasado y yo no se lo iba a permitir. Lo odiaba por su crueldad, pero lo que

importaba en ese momento era el pequeño ser que dormía plácidamente, ajeno a la tormenta que lo había engendrado. Lo protegería de todo y, sobre todo, de su padre.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 26

La puerta de mi apartamento se cerró detrás de mí con un golpe sordo, pero la furia que sentía era cualquier cosa menos silenciosa. Era un tornado impotente, rugiendo dentro de mi pecho, sin ningún sitio adonde ir. Tiré mis llaves sobre el aparador, escuchando cómo el metal golpeaba el mármol y resonaba en la sala vacía.

No te necesito. ¡Fuera de mi casa!

Sus palabras eran una sentencia, pronunciada con una convicción que ningún testigo en mi tribunal había tenido jamás y, como toda sentencia justa, era imposible de refutar.

Fui al bar y me serví una doble dosis de whisky, tragándome el líquido de un solo trago. El alcohol no me ofrecía calor, solo un vacío ardor que bajó por mi garganta, un pálido eco de la ira que me consumía. Ira hacia ella, por su terquedad, por su negativa a aceptar mi intento de... ¿de qué? ¿De ayudar? ¿De disculparme?

No... La ira era hacia mí mismo.

Su imagen, frágil y feroz en la cocina, aún recuperándose del parto, pero con los ojos ardiendo con una fuerza que yo nunca tuve, se negaba a desaparecer. Cada palabra de su acusación era la más pura verdad. Había sido un cobarde, un monstruo egoísta, y pensaba que podía arreglar meses de abandono y crueldad con un viaje en coche desde el hospital y una disculpa ensayada.

¡Qué arrogancia! ¡Qué estupidez!

Yo, que me había pasado toda la vida analizando las malas decisiones de los demás, me vi obligado a afrontar el catálogo de las mías. La primera, la impulsiva, fue llevarla a mi escritorio aquella noche. Un error carnal, estúpido, pero un error. La segunda, la imperdonable, fue mi reacción a la noticia. El pánico frío, el desprecio calculado y la orden de que "resolviera el problema". Esa no fue una mala decisión. Fue una decisión monstruosa.

¿Y la tercera? Pensé que podría arreglarlo a mi manera. Pensé que bastaría con aparecer, mostrar arrepentimiento y el mundo se reajustaría a mi voluntad.

Ella tenía razón. Mi disculpa no fue un regalo para ella; fue un intento de liberarme de mi propia culpa. Bruna, con la claridad de quien vio lo peor de mí, a través de mi fachada.

Me senté en el sillón de cuero, sosteniendo mi cabeza entre las manos. El silencio de mi apartamento, antes un símbolo de paz y orden, se convirtió en un vacío opresivo, un reflejo del vacío dentro de mí.

¿Qué debo hacer ahora? ¿Obligarla legalmente a aceptarme en la vida del bebé?

La idea me provocó náuseas. Me convertiría en el villano que ella ya creía que era, utilizando la ley como arma para conseguir lo que quería. Ya lo había hecho antes. No podía volver a hacerlo.

Por primera vez, la lógica no me servía. El poder era inútil. El dinero, un insulto. Todas las herramientas que me definían eran las herramientas equivocadas.

No te necesito.

Quizás la respuesta estaba ahí. En esas palabras que ella usó para echarme. Ella no me necesitaba. No podía obligarla a necesitarme, mucho menos comprar su perdón o exigir mi lugar en sus vidas.

Si había una manera de arreglar esto, no comenzaba con una gran acción, con una demanda o una orden, sino con algo que

nunca había hecho en mi vida... paciencia, constancia y acciones, no palabras.

No podía borrar lo que había hecho, ni deshacer el daño que había causado. Sin embargo, podía estar allí. No como juez, como figura de autoridad, sino como un hombre que intentaba, torpemente, cumplir su sentencia. La guerra no se ganaría con una sola batalla. No se trataba de ganar o perder. Se trataba de estar presente, aunque fuera a distancia. Demostrar, no decir. Un camino largo e incierto, uno que no tenía ni idea de cómo recorrer. Pero sabía que tenía que intentarlo.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 27

La baja por maternidad no comenzó como un descanso, sino como una inmersión en un tiempo distorsionado, donde los días y las noches se confundían en un ciclo sin fin de lactancia, cambio de pañales y llantos que parecían vibrar dentro de mis huesos.

Un sonido agudo rompió el silencio de las tres de la madrugada, por cuarta vez en esa noche. Me senté en la cama, sintiendo el cuerpo pesado y los ojos ardientes por un cansancio que me dolía hasta en las entrañas. En la cuna de al lado, mi hijo se retorcía, con la carita roja de frustración.

—Shhh, mi amor... mamá está aquí —le susurré con voz ronca por el sueño, mientras lo tomaba en brazos.

Lo mecí. Le canté la canción que mi madre me cantaba cuando era niña. Le cambié el pañal, intenté darle el pecho otra vez. Nada... El llanto continuaba, en un lamento que se hacía eco de mi propia desesperación. Sola, en plena madrugada, con el mundo entero durmiendo, la dimensión de lo que estaba viviendo me golpeaba con brutal fuerza. Estaba sola... Completamente sola.

Cuando salió el sol, sentí alivio y agotamiento a partes iguales. La mañana traía el fin de la tortura de la noche, pero también el comienzo de otro día infinito.

Mi madre tomaba a Rafael de mis brazos con una habilidad que yo envidiaba. Esos veinte minutos de baño eran mi paraíso particular: el agua caliente en la espalda, el silencio, el olor del café prometiendo un poco de energía.

Los días se arrastraban. Aprendí a hacer todo con una mano: comer un sándwich mientras lo mecía, responder a los correos electrónicos del Dr. Almeida mientras le daba el pecho, lavar los platos con el portabebés sujeto al pecho. A veces, el amor llegaba en oleadas tan intensas que me dejaban sin aliento: el roce de sus manitas en mi blusa, el dulce olor de su cabecita y la primera sonrisa somnolienta que me regaló. Era como si el mundo entero cupiera en ese instante.

Pero también había desesperación. El cansancio que hacía que las lágrimas brotaran sin previo aviso. Las madrugadas en las que lloraba con él, sentada en el suelo del salón, sintiéndome una impostora intentando ser madre.

Una tarde, mientras dormía sobre mi pecho, me di cuenta de algo nuevo. Los mechones de pelo empezaban a aclararse, delatando el tono rubio de su padre. Las cejas, la curva de los labios... eran suyos... *Dante.*

Un recordatorio constante, una marca genética que él dejó en nosotros.

Él no veía nada de eso... No vivió nada. Y ahora, después de haberme dado la espalda, quería redimirse con un "lo siento".

Pero lo entendí, allí, con mi hijo durmiendo en mis brazos: la ira no cambiaba nada. Lo que importaba era mi bebé. Dante podía haber sido mi juez y mi verdugo, pero no sería nada en la vida de mi hijo. La lucha era mía y mi bebé, mi victoria.

Las tardes eran mi refugio. El sol entraba por la ventana del salón, pintando rayas doradas en el suelo, y durante unos minutos el mundo parecía tranquilo. Rafael mamaba tranquilamente, con su cuerpecito caliente pegado al mío, y yo cerraba los ojos, tratando de memorizar la sensación.

El cansancio me consumía, pero el amor me mantenía en pie.

Entonces sonó el timbre...

El sonido rompió el silencio, agudo, insistente. Mi bebé se asustó y soltó un pequeño llanto.

—Tranquilo, mi amor... —le susurré, acomodándolo en mi hombro.

Debe ser mi madre, pensé. Seguro que se ha vuelto a olvidar las llaves. Con un suspiro, caminé hacia la puerta, con el cuerpo quejándose a cada paso.

—Mamá, no te vas a creer el día que...

Las palabras se me murieron en la boca.

No era ella...

Dante Azevedo estaba frente a la puerta, bajo la luz dorada del atardecer, y no venía con las manos vacías. Llevaba bolsas llenas de pañales, pañuelos y latas de leche en polvo, en una caricatura trágica de un padre que nunca fue.

Por un instante, mi cerebro se negó a procesar la información. El hombre del traje impecable, el mismo que destruyó mi vida, estaba allí parado como un repartidor arrepentido.

El shock se convirtió en furia.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con voz ronca de ira.

No respondió. Solo abrió la puerta y se acercó.

—Vete —repetí, usando mi cuerpo como barrera—. ¡No te quiero aquí!

—He traído algunas cosas —dijo, como si eso lo explicara todo.

—No te he pedido nada. Ni quiero nada.

Intenté cerrar la puerta, pero él la sujetó con firmeza.

—Bruna, no seas ridícula. Solo quiero...

—¡No me importa lo que quieras! —grité, y Rafael empezó a llorar—. ¡Mira lo que estás haciendo! ¡Fuera de mi casa!

Intenté empujarlo, pero fue inútil. Entró. Pasó a mi lado como si yo no existiera y dejó las bolsas en medio de la sala.

Me quedé parada, con el corazón acelerado y mi hijo en brazos, mientras Dante miraba a su alrededor y, finalmente, se detenía en el bebé.

La ira volvió a arder en mi interior.

No tenía derecho. No podía simplemente cruzar la puerta y fingir que nada había pasado.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 28

Estaba dentro y, de repente, no tenía ni idea de qué hacer. Me quedé parado en medio de la pequeña sala, rodeado de bolsas que parecían ridículas en un gesto desesperado, un sustituto barato de todo lo que no había hecho.

Bruna estaba cerca del sofá, con el cuerpo tenso, meciendo al bebé, que me observaba con ojos oscuros y curiosos, ajeno a la tensión entre nosotros.

Yo era el intruso y cada instinto me gritaba que retrocediera, que admitiera la derrota y me fuera. Sin embargo, no podía. Huir fue lo que me trajo hasta aquí.

—Yo no te pedí esto —dijo ella, con voz baja y firme.

—Lo sé —respondí, ronco—. No sabía qué más hacer.

¡Qué patético!

Yo, un hombre que siempre tenía respuestas para todo, en ese momento no tenía ninguna. Solo ese impulso idiota de comprar cosas, como si los pañales y los biberones pudieran llenar el vacío que había dejado.

El bebé se quejó y ella lo acomodó en su hombro, dándole suaves palmaditas en la espalda. El gesto era tan natural y tan lleno de ternura que me dolió. Ese era su mundo y yo estaba fuera de él.

—¿Puedo... tomarlo? —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera evitarlo. Sonaron frágiles y casi infantiles.

Su mirada me atravesó como una navaja afilada.

—No tienes derecho.

—Lo sé... —suspiré profundamente, porque era cierto—. No tengo derecho a nada. Tienes razón al odiarme, al querer que desaparezca. Pero, por favor... solo por un minuto.

La petición quedó suspendida entre nosotros, desarmada.

Me observó en silencio durante largos segundos. Vi la batalla en su rostro: entre el rencor y el cansancio. Hasta que, con un breve suspiro, cedió.

—Siéntate —ordenó.

Obedecí. Me senté en el borde del sofá, con las manos tensas y lleno de temor. Ella me guió con frialdad, mostrándome cómo apoyar los brazos. Entonces, con un cuidado casi doloroso, Bruna puso al bebé en mi regazo.

El tiempo se detuvo mientras lo observaba acurrucado allí. Era pequeño, cálido y ligero. El olor a leche y jabón me invadió. El calor de su cuerpo quemaba contra mi pecho helado. Ese bebé era real y era mío, aunque yo no lo mereciera.

Me quedé inmóvil, observando su sereno rostro. Dormía, ajeno a todo, incluso al extraño que lo sostenía.

—¿Cómo... —Mi voz falló y respiré hondo—. ¿Cómo se llama?

Bruna dudó, de pie frente a mí, vigilando cada uno de mis movimientos.

—Rafael —se le escapó y el nombre resonó en mí.

—Rafael... —repetí, saboreando las sílabas, sintiendo su peso.

—Era el nombre de mi padre —dijo ella, ahora con un tono más suave, sin rastro de ira—. Murió hace años, en un accidente.

La revelación me atravesó como una navaja. No era un nombre cualquiera. Era un vínculo, un recuerdo, un amor que no me incluía. Rafael era la herencia de alguien a quien ella había perdido y yo, el otro padre, era el hombre que había decidido marcharse.

Miré al bebé que dormía en mis brazos. Tan tranquilo. Tan ajeno al dolor que lo precedió. En ese instante, me di cuenta: nada

de lo que trajera en mis manos sería suficiente. Ninguna excusa, ningún gesto grandioso. Todo lo que podía hacer era intentar, tal vez algún día, ser digno de ser un nombre que ese niño quisiera recordar.

Rafael dormía en mi regazo como si el mundo fuera sencillo. El olor a leche y jabón subía en oleadas y, por primera vez en mucho tiempo, el silencio no me obedecía. Lo sostuve como quien sostiene un veredicto: con las dos manos, con miedo a temblar.

—Tiene mi nariz. —Incliné la cabeza, buscando similitudes que me perdonaran por dentro.

—Eso no cambia nada. —Bruna cruzó los brazos, con la postura erguida y los ojos clavados en mí como cuchillos.

Nada cambia... es el tipo de frase que cierra casos, pero en ese momento necesitaba ser mi propio abogado defensor.

Ajusté el peso del bebé, tratando de convencer a mi cuerpo de que no vacilara.

—Lo sé. —Apreté la mandíbula, con un nudo en la garganta. —No fui el padre que él debería haber tenido... —Levanté los ojos hacia ella, con el pecho oprimido—. Quiero cambiar eso. —Di un pequeño paso, como quien se enfrenta a un abismo.

—No puedes cambiar el pasado. —Ella apartó la mirada por un segundo, respiró hondo y volvió a mirarme con dureza—. Es imposible reescribir lo que hiciste con las bolsas de la compra.

Miré las compras apoyadas contra la pared, testigos baratos de mi cobardía. Yo, que siempre supe decir "denegado", solo podía expresar "por favor" con los ojos.

—Déjame intentar el futuro. —Mi voz sonó más baja de lo que pretendía—. Empezando ahora.

Rafael gruñó, movió la boca y buscó aire. Ajusté el brazo y lo mecí lentamente. Bruna siguió el movimiento con la mirada, llena de vigilancia y miedo.

—Duerme mejor en el regazo. —Dio medio paso, con la mano aún en el aire, lista para arrebatarme a mi hijo si fallaba.

—Aprenderé. —Tragué saliva—. Todo de nuevo, de la manera correcta...

Ella respiró, como quien sopesa pruebas. La habitación era pequeña y la lámpara amarilla convertía el momento en una isla.

¿*Encajaba yo allí con mis sentencias y culpas*?

—Devuélvemelo —dijo con voz firme—. Despacio.

Asentí.

Me senté en el borde del sofá, le entregué a Rafael en sus manos, y el vacío que quedó en mis brazos fue inmediato, físico y humillante. El bebé se acomodó en el pecho de su madre y todo en esa imagen gritaba que yo no encajaba allí y que toda la culpa era mía.

—Quiero estar aquí. —Levanté la cara, con el corazón latiendo como una puerta a punto de ceder—. No por obligación. Por él... Por ti. —Di medio paso, me detuve en la frontera invisible que ella trazó en el suelo.

—¿Por mí? —Ella lanzó la pregunta como una acusación, pero sus ojos temblaron.

—Por nosotros dos. —La confesión me quemó la lengua—. Metí la pata donde no debía. —Me pasé la mano por la nuca, buscando un lugar donde esconder mi vergüenza—. No quiero seguir huyendo o evitándolos como si fueran un problema.

—¿No quieres? —Bruna rugió y fue entonces cuando me di cuenta de que mis palabras podían estar enfureciéndola aún más.

Se quedó a un palmo de distancia. Podía contar los pelos sueltos de su cabello, ver la sombra de las ojeras que se le formaban

sin que yo lo supiera. Tenía las fosas nasales dilatadas y el aire se calentó entre nosotros.

—No tienes ni idea de lo que he pasado —dijo con tono desgarrado—. El hospital, el miedo, las facturas, las puertas cerradas... —Apretó más fuerte al bebé, como para recordarme lo esencial—. Y tú me mandaste a "resolver el problema".

Esa era la sentencia que me merecía, pero tenía que argumentar.

—Sé que mi actitud fue la peor posible y no tengo palabras para redimirme... —La verdad salió áspera—. Bruna... no quiero que él herede lo peor de mí. —Incliné un poco el cuerpo para acercarme —. Déjame empezar por lo básico. Estar presente.

El reloj marcó un segundo demasiado largo. Bruna inspiró, bajó las pestañas y bajó la guardia. Lo sentí... No era una victoria; era peligroso, pero seguí adelante de todos modos.

—Dante... —Mi nombre escapó de su boca con una entonación completamente diferente—. No compliques las cosas…

Complicar las cosas era como respirar. Di un paso que no debía dar. El bebé dormía profundamente y el mundo se quedó en

silencio para escucharnos mejor. Vi la duda en sus ojos, la herida abierta y el maldito deseo que nos había puesto en esa situación.

—No quiero volver a hacerte daño —dije en voz baja, en un susurro erróneo—. Solo... —La frase murió a un centímetro de su boca.

El impulso nos llevó al mismo punto. El calor de la piel, el olor del jabón, el roce del aliento. No la toqué. Me quedé al borde. Todo mi cuerpo en suspensión.

—¡No! —Ella dio un paso atrás, seco, duro y lúcido—. ¡No! —Ajustó a Rafael contra su pecho, como para recordarme que el centro de la escena nunca fue mío.

Me quedé donde estaba. La sangre volvió con un chasquido, como si mi cuerpo hubiera caído desde una altura de diez metros. Respiré por primera vez en muchos segundos.

—Tienes razón... —Levantar las manos fue todo lo que pude hacer. —No he venido a borrar nada. —Bajé la cabeza, acepté la derrota que me correspondía. —Solo quiero quedarme donde tú me permitas.

—Entonces mantente lejos de mí. —Ella volvió la cara, con los ojos llorosos sin derramar lágrimas. —Fuera de mi casa. —Ajustó al

bebé, le besó la frente, en un gesto sencillo que me atravesó—. Eso es todo por hoy.

"Hoy" no es "nunca". Me aferré al pedacito de tiempo que me dio.

—Volveré —dije sin amenazas, sin promesas vacías.

Ella no respondió. Caminó hasta la puerta y la abrió sin estridencias. El pasillo me recibió con el olor limpio de un edificio antiguo, el tipo de honestidad que mi biografía no tenía. Me detuve en el umbral y miré por última vez: Bruna de pie, el bebé acurrucado, la pequeña casa girando a su alrededor como un sistema solar al que aún no podía llegar.

—Buenas noches, Rafael. —Incliné la cabeza, aceptando mi papel de visitante—. Buenas noches, Bruna. —Esbocé una media sonrisa que no pedía nada.

—Cierra la puerta. —Ella apoyó la mejilla en la cabeza de nuestro hijo.

Respiré hondo y salí. El clic sonó como el golpe de mi martillo. En el pasillo, tragué el sabor metálico de la culpa y bajé las escaleras sin ocultar lo que me dolía. Abajo, el aire frío no me ofreció absolución.

No sabía cómo empezar de cero, pero por mi hijo, por Rafael, tendría que aprender.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 29

Amanecía y parecía que el día nunca había terminado.

Pasé la madrugada con Rafael en brazos, caminando por la sala al mismo ritmo, con su llanto pegado a mis oídos mientras el reloj avanzaba. Estaba tan terriblemente agotada que incluso me había olvidado de respirar.

Ser madre soltera era mucho más difícil de lo que había imaginado antes del nacimiento de mi hijo.

Aquella noche había sido terriblemente difícil. Los cólicos venían en oleadas y nada funcionaba: ni la medicina, ni mecerlo, ni el murmullo cansado de mis oraciones... Cuando finalmente se durmió, el sol ya entraba por la ventana y sentía que cada músculo de mi cuerpo pedía un respiro.

No oí el primer golpe en la puerta. Solo me di cuenta cuando los ecos ya resonaban por el apartamento y mi cabeza estaba a punto de estallar. Abrí sin pensarlo mucho y me encontré con él al otro lado. *Dante...*

Vestido con un traje oscuro y con profundas ojeras, el juez me pareció diferente, sin la arrogancia de siempre, pero aún con el mismo peso sobre los hombros. Por un segundo, pensé en echarlo de nuevo. No tenía fuerzas ni para discutir.

—Has tardado en abrir —dijo con voz ronca.

—Porque dormí dos horas en dos días —murmuré, tratando de acomodar al bebé en mi regazo—. ¿Qué quieres, Dante?

Entró, vacilante. Llevaba en las manos una bolsa pequeña, diferente a la de ayer.

—Esta vez no he venido con regalos —dijo, dejándola en el suelo—. Solo quería ver si tú estabas bien y averiguar cómo ayudarte.

La palabra "tú" sonó extraña, nueva.

Rafael gruñó, retorciéndose de nuevo, y yo casi lloré con él.

—No para —dije, sin disimular mi desesperación—. Nada funciona. No sé qué hacer...

Dante se acercó lentamente, como si cada paso pidiera permiso.

—¿Puedo intentarlo? —preguntó.

Negué con la cabeza, pero mi cuerpo ya se rendía. Le entregué a Rafael en sus brazos. La escena era absurda: el juez inflexible, el hombre que me había ordenado "resolver el problema", en ese momento caminaba por la sala con el bebé en brazos, susurrando en voz baja, meciéndolo como si siempre lo hubiera hecho.

De alguna manera, funcionó. Rafael dejó de llorar.

Me quedé observando, incrédula, mientras el suave sonido de la respiración del bebé disminuía. Ese hombre, que un día representó el fin, me estaba proporcionando un extraño alivio.

—Solo necesitaba sentirse seguro —murmuró Dante, sin mirarme—. Y tú necesitas dormir.

—No voy a dormir —protesté, pero ya sentía los párpados pesados.

—Yo me quedo. —Se sentó en el sofá, acomodando al bebé dormido en su pecho—. Solo hasta que descanses un poco.

Su tono era firme, sin lugar a discusión. Quería resistirme, pero el cansancio pudo más que yo. Me dejé caer en el sillón y cerré los ojos por instinto.

Antes de quedarme dormida, la última imagen que vi fue a Dante acariciando el cabello de su hijo, con una delicadeza que nunca hubiera imaginado en él. La casa, por primera vez en semanas, estaba en silencio.

Y en ese silencio, entre el sueño y el recuerdo, algo dentro de mí cedió... no el perdón, todavía no, pero sí el miedo. Quizás por primera vez, no me sentía completamente sola.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 30

Los días comenzaron a seguir un ritmo que yo no había planeado.

Por la mañana, pasaba por el tribunal, cumplía con el deber de un hombre que debía ser un ejemplo. Por la tarde, terminaba las audiencias temprano y me dirigía al apartamento de Bruna, con cualquier excusa: pañales, un biberón nuevo, el nombre de un pediatra recomendado. Ella nunca decía "pasa", pero tampoco cerraba la puerta.

Al principio, solo observaba. Rafael tenía cólicos, lloraba hasta que su pequeño cuerpo se tensaba. Lo mecía, cantaba desafinado y, a veces, conseguía que se durmiera. Otras veces, solo me quedaba allí, aprendiendo el tipo de paciencia que la ley nunca me exigió.

Bruna me miraba en silencio, como si intentara entender quién era ese hombre que aparecía todas las noches y volvía a desaparecer por la mañana.

Con el tiempo, el silencio entre nosotros dejó de ser incómodo.

Ella empezó a aceptar mi café, luego mi ayuda para guardar los platos y un comentario sobre el tiempo. Pequeñas cosas... No sabía vivir sin control, pero en esa casa el control era suyo y, de alguna manera, eso era un alivio.

Hubo una noche en la que Rafael se acostó temprano.

Bruna parecía agotada; llevaba el pelo recogido de forma desaliñada y su rostro pálido delataba que llevaba días sin dormir.

—Puedes irte —me dijo después de darme las gracias por la ayuda.

Pero no me fui.

—¿Y si se despierta? —le pregunté—. Me quedaré.

Ella dudó y luego simplemente asintió.

Me senté en el sofá, con la televisión encendida a bajo volumen, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí parte de sus vidas.

El lunes volví otra vez... el martes y el miércoles también.

Antes de darme cuenta, esa casa se convirtió en el único lugar donde quería estar.

Esa noche llovía.

El bebé ya dormía y el sonido del agua golpeando las ventanas llenaba el espacio. Bruna apareció en la sala, con una taza en las manos, el pelo suelto y una camiseta holgada. No había ira en ella, solo un cansancio sereno, peligroso...

—No tienes por qué seguir viniendo —dijo, mirando por la ventana—. Se acostumbrará y luego le dolerá más cuando dejes de venir.

—No pienso dejar de venir —susurré, porque cualquier sonido me parecía demasiado.

Ella volvió la cara y nuestras miradas se cruzaron.

El aire entre nosotros se volvió pesado de nuevo, el mismo tipo de silencio que precede a un error... o a un perdón.

Di un paso. Ella no retrocedió.

Lo único que nos separaba era el peso de lo que habíamos sido.

—Bruna... —intenté decir algo, cualquier cosa que justificara lo que vendría después, pero no había justificación.

El contacto rompió el tiempo...

Por un instante, no se oyó el ruido de la lluvia, ni la respiración, ni los pensamientos. Sus manos se deslizaron por la tela de mi camisa, temblando, como si quisieran confirmar que yo era real. Mi mano encontró el camino hasta su nuca, sintiendo los mechones húmedos de su cabello pegarse a mis dedos.

El beso fue tenso y urgente, el tipo de impulso que nace de lo que se ha negado durante demasiado tiempo. Ninguno de los dos dudó. La pequeña sala pareció encogerse alrededor del sofá, mientras la luz amarillenta de la lámpara lo hacía todo más íntimo y más prohibido.

Bruna me atrajo hacia ella y el peso de su cuerpo contra el mío acabó con cualquier intento de control. No fue por delicadeza, sino por pura necesidad. Nuestros cuerpos decían lo que la razón no se atrevía a mencionar: todavía existía un fuego incontrolable entre nosotros.

La camiseta holgada que llevaba se convirtió en un obstáculo que tenía que destruir. Mis manos, con una urgencia que rozaba la violencia, agarraron el borde de la tela y la tiraron hacia arriba, por encima de su cabeza, tirándola al suelo. Ella se quedó allí, por un segundo, solo con un sencillo sujetador de lactancia y unos

pantalones deportivos, con el cuerpo más lleno, más curvilíneo por la maternidad y mil veces más deseable.

Mi boca bajó hasta su cuello, besando, mordiendo la suave piel que recordaba tan bien, mientras mis manos se dirigían a sus pechos. Estaban más pesados, más llenos... Abrí el cierre delantero del sujetador con una mano, liberándolos. Eran perfectos. Me incliné y mordí uno, sintiendo su sabor llenar mi boca, volviéndome loco. Ella jadeó, echando la cabeza hacia atrás y agarrándome los hombros.

—Dante... —mi nombre se le escapó en un gemido y una invitación.

Agarré un mechón de su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás para obligarla a mirarme. Nuestras miradas se cruzaron y lo que vi allí fue la misma tormenta que se desataba dentro de mí: ira, necesidad, arrepentimiento... La besé de nuevo, con un beso más profundo y posesivo, mientras mis manos bajaban, desabrochando el nudo de sus pantalones y empujándolos hacia abajo, junto con las bragas, hasta sus tobillos.

Estaba desnuda, expuesta bajo la tenue luz de la lámpara, y verla hizo que mi verga palpitara dolorosamente dentro de los

pantalones. Ella pateó la ropa lejos y sus manos, atrevidas, fueron a mi cinturón, abriéndolo con torpe prisa. La ayudé, bajándome la cremallera y empujando mis pantalones y calzoncillos hacia abajo, liberando mi erección dura y palpitante.

La empujé hacia atrás, haciéndola caer sentada en el sofá. Me arrodillé en el suelo frente a ella, entre sus piernas abiertas. Por un instante, solo nos miramos, con nuestras respiraciones jadeantes llenando el silencio. Entonces, le agarré los muslos, abriéndola para mí, y me posicioné.

Cuando la punta de mi verga tocó su entrada húmeda y caliente, ella contuvo la respiración. La miré a los ojos mientras me introducía dentro de ella. Despacio... La sensación de llenarla, la forma en que su cuerpo se contrajo a mi alrededor, apretado y caliente, casi me derrumba allí mismo. Cerré los ojos, incliné la cabeza hacia adelante y apoyé mi frente en la suya.

—Bruna... —su nombre escapó de mis labios como una petición de perdón.

Entonces, la urgencia volvió. Empecé a moverme, con embestidas lentas y profundas que pronto se volvieron rápidas y desesperadas. Mis manos subieron a sus pechos, apretándolos,

masajeándolos, mientras mi boca devoraba la suya. Sus uñas se clavaron en mi espalda, dejando rastros de fuego, y el sonido de nuestros cuerpos chocando se mezcló con el sonido de la lluvia afuera. Cada movimiento era una mezcla de rabia y nostalgia, cada gesto cargaba con el peso de lo que nunca se había resuelto.

Cuando nuestras bocas se separaron, ella respiraba rápido y tenía los ojos llorosos. Su mano subió hasta mi cara, rozando mi barba con el pulgar. El resto fue inevitable. El sofá se convirtió en testigo mudo de lo que quedaba de nosotros. Sentí que el clímax se acercaba, en una ola que me arrastraría, y la vi arquear la espalda, con los labios entreabiertos en un gemido silencioso. Aumenté el ritmo, más profundo, más rápido, hasta que sentí su cuerpo contraerse alrededor del mío, y con un último impulso, me derramé dentro de ella.

Cuando volvió el silencio, era de otro tipo: pesado, denso y casi cruel.

Ella permaneció inmóvil durante unos segundos, con el cuerpo aún pegado al mío y la mirada perdida en el techo.

Mi respiración volvió lentamente, y con ella, la conciencia.

Bruna se apartó primero.

Se cubrió la cara con las manos y luego tomó la camisa que había caído sobre el respaldo del sofá.

—No... —dijo, con la voz quebrada—. No debería haber pasado.

Extendí la mano, pero ella dio un paso atrás.

—Bruna, escúchame... —Intenté, pero su mirada se convirtió en un muro.

—Tienes que irte —se esforzó por sonar firme, aunque temblaba—. ¡Ahora!

Me levanté lentamente, con el cuerpo aún palpitando al ritmo que ella había marcado. La miré, viendo sus ojos enrojecidos y su respiración entrecortada.

—No quería hacerte daño.

—Y, aun así, siempre duele —respondió ella.

Me quedé allí, parado, sin saber qué hacer con lo que quedaba entre nosotros. La lluvia seguía cayendo fuera, implacable, lavando el mundo, mientras que dentro todo seguía estando demasiado sucio.

Tomé el abrigo del respaldo de la silla, pero dudé.

—Volveré mañana —murmuré, aunque sabía que ella no quería oírlo.

—No vuelvas, Dante. —Ella cruzó los brazos, sin mirarme—. Esta vez no.

La miré por última vez antes de salir. Estaba de espaldas, con los hombros encorvados, el pelo revuelto y todo el cuerpo temblando en silencio.

Cerré la puerta lentamente. Al otro lado, el sonido ahogado de un sollozo me hizo detenerme, pero no volví.

Esa fue la noche en la que me di cuenta de que el deseo, en nosotros, era solo otra forma de sentencia.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 31

Me desperté con la primera luz grisácea de la mañana, y la primera sensación que tuve no fue de cansancio, sino de una vergüenza profunda y corrosiva. El sofá estaba vacío, pero su olor aún flotaba en el aire, como una prueba innegable de mi debilidad.

¡Mierda! ¿Qué he hecho?

Me levanté, con el cuerpo dolorido de una forma que no tenía nada que ver con el agotamiento de la maternidad. Cada paso hacia la ducha era un camino de vergüenza. El agua caliente corría por mi piel, pero no conseguía lavar la sensación de su tacto ni el recuerdo de mi propia rendición.

Yo lo había dejado entrar. No solo en mi casa, sino de nuevo en mi cuerpo, en mi espacio más íntimo. Después de meses de lucha, de construir muros, de jurarme a mí misma que sería fuerte, bastó un enfrentamiento, un beso... y me derrumbé como si nada hubiera pasado. La ira que sentí hacia él momentos antes se convirtió en ira hacia mí misma. Había sido débil, impulsiva y estúpida.

Él utilizó la única arma contra la que no tenía defensa: mi propio deseo traidor.

Salí de la ducha y me puse una camiseta vieja, sintiéndome vacía. Fui a la cocina, necesitando la normalidad de una taza de café, y me encontré a mi madre, que ya había llegado, preparando la cafetera.

—Buenos días, hija. ¿Has dormido un poco? —me preguntó con una suave sonrisa en los labios.

—No mucho —respondí, evitando su mirada, sintiendo la vergüenza arder en mi rostro.

Me sirvió una taza, con un aire amable y acogedor que en cualquier otro momento me habría tranquilizado, pero en ese momento solo puso de manifiesto mi vergüenza.

—Se ha ido temprano, ¿verdad? Es un hombre ocupado. —Hizo una pausa y me miró con una esperanza que era como una puñalada en mi pecho—. Es bueno tenerlo cerca, hija. Por Rafael... y por ti. Se nota que se preocupa, que lo está intentando.

La ira subió por mi garganta, ácida y sofocante. *¿Esforzándose?* Estaba invadiendo, controlando, utilizando la única vulnerabilidad que aún me quedaba. Mi madre no veía al juez, al

hombre que me había descartado. Veía una solución, un padre para su nieto.

—No es eso, mamá —la interrumpí, más brusca de lo que pretendía—. Solo vino a ver a Rafael. Eso es todo. No hay nada entre nosotros.

Mi madre suspiró, dándose cuenta de que había tocado una herida. Ella era mi mayor apoyo, pero también tenía su propia vida y un trabajo que mantener.

—Está bien, cariño. Mira, tengo que irme. Tengo esa reunión temprano. Te dejé el café listo. Hablamos más tarde, ¿de acuerdo? —Me dio un beso en la frente y, en cuestión de minutos, la puerta principal se cerró, dejándome sola de nuevo en el silencio.

El silencio era acusador. La esperanza en los ojos de mi madre lo empeoraba todo. Caminé por el pasillo hasta mi habitación. La puerta estaba entreabierta y Rafael dormía plácidamente en la cuna, su pecho subía y bajaba a un ritmo tranquilo, completamente ajeno a la tormenta emocional que se desarrollaba a pocos metros de allí. Lo observé, con su carita tranquila, sus pequeños puños cerrados cerca del mentón. Verlo fue como un balde de agua fría en mi alma en llamas.

Él era mi mundo. Ese pequeño ser era mi responsabilidad, mi única prioridad... ¿y qué había hecho yo? Había vuelto a traer el caos a nuestra puerta.

Dante no era solo un hombre con el que había tenido una recaída. Era una fuerza de la naturaleza, un juez acostumbrado a controlar todo y a todos a su alrededor. La noche anterior no había sido un acto de cariño o de reconciliación. No había sido más que posesión y poder. Él había reafirmado su dominio sobre mí... y, en mi debilidad, se lo había permitido.

Mientras miraba a mi hijo, la resolución se solidificó dentro de mí, fría y dura como el acero. Eso no podía volver a suceder. Nunca más.

El sexo no era el problema, sino el camino que abría, una rendija para la esperanza, para la confusión y el dolor. No podía permitir que mi hijo creciera en un hogar lleno de tensión, resentimiento y una pasión volátil que más parecía una guerra. Se merecía paz, estabilidad, una madre íntegra y no una mujer destrozada esperando el próximo movimiento del hombre que la había hecho pedazos.

No necesitaba su arrepentimiento, ni su torpe ayuda, y definitivamente no necesitaba su cuerpo. Mi prioridad era proteger a mi hijo y la única forma de hacerlo era asegurarme de que Dante Azevedo permaneciera exactamente donde había elegido estar durante todos esos meses: afuera.

Aquella noche no fue un nuevo comienzo. Tenía que ser el punto final. El último error. El adiós definitivo al caos que él representaba. Por el bien de mi hijo, tenía que ser así.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 32

Expulsado...

La palabra resonaba en el silencio ensordecedor de mi apartamento. Yo, que había construido mi vida sobre la base del control, que despedía, sentenciaba y despachaba a la gente con un simple movimiento de cabeza, había sido expulsado. No de mi tribunal, sino de un modesto apartamento, por una mujer agotada a la que yo mismo había destrozado.

La humillación tenía un sabor metálico en la boca. Atravesé la sala, aflojándome la corbata que de repente parecía asfixiarme. La noche anterior... no fue una victoria. No fue una reconquista. Fue una regresión, un acto de egoísmo animal. La vi vulnerable y, en lugar de ofrecerle la tregua que yo mismo buscaba, utilicé la atracción entre nosotros como un arma, como una forma de reafirmar un poder que ya no poseía. Fue la repetición exacta de mi primer error, solo que con más resentimiento.

El arrepentimiento ya no era una emoción abstracta. Era una vergüenza física, como un calor que me subía por el cuello.

Fui al bar a buscar el whisky, pero me detuve con la mano en la licorera. El alcohol no resolvería esto. El alcohol era una escapatoria y yo había huido durante demasiado tiempo.

Me miré en el cristal oscuro del armario. El hombre que me devolvía la mirada era un extraño. Un juez temido durante el día, pero un completo idiota en su vida personal, inepto y destructivo.

Me senté a la mesa del comedor, sintiendo el frío mármol bajo mis antebrazos y, por primera vez, me obligué a analizar la situación como si fuera un caso. No con emoción, sino con hechos:

Hecho número uno: Bruna no confía en mí. Cada una de mis acciones, por mucho que las disfrace de ayuda, ella las ve como una maniobra de poder y tiene razón. Hasta ahora, eso es exactamente lo que ha sido.

Hecho número dos: necesita ayuda. No era una suposición, era una conclusión lógica. Una madre primeriza, sola, recuperándose de un parto, con recursos limitados... Su terquedad era admirable, pero la realidad era brutal.

Hecho número tres: mi presencia directa es contraproducente. Presionarla, confrontarla, solo la hace más fuerte en su rechazo, más atrincherada en su dolor.

La conclusión era clara: mi estrategia era fundamentalmente errónea. No podía forzar mi entrada en sus vidas. No podía exigir perdón ni reclamar mis derechos. Cada una de esas acciones partía de mi ego y de mi necesidad de resolver las cosas en mis propios términos. Necesitaba un nuevo plan de acción. Uno que no me involucrara, al menos no de forma visible.

Abrí mi computadora portátil sobre la mesa fría. La pantalla iluminó mi rostro en la penumbra. Dudé, sintiéndome ridículo, y luego escribí en la barra de búsqueda: "necesidades de la madre después del parto". "Los mejores pañales para recién nacidos". "Síntomas de cólicos en bebés"...

Los resultados eran un universo ajeno de información sobre lactancia, privación del sueño, depresión posparto. Cada artículo era una nueva capa de la guerra solitaria que ella estaba librando, una guerra de la que yo no tenía ni idea.

Pasé toda la noche así. No leyendo casos, sino artículos de pediatría.

Encontré un servicio de entrega de comestibles y contraté un plan mensual, con entregas semanales programadas a su casa, llenas no solo de pañales y toallitas, sino también de alimentos

saludables y fáciles de preparar. Contraté un servicio de comidas preparadas, especializado en comida para lactantes. Entonces hice la llamada más importante. Contacté con un concesionario, compré un coche sencillo pero seguro y pagué por la instalación profesional de la mejor silla de bebé del mercado, con entrega programada para el día siguiente. Todo de forma anónima. Sería una "promoción" de la tienda, un "regalo" de un benefactor desconocido.

No se trataba de impresionarla o comprar su perdón. Solo lo que debería haber hecho desde el principio: cuidar... Aunque fuera a distancia.

Cerré la computadora cuando los primeros rayos de sol tocaron la ventana. No había dormido, pero por primera vez en meses, sentía un propósito mayor que mi propio egoísmo. No sabía si ese plan funcionaría o si ella alguna vez me dejaría entrar. Sin embargo, no estaba pensando en cómo forzar la puerta, solo en asegurarme de que su casa estuviera segura. No se trataba de reconquistarla, sino, tal vez, algún día, merecer el derecho a pedirle que me dejara entrar.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 33

Había un sonido que era la única constante en mi nueva vida, confinada entre las cuatro paredes de mi pequeño apartamento. Una sirena aguda e incesante, que comenzaba sin previo aviso y parecía no tener fin. El llanto de Rafael...

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué te pasa? —susurré por centésima vez, meciéndolo con un ritmo automático en medio de la habitación oscura.

Había llegado la tercera semana de baja por maternidad y ya no sabía dónde terminaba mi cansancio y dónde comenzaba mi existencia. Los días eran una mezcla confusa de tomas, pañales, eructos y llanto. La pediatra lo llamaba cólicos. Yo lo llamaba tortura.

Mi madre era mi salvación y mi guía. Llegaba por la mañana, trayendo pan fresco y un fuerte abrazo, con los ojos llenos de una preocupación que reflejaba mi propio agotamiento. Me liberaba durante una hora para darme un baño caliente, tomar un café recalentado y disfrutar del silencio. Pero pronto tenía que irse a

trabajar, y el consuelo se iba con ella, dejándome solo a mí, a mi hijo y a la inmensidad de las horas que se extendían ante nosotros.

Esa mañana, el timbre sonó estridentemente, haciéndome saltar del susto. Rafael, en mis brazos, comenzó a llorar. ¿Quién podría ser? Con dificultad, abrí la puerta y me encontré con un repartidor y una montaña de bolsas de supermercado.

—Entrega para Bruna Magallanes.

—Pero yo no he pedido nada —dije, confundida.

—Ya está pagado, señora. ¿Dónde lo dejo?

La arrogancia... La presunción... Solo podía ser él. Sentí cómo me subía la ira, pero estaba demasiado cansada para rechazarlo. Solo señalé hacia la cocina y lo vi llenar mi encimera con pañales, pañuelos y comida que yo no tendría energía para comprar.

Cuando llegó mi madre, me encontró guardando las cosas y se quedó con cara de asombro.

—¡Dios mío, hija! ¿Te has ganado la lotería? —bromeó con los ojos muy abiertos.

—Debe ser un error de la empresa —mentí, incapaz de admitir la verdad.

—Un error que llena la nevera es una bendición —dijo ella, práctica como siempre—. Al menos hoy no tienes que preocuparte por eso. Ahora dame al niño y ve a darte un baño.

Suspiré, rindiéndome sin protestar, pero su ayuda era un reloj que corría en mi contra.

Sin embargo, tan pronto como volví a la sala, ella se levantó.

—Tengo que irme, cariño, tengo que abrir la tienda —dijo una hora más tarde, besándome en la frente... y, de nuevo, me quedé sola.

Esa tarde, el infierno decidió subir la temperatura. Rafael llevaba casi dos horas llorando sin parar, un llanto agudo e inconsolable que parecía desgarrarme los tímpanos y el corazón. Ya lo había intentado todo. Masajes en la barriga, bolsas de agua tibia, balancearlo rítmicamente. Nada... Solo se retorcía en mis brazos, con su pequeño cuerpo rígido por el dolor.

Estaba al límite. El sueño interrumpido, la soledad... todo se acumulaba en un peso abrumador.

Las cuatro paredes del apartamento parecían encogerse, asfixiándome. Estaba aislada. Con un bebé en crisis, sin saber qué hacer.

El llanto de Rafael subió una octava y fue la gota que colmó el vaso.

Me deslice hasta el suelo del salón, con mi hijo todavía en brazos, y empecé a llorar con él. Sollozos fuertes, feos, desesperados, que se mezclaban con los suyos. Lo abracé con fuerza, temblando.

—Lo siento, mi amor —sollocé, con la cara enterrada en su cuello—. Mamá no puede. No puedo.

En ese momento, lo admití. No era lo suficientemente fuerte y la percepción de que la única otra persona en el mundo que tenía responsabilidad por esa pequeña vida me consideraba un "problema resuelto" fue la puñalada final.

Fue entonces cuando volvió a sonar el timbre. Lo ignoré, pero la insistencia me hizo levantarme, irritada. Abrí la puerta y me encontré con otro repartidor, esta vez con paquetes calientes de un restaurante y, detrás de él, en la calle, un hombre de un concesionario junto a un coche sencillo, con un ridículo lazo de regalo en el capó.

—¿Señora Magallanes? Usted ha ganado nuestra promoción "Mamá Segura". Su coche nuevo, con la silla de bebé ya instalada.

Me quedé parada en la puerta, con el olor de la comida caliente mezclándose con el olor del coche nuevo, y Rafael llorando en mis brazos. No era un error. No era una promoción. Era Dante, invisible, pero presente, controlando, proporcionando, invadiendo cada rincón de mi vida con su dinero y su poder. No estaba arreglando lo que había roto, solo comprando las piezas para que yo misma lo hiciera, y lo más humillante era que, en ese momento, las necesitaba desesperadamente.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 34

Control.

Toda mi vida se había construido sobre esa premisa. Controlaba mi tribunal, mis emociones, mi entorno... Sin embargo, en ese momento, estaba sentado en la penumbra de mi apartamento, que olía a impersonalidad, y lo único que controlaba era el botón de actualizar en una página de seguimiento de envíos.

Era la sensación más patética que había experimentado jamás.

En la pantalla de mi portátil, tres pestañas abiertas representaban mi torpe ofensiva. La primera, un servicio de entrega de comestibles, mostraba un icono de un carrito moviéndose lentamente por las calles de su barrio. La segunda, un servicio de comidas preparadas, confirmaba la entrega para última hora de la tarde. La tercera, la más crucial, era el seguimiento del transportista que llevaba el coche.

Cada minuto de espera era una tortura. Me imaginaba la escena en su casa. El llanto incesante que había oído brevemente

por teléfono, el agotamiento en su rostro, la desesperación de estar atrapada, sin recursos, y la culpa, un yunque en mi pecho, se hacía más pesada cada segundo.

La parte lógica de mí, la mente del juez, intentaba enmarcarlo como una operación logística. Ella tenía una necesidad y yo tenía los recursos. La solución era una simple transacción. Pero la imagen de ella, destrozada y furiosa, desmentía esa conveniente mentira.

El icono del carrito de la compra se detuvo. Apareció una notificación en la pantalla: **"Su entrega se ha completado".**

Contuve la respiración.

Imaginé el sonido del timbre, la interrupción del caos. Imaginé su confusión al encontrarse con un repartidor y bolsas que ella no había pedido. Imaginé su ira, su primera reacción de orgullo herido al ver los pañales, la leche de fórmula, la comida. ¿Lo rechazaría? ¿Le cerraría la puerta en las narices al repartidor? La impotencia de no saber, de no poder controlar su reacción, era enloquecedora. Yo, que podía silenciar a un abogado con una mirada, estaba a merced de la decisión de una mujer agotada a kilómetros de distancia.

Entonces llegó la notificación de la empresa de transporte del coche.

"Vehículo entregado".

Cerré la portátil y el brillo de la pantalla desapareció en la creciente oscuridad de la habitación. La operación había terminado. Las órdenes se habían cumplido. Sin embargo, no había sensación de victoria. No había alivio, solo el silencio de mi lujoso y vacío apartamento y la imagen de un bebé al que apenas conocía.

No había arreglado nada. Quizás solo había puesto una venda en una herida que yo mismo había causado. Era el primer paso, torpe y anónimo.

Mientras contemplaba la ciudad que se iluminaba afuera, una fría certeza se apoderó de mí. Podía tener todos los recursos del mundo, pero estaba completamente arruinado en lo único que importaba: el derecho a estar allí. Eso era algo que ningún dinero podía comprar.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 35

La casa estaba finalmente en silencio. Rafael, con el estómago lleno de una fórmula que yo no había comprado y vestido con un pañal de un paquete que había aparecido de la nada, dormía en la cuna. El llanto había cesado. El caos había retrocedido. Debería sentir alivio, pero lo que sentía era una humillación profunda y vibrante.

Las pruebas de la invasión de Dante estaban por todas partes. Las cajas de pañales apiladas en la esquina de la habitación como una barricada. La nevera, antes casi vacía, estaba repleta de comidas preparadas y sobre la pequeña mesa del centro de la sala, burlándose de mí, estaban las llaves de un coche que no era mío, junto a una nota sin firmar.

"Para la seguridad de Rafael".

La rabia me ahogaba.

¡Qué arrogancia!

Dante no podía controlarme con órdenes, así que intentaba controlarme con dinero, con regalos anónimos que me hacían dependiente de él sin que pudiera negarme. No estaba ayudando. Solo marcaba su territorio, demostrando que, por mucho que luchara, él aún podía mover las piezas en mi tablero.

Estaba agotada, pero la ira era un combustible potente. Mi mente agitada solo pensaba en una cosa: en cuanto volviera a aparecer, le tiraría esas llaves a la cara.

No tuve que esperar mucho.

Cuando cayó la noche y la casa se sumió en la penumbra, oí un suave golpe en la puerta. No era el insistente timbre, sino un golpe vacilante, casi tímido. Mi corazón se aceleró. Sabía que era él.

Tomé el llavero de la mesa y me dirigí a la puerta. La abrí de un tirón.

Dante estaba allí de pie, sin las bolsas, y parecía tan agotado como yo. Tenía ojeras bajo sus ojos azules y su impecable traje estaba arrugado.

—¿Qué quieres? —escupí con voz baja y llena de rencor.

—Solo... quería saber si estaban bien.

—¿Cómo te atreves? —Levanté el llavero y lo balanceé frente a su cara—. ¿Crees que puedes volver a entrar en mi vida? ¿Crees que un coche y unos pañales borran lo que has hecho?

—No —murmuró con voz cansada—. No pienso eso en absoluto. Solo quería evitar que corrieran peligro. O que pasaran necesidades.

—¡No estábamos pasando necesidades! ¡Yo me las estaba arreglando! ¡Siempre me las arreglo! —Mi voz comenzó a elevarse, con la histeria burbujeando bajo la superficie.

—Bruna, yo...

—¡No! ¡Tú no hables! ¡No tienes derecho a hablar! ¡Tú no estabas aquí! —Las lágrimas de rabia y frustración que había contenido todo el día comenzaron a brotar. —¡No puedes aparecer ahora, con tus soluciones caras, y actuar como si te importara!

Estaba gritando, sollozando, completamente fuera de control. Lo empujé en el pecho, una... dos veces, pero era como empujar una pared. Dante se quedó allí, absorbiendo mi furia.

Cuando se me agotaron las palabras y solo me quedaban sollozos entrecortados, hizo lo único que no esperaba. Me abrazó.

Sus brazos me envolvieron, atrayéndome hacia su pecho con una fuerza que no admitía rechazo. Intenté luchar, forcejear, pero ya no me quedaban fuerzas. Mi cuerpo agotado cedió y me derrumbé contra él, hundiendo la cara en su traje, ahogando el sonido de mis sollozos en la costosa tela.

No era un abrazo cariñoso. Era desesperado, como si dos náufragos se aferraran el uno al otro en medio de la tormenta. Entonces, él inclinó mi cabeza hacia atrás y me besó.

Fue un beso de pura furia, dolor, resentimiento y meses de palabras no dichas. Sus labios aplastaron los míos, su lengua invadió mi boca y yo lo besé con la misma violencia, mordiendo, arañando, tratando de castigarlo y sentir algo que no fuera la abrumadora soledad.

Me empujó contra la pared junto a la puerta, deslizando sus manos por todas partes, desesperadas. Una de ellas se enredó en mi pelo, agarrándome los mechones de la nuca y tirando de mi cabeza hacia un lado, dejando al descubierto mi cuello. Su boca bajó, caliente y hambrienta, dejando un rastro de besos húmedos y ligeros mordiscos que me hicieron jadear. La otra mano subió por mi muslo,

empujando la barra de mi sudadera hacia arriba, rozando con los dedos la piel sensible.

La necesidad era un fuego ciego, un deseo de borrarlo todo y sentir el placer crudo y físico. Mis manos, en respuesta, agarraron la parte delantera de su camisa, tirando de la tela con una fuerza que hizo que los botones saltaran. No hubo palabras ni ternura. Fue un acto de pura combustión. Me levantó y mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura por puro instinto. Dante me llevó hasta el sofá, tirándonos sobre los cojines.

El impacto fue un choque de cuerpos. Me rasgó el sujetador hacia un lado, encontrando mi pecho con su boca hambrienta, chupando con fuerza. Un gemido, una mezcla de dolor y placer, escapó de mis labios. Mientras una mano apretaba mi otro pecho, la otra me bajó las bragas, hundiendo los dedos en mi intimidad, húmeda y lista.

Yo lo quería fuera, pero mi cuerpo lo atraía hacia dentro. Le bajé la cremallera de los pantalones con torpe prisa, buscándolo, envolviendo su erección dura y caliente. Él gruñó con un sonido gutural y se colocó entre mis piernas. Sin previo aviso, me penetró.

La invasión fue profunda, en un único y abrumador impulso que me dejó sin aliento y me hizo arquear la espalda.

El ritmo que impuso no era el de un amante, sino el de un adversario. Fue rápido, intenso, casi doloroso... Un enfrentamiento de cuerpos que reflejaba la guerra en nuestras almas. Se movía dentro de mí con una furia contenida. Cada embestida profunda era una rendición que me hacía odiarme a mí misma. Mi respuesta fue igualmente salvaje. Agarré su espalda, clavando mis uñas en su piel, no en un gesto de pasión, sino como un intento de anclarme, de infligir una fracción del dolor que sentía.

Él me sujetaba las caderas con una fuerza casi brutal, marcando un ritmo implacable, sin pedir permiso. Su otra mano se enredó en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia un lado con una posesividad que dejó al descubierto mi cuello. Su boca bajó, no con besos, sino con un hambre depredadora, marcando mi piel con los dientes, chupando con una avidez que tenía más que ver con la conquista que con el cariño.

Arqueaba la espalda, encontrando cada uno de sus impulsos en un instinto primitivo de búsqueda del placer. No podía pensar en nada, solo dejarme llevar por la necesidad del éxtasis. El sonido de

nuestros cuerpos chocando era sordo y violento, una banda sonora para nuestra destrucción mutua. Sus labios dejaron mi cuello y volvieron a aplastar los míos, un beso caótico, de dientes y lenguas, mientras sus dedos encontraban mi pecho, apretando con fuerza, rozando con el pulgar mi pezón ya sensible hasta que un gemido de dolor y placer rasgó mi garganta.

No me dio tiempo para respirar ni pensar. El ritmo se volvió más rápido, más desesperado, empujándonos al borde de un precipicio. Sentía cómo mi cuerpo se contraía, con el éxtasis acercándose como una ola de placer, a punto de destrozarme. Cuando alcanzó su propio clímax, un gruñido gutural vibrando contra mi pecho, se derramó dentro de mí con un último y profundo impulso que me robó el aliento, clavándose en mí como si quisiera dejar una marca permanente.

Cuando terminó, nos quedamos allí, jadeando, enredados en la oscuridad de la habitación, no más cerca, quizás más lejos que nunca. El silencio que se instaló no era de paz, sino de devastación. Nada se había arreglado. Solo habíamos añadido otra capa de ruinas a nuestra historia ya destrozada.

En el vacío que siguió, sentí un arrepentimiento tan profundo que me robó el poco aire que me quedaba.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 36

La luz grisácea del amanecer se colaba por la rendija de la cortina, testigo impasible de mi último fracaso. Me desperté en su sofá, con el cuello rígido y el cuerpo dolorido, pero el malestar físico no era nada comparado con el peso que sentía en mi conciencia. Su olor impregnaba mi camisa, una mezcla de su perfume y el sudor de nuestro enfrentamiento.

El recuerdo de la noche anterior me golpeó no como el recuerdo de un placer, sino como el de un crimen. La vi, destrozada por la desesperación, y mi respuesta no fue ofrecerle apoyo, sino arrebatárselo. Utilicé la cruda atracción que existe entre nosotros no como un puente, sino como un arma, una forma de silenciar la conversación que no sabíamos que teníamos, de reafirmar un dominio que ya no tenía derecho a reclamar. No fue conexión. Fue combustión. Una huida de mi propia impotencia.

Vergüenza... La sensación era tan familiar y corrosiva que me dio náuseas.

Me levanté en silencio, calculando cada movimiento para no hacer ruido. Miré al otro sofá, donde ella se había desplomado después de que yo me retirara, y la vi durmiendo. Incluso dormida, el agotamiento estaba grabado en cada línea de su rostro. Había en ella una vulnerabilidad que era casi dolorosa de ver. En ese momento, no era la abogada que me desafiaba ni la mujer que me sacaba de quicio. Era solo una madre, agotada por la batalla diaria que yo había ayudado a crear y que, la noche anterior, había hecho aún más dura.

Entonces lo entendí.

Toda mi estrategia estaba equivocada. Estaba tratando de forzar, controlar, comprar, seducir. Cada acción era sobre mí, sobre aliviar mi culpa, sobre reconquistar un territorio perdido. Se trataba de reconquistarla. Pero ese no era el punto...

Miré hacia el pasillo, hacia la habitación donde dormía mi hijo, ajeno al caos que lo había engendrado. No se trataba de reconquistarla. Se trataba de merecer ser padre.

La percepción me golpeó con la fuerza de un veredicto. *Merecer.* Era una palabra que rara vez aplicaba a mí mismo. Yo

tomaba, conquistaba y decidía. Sin embargo, nunca tuve que *merecer* nada.

Ya no podía actuar por impulso. Ya no podía usar la intimidad como un escape o un arma. Necesitaba una nueva táctica. Una que no se centrara en mí.

Tomé un bloc de notas de la mesita y un bolígrafo. Las palabras que escribí fueron las más difíciles y las más sinceras que jamás había admitido. Sencillas, directas, desprovistas de cualquier arrogancia jurídica.

"Me equivoqué. Otra vez. Me centraré en lo que importa".

Dejé la nota sobre la llave del coche, que ella aún no había tocado, y salí, cerrando la puerta detrás de mí con infinito cuidado, como si estuviera abandonando un lugar sagrado.

De camino a mi apartamento, el plan comenzó a tomar forma, ya no basado en la emoción, sino en la logística, el único lenguaje que dominaba. La primera llamada fue a mi secretaria en el tribunal. Cancelé todas mis audiencias no esenciales para la semana siguiente. Luego, lo más difícil, llamé al presidente del tribunal y le expliqué que necesitaría una licencia parcial por "asuntos familiares urgentes".

La guerra ya no se libraría en el campo de batalla de su orgullo herido. Ya no iba a forzar la puerta. Simplemente estaría allí, fuera, haciendo lo que un padre debe hacer, hasta que, tal vez algún día, ella decidiera abrirla por su cuenta.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 37

Me desperté con el suave murmullo de Rafael que venía de la cuna. Lo primero que noté fue el silencio. Lo segundo, el vacío.

Dante se había ido...

Una profunda sensación de alivio me recorrió, tan intensa que mis hombros se relajaron por primera vez en días. La tormenta había pasado. La presencia opresiva de Dante, la tensión insoportable, todo se había disipado con la luz de la mañana. Sin embargo, inmediatamente después, una sensación de vacío se apoderó de mi pecho, una punzada de... ¿decepción? Me odié por ello, por sentir su ausencia incluso después de todo.

Entonces lo vi. Sobre la llave del coche, en la mesita, un trozo de papel arrancado de un bloc de notas. Su caligrafía era angular, precisa, como todo lo que hacía.

"Me equivoqué. Otra vez. Me centraré en lo que importa".

Las palabras eran tan directas, tan desprovistas de adornos, que me dejaron sin aliento. No era una disculpa. Era una confesión y una promesa... o tal vez una amenaza. No sabía cuál de las dos cosas.

Los días siguientes establecieron una nueva y extraña rutina. Una tregua armada. Ya no aparecía sin avisar. En cambio, puntualmente a las diez de la mañana, mi celular vibraba con un mensaje de texto.

Dante:

¿Puedo pasar a las 5 de la tarde a ver a Rafael durante una hora?

No era una petición de permiso, sino una notificación formal y, en contra de todos mis instintos protectores, respondía con un simple "bueno". Me decía a mí misma que era por el bien de Rafael, para que el día de mañana no pudiera acusarme de haberlo privado de su padre. Sin embargo, también era porque sentía curiosidad y, para mi vergüenza, estaba demasiado agotada para luchar.

Llegaba a la hora acordada. Entraba, se lavaba las manos meticulosamente en la cocina sin que yo tuviera que pedírselo y se acercaba al bebé con la cautela de un hombre desactivando una bomba.

La primera vez que intentó cambiar un pañal fue un desastre cómico y patético. Lo miré desde la puerta de la habitación, con los brazos cruzados, observándolo en silencio. Él, el juez Dante Azevedo, que dirigía un tribunal con un arqueo de cejas, estaba de rodillas en el suelo, completamente derrotado por un pequeño ser humano y dos lengüetas adhesivas. Leyó las instrucciones del paquete como si fuera un proceso de apelación, con el ceño fruncido en señal de concentración.

—Lo estás poniendo al revés —dije con voz seca, incapaz de contenerme.

Me miró con frustración evidente en su rostro, pero no dijo nada. Solo dio la vuelta al pañal y lo intentó de nuevo. Sus manos grandes y poderosas parecían torpes y enormes junto al frágil cuerpecito de Rafael.

Era torpe, pero lo intentaba... lo bañaba con el miedo a que el bebé se le resbalara reflejado en su rostro y lo hacía eructar, dándole

palmaditas descoordinadas en la espalda. En medio de mi desconfianza, no podía negar una cosa: la fascinación de Rafael por él.

Mi hijo, que pasaba horas llorando en mis brazos, a menudo se calmaba con el sonido de la grave voz de Dante. Su pequeña mano se aferraba al dedo gordo de su padre con una fuerza sorprendente.

Una tarde, mientras Dante lo sostenía en su regazo, hablando en voz baja sobre un antiguo caso como si estuviera contando un cuento para dormir, Rafael le dedicó una sonrisa. La primera sonrisa verdadera, consciente, y fue para él.

Eso me dolió y me confundió.

La ira seguía ahí, como una brasa ardiente en mi pecho, cada vez que recordaba la crueldad y el abandono. Lo observaba, esperando a que cayera la máscara, esperando a que reapareciera el juez arrogante. Sin embargo, el hombre que venía a mi casa todos los días no era el juez. Era solo... Dante. Un hombre torpe, que lo intentaba, fallaba y volvía a intentarlo.

Esta nueva versión era infinitamente más difícil de odiar. La ira, mi armadura, comenzaba a resquebrajarse, dando paso a una

incómoda confusión que me dejaba completamente desarmada.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 36

Poco a poco, se fue restableciendo el orden, marcado por los horarios de visita, el olor a talco de bebé impregnado en mis trajes y una extraña ansiedad que me negaba a nombrar. En mi despacho, sin embargo, yo seguía siendo el soberano. Pero en la casa de Bruna, el caos del mundo exterior no entraba.

Estaba en medio del análisis de una apelación compleja cuando mi celular vibró sobre la mesa, con un sonido discreto que rompió mi concentración. El nombre en la pantalla me hizo fruncir el ceño. Comisario Torres. No era un número que sonara con frecuencia. Nuestra relación era de respeto profesional forjado en casos difíciles, una comunicación de pocas palabras y muchos matices. Él no llamaría por trivialidades.

Contesté, recostándome en la silla.

—Torres.

—*Dante.* —Su voz era la de siempre, áspera por las noches de insomnio y el café fuerte. —Perdona por llamar a tu línea personal. Es un asunto no oficial.

—Te escucho.

—¿Recuerdas a un tipo llamado Valente? Carlos Valente. Tráfico, asociación ilícita, lavado de dinero. Lo sentenciaste hace unos ocho años.

El recuerdo me vino al instante. Un hombre con ojos muertos y una crueldad que destacaba incluso en los bajos fondos. Lo había condenado a la pena máxima, desmantelando su operación con una decisión que se consideró ejemplar.

—Me acuerdo. Uno de los pocos que prometió matarme allí mismo, en el tribunal. ¿Qué pasa con él?

—Está en libertad. Libertad condicional por buen comportamiento. —Torres hizo una pausa, dejando que la ironía de la frase flotara en el aire—. Y lo primero que hizo no fue buscar a su familia. Fue buscar información.

Mi cuerpo se tensó ligeramente.

—¿Información sobre quién?

—*Sobre ti, Dante.* —La voz de Torres bajó un tono—. Inteligencia ha captado conversaciones. Está haciendo preguntas,

quiere saber tu rutina, tus hábitos. Nada directo, pero está husmeando.

Contemplé la vista de la ciudad desde mi ventana. Las amenazas eran una constante en mi profesión. La escoria que enviaba a la cárcel rara vez me enviaba tarjetas de agradecimiento. Formaba parte del trabajo.

—Es el resentimiento habitual, Torres. Perros que ladran. Sabe que ir tras un juez federal es un suicidio.

—*Valente no es un perro cualquiera. No ladra mucho, pero puede morder.* —Otra pausa—. *Y hay más. He oído que tienes... "nuevas prioridades" fuera del tribunal. Personas que no llevan toga.*

La advertencia era clara, y la velada mención a Bruna y Rafael hizo que un escalofrío me recorriera la espalda, seguido de una irritación inmediata. Mi vida personal, mi nueva y caótica vulnerabilidad, ya era tema de conversación en los pasillos de la policía.

—Gracias por la información, Torres. Estaré atento.

—*Solo ten cuidado, Dante.* —Y colgó.

Me quedé sosteniendo el teléfono, con la irritación superando cualquier otra emoción. Eso era. El precio de bajar la guardia, de permitir que entrara el caos. Ya no era solo el juez, había un hombre con un punto débil.

Abrí el cajón y miré el marco digital que había comprado, una concesión ridícula a mi nueva realidad. La foto que Bruna me había enviado el día anterior: Rafael, riendo en su bañera, con su diminuto cuerpo cubierto de espuma, apareció en la pantalla.

Un sentimiento protector, feroz y primitivo, surgió en mi pecho. Pero la arrogancia, mi mecanismo de defensa más antiguo, ganó. Valente era una rata de alcantarilla. Una rata que no se atrevería a salir de su agujero para desafiar al sistema. Solo estaba presumiendo ante sus antiguos compañeros. No era nada. Solo el resentimiento común de un criminal.

Guardé el teléfono y volví a mi apelación. El enemigo, me dije a mí mismo, era el papeleo que tenía delante, no los fantasmas del pasado.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 39

El sol de la tarde era una bendición, un calor suave en mi piel que parecía derretir un poco la tensión que llevaba sobre los hombros. Había una paz poco común en ese pequeño parque, a pocas cuadras de la casa de mi madre. Las risas lejanas de otros niños, el susurro de las hojas bajo la brisa y el suave ritmo de las ruedas del cochecito de bebé en el camino de grava... Eran sonidos normales, de un mundo que poco a poco estaba volviendo a aprender a habitar.

Rafael dormía profundamente, con la respiración tranquila y el rostro sereno. Encontré un banco vacío a la sombra de un ipé en flor y me senté, dejando escapar un suspiro de cansancio y satisfacción. Esos eran los momentos que me mantenían cuerda, en los que el mundo se reducía a mí y a mi hijo, lejos de los tribunales, los jueces y los pasados complicados.

Un hombre mayor, de cabello gris y ropa sencilla, se acercó y se sentó en el otro extremo del banco. Asentí con la cabeza, en un gesto educado, y volví mi atención a Rafael.

—Un día precioso para dar un paseo, ¿verdad? —dijo con voz amistosa.

—Sí, perfecto —respondí sin mirarlo directamente.

—¿Es el primero que tienes? —preguntó, señalando el carrito.

—Sí.

—Es un niño guapo —sentí su mirada sobre mi hijo—. Tiene los ojos de su padre.

La frase, dicha con naturalidad, fue como un balde de agua fría en mi espina dorsal. Todo mi cuerpo se tensó. Me quedé paralizada. *¿Cómo podía saberlo?* Mis ojos se posaron en él, haciendo sonar una alarma en mi cabeza. Su rostro era común, olvidable, pero la sonrisa que me dedicó no llegó a sus ojos. Había algo frío, calculado, detrás de la fachada amistosa.

—¿Me conoce? —balbuceé, apretando instintivamente la manija del cochecito.

Su sonrisa se amplió, convirtiéndose en algo depredador.

—A usted no, pero conozco al juez.

El nombre del cargo de Dante, pronunciado allí, en aquel tranquilo parque, sonó como una obscenidad, casi una profanación.

Un pánico gélido y absoluto se apoderó de mí.

—Dile al juez que los viejos amigos no olvidan —continuó, con una voz aún baja, casi conversacional, lo que la hacía aún más aterradora—. Y que ahora tiene una familia preciosa. —Su mirada se posó en Rafael, con una mirada que me hizo querer cubrir a mi hijo con mi propio cuerpo—. Sería una pena que le pasara algo.

El mundo a mi alrededor dio vueltas. Los sonidos del parque, las risas de los niños... todo se disolvió en un zumbido lejano en mis oídos.

Entonces, con la misma naturalidad con la que había llegado, se levantó, se ajustó los pantalones y se marchó, caminando a un ritmo tranquilo e inofensivo, desapareciendo en el paisaje.

Me quedé paralizada. Congelada en el banco, sintiendo cómo el terror me inmovilizaba. El sol ya no me calentaba. Cada sombra parecía moverse y cada extraño que pasaba era una amenaza en potencia. Ese hombre no me había tocado, no había gritado. Solo había plantado una semilla de puro terror en mi corazón. El peligroso mundo de Dante Azevedo, de consecuencias y enemigos del que nunca quise formar parte, acababa de encontrar mi dirección... y encontrar a mi hijo.

Con la mano temblando tanto que apenas podía sostener el dispositivo, saqué el teléfono del bolso, deslizando los dedos por la pantalla, con un solo nombre en mente, que era al mismo tiempo la causa y la única solución posible a mi terror.

Dante.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 40

Estaba en mi despacho, observando la fría luz del atardecer caer sobre una pila de expedientes, cuando mi celular vibró. El nombre "Bruna" brilló en la pantalla. Mi corazón dio un vuelco, en una reacción que se estaba volviendo irritantemente familiar. Dudé, preparándome para otra discusión, otro enfrentamiento...

Entonces, contesté.

—Bruna.

—*Dante...* —No era la voz fuerte y airada que me desafiaba, ni la voz agotada y resentida que había oído en su casa. Era una voz que nunca había oído antes. Estaba quebrada, en un susurro fino y tembloroso, desgarrado por el pánico puro.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? —Me levanté de un salto, en estado de máxima alerta.

—*Él estaba aquí. En el parque. Un hombre... él sabe sobre ti. Él... él miró a Rafael.* —Un sollozo seco interrumpió su frase—. *Él dijo... dijo que sería una pena si algo le pasara.*

El mundo se inclinó sobre su eje. Sus palabras, inconexas y aterrorizadas, encajaban perfectamente con la advertencia de Torres. Ya no era un rumor o una posibilidad lejana. La amenaza abstracta se había materializado. Había encontrado un rostro, una voz y había mirado a mi hijo.

En ese instante, algo dentro de mí se rompió y se reconstruyó. Toda la arrogancia, toda la vacilación, toda la culpa y la confusión... todo fue incinerado por una llama fría y primordial. El juez, con sus deliberaciones y su orgullo, murió. Lo que quedó fue algo mucho más antiguo: el protector... el padre.

—¿Dónde estás ahora, Bruna? —Mi voz sonó baja, desprovista de cualquier emoción excepto un enfoque letal.

—En casa. Yo... corrí a casa. Cerré la puerta con llave.

—Quédate ahí. No le abras a nadie. No hables con nadie. Voy para allá.

Colgué antes de que pudiera responder. Mi primera y única llamada fue al número privado de Torres.

—Torres, soy Dante.

—*¿Ha pasado?* —Su voz se volvió seria de inmediato.

—Ha pasado. La ha encontrado y ha amenazado a mi hijo. —No había tiempo para formalidades—. Quiero a ese hombre. No me importa lo que cueste. Encuéntralo.

—*Estoy movilizando un equipo. Mantén la calma, Dante.*

—Ya no puedo mantener la calma, Torres. Solo encuéntralo.

Colgué el teléfono y me moví con una eficiencia aterradora que provenía de un lugar que ni siquiera sabía que tenía. Tomé el maletín con mis documentos, las llaves del coche y, de un cajón cerrado con llave de mi escritorio, una pistola que no había tocado en años.

Conduje por las calles de la ciudad no como un ciudadano, sino como un proyectil. Cada semáforo en rojo era un insulto y cada coche lento un obstáculo que superar. En menos de cuarenta minutos, estaba aparcando frente a su casa, con el motor del coche aún rugiendo cuando salté del vehículo.

Golpeé la puerta con el puño cerrado, una, dos, tres veces. La puerta se abrió y era su madre. La expresión de preocupación en su rostro se convirtió en pura alarma al verme. Sabía que mi presencia allí, de esa manera, significaba peligro.

—Algo ha pasado —afirmó en voz baja, dejándome pasar.

—¿Dónde está? —pregunté, entrando.

Bruna apareció en la sala, pálida y aterrorizada, sosteniendo a Rafael con fuerza contra su pecho. Nuestras miradas se cruzaron y ella vio la misma urgencia letal que su madre había percibido.

—Prepara una maleta —le ordené, sin dejar lugar a discusión —. Para ti y para Rafael. Lo esencial... ropa, pañales... Tenemos cinco minutos.

Bruna, viendo la verdad de la amenaza en mi rostro, no me desafió. Solo asintió, con el mentón temblando, y corrió al dormitorio. Fue su madre quien se acercó, con los ojos llenos de un miedo que luchaba por controlar.

—¿Adónde los llevarás? ¿Estarán a salvo?

—No se separarán de mi lado hasta que esto termine — prometí, y no era una promesa para tranquilizarla, sino un juramento —. Nadie los tocará.

Ella asintió, aceptando mi palabra con una confianza que me desarmó. Mientras Bruna regresaba con un bolso al hombro y Rafael pareciendo asustado, su madre ya estaba en la puerta, lista para dejarnos ir.

Tomé el bolso de la mano de Bruna, liberándola para que pudiera sujetar a nuestro hijo con más firmeza. Con una mano en su espalda, la guié hacia fuera, hacia la noche que de repente parecía llena de amenazas. Los metí en el coche, cerré las puertas con llave y aceleré, dejando atrás la vida normal que conocían.

Ella estaba en silencio a mi lado, aferrada a nuestro hijo. Podía sentir el temblor de su cuerpo. Se volvió hacia mí, con sus grandes ojos oscuros llenos de miedo y una confusión renuente. En ese momento, no vio al juez arrogante ni al amante resentido. Solo vio a un extraño enfocado, implacable, que actuaba con una eficiencia aterradora.

La estaba llevando a mi apartamento que era como una fortaleza, el único lugar que sabía que era impenetrable. La única sentencia que importaba era la que me había impuesto a mí mismo: mantenerlos a salvo, a cualquier precio.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 41

El apartamento de Dante era más una fortaleza que una casa. Frío, impersonal y lujoso de una forma que me resultaba completamente extraña. Las paredes eran de un gris austero, los muebles, de líneas rectas y diseño minimalista. Las ventanas, que iban del suelo al techo, revelaban la ciudad como un mapa brillante, pero parecían hechas para observar el mundo, no para formar parte de él. Era la personificación del hombre que creía conocer.

Pero el hombre que caminaba de un lado a otro frente a mí, con el teléfono pegado a la oreja, no era el mismo que me había echado de su despacho.

—No, Torres, la vigilancia pasiva no es suficiente. Quiero un equipo en la casa de su madre, las 24 horas, y acceso a las cámaras de seguridad del barrio. A todas. —Su voz era baja, un gruñido contenido, letal—. No me importa lo que cueste. Hazlo.

Estaba sentada en el sofá de cuero que probablemente costaba más que el coche que me había regalado, con Rafael durmiendo en mis brazos y, por primera vez, no me sentía una

intrusa. Me sentía... protegida. El miedo por mi hijo era un cuchillo helado en mi pecho, un terror tan absoluto que había roto todas mis barreras, todo mi orgullo y toda mi ira. Ya no tenía fuerzas para luchar contra Dante. Lo único que importaba era la seguridad de Rafael y, en ese momento, Dante era la única seguridad que teníamos.

La dinámica entre nosotros había cambiado de forma irrevocable. Ya no éramos adversarios. Éramos padres, acorralados por la misma amenaza, unidos por un único y desesperado objetivo: proteger a nuestro hijo.

Esa noche, después de conseguir que Rafael se durmiera en una cuna portátil que Dante había mandado traer, el silencio en el apartamento se volvió pesado, lleno de nuestra ansiedad compartida. Sirvió dos vasos de agua y me entregó uno sin preguntar.

—Nunca quise esto para ti, Bruna —dijo con voz ronca, mirando el líquido de su vaso.

—Nadie quiere que un monstruo amenace a su hijo—respondí con voz temblorosa.

—No. Me refiero a todo. —Finalmente levantó la vista, y la culpa en sus ojos era tan cruda que me dejó sin aliento—. Desde el principio. Fui un cobarde. Tenía miedo de lo que representabas... una pérdida de control, una mancha en mi vida perfecta y, para protegerme, te sacrifiqué. No hay un solo día en el que no me arrepienta de ello.

Su confesión, tan directa y desprovista de cualquier artificio, desarmó la última pieza de mi armadura.

—Tenía tanto miedo —susurré, sintiendo cómo las lágrimas que había contenido todo el día finalmente brotaban—. De quedarme sola, de no poder, de fallarle. Y hoy, cuando ese hombre miró el cochecito... pensé que iba a morir.

Se acercó y se sentó a mi lado en el sofá, pero sin tocarme. Simplemente se quedó allí, su presencia era un sólido anclaje en mi tormenta de pánico. Y hablamos. Por primera vez, realmente hablamos. Le conté sobre las noches en vela, sobre la alegría de la primera sonrisa de Rafael, sobre el terror de no saber cómo pagar las cuentas. Él escuchó, sin interrumpirme, con el rostro como una máscara de dolor autoinfligido. Y habló sobre la presión, sobre la

soledad de su posición, sobre el error de haber priorizado la reputación en lugar de la humanidad.

Un leve gemido procedente de mis brazos interrumpió su confesión. Rafael se movió, abriendo los ojitos por un instante antes de volver a cerrarlos. El instinto se apoderó de mí. Me levanté, moviendo el cuerpo con una familiaridad recién adquirida, y lo llevé a la cuna portátil que Dante había montado en un rincón de la habitación. Lo acomodé con cuidado, cubriendo su pequeño cuerpo con la manta.

Dante observaba en silencio cada uno de mis movimientos. Cuando volví y me senté en el otro extremo del sofá, el espacio entre nosotros se llenó de una nueva quietud. La paternidad, aunque fuera por un breve momento, nos había unido en un propósito común.

La atracción entre nosotros, que antes era una fuerza destructiva de ira y deseo, resurgió, pero de una forma nueva. Estaba tejida con el frágil hilo de la vulnerabilidad compartida y el consuelo mutuo.

No sé quién se movió primero. Quizás nos inclinamos al mismo tiempo. El beso no fue salvaje ni desesperado. Fue lento,

vacilante, casi una pregunta. Un roce de labios que se profundizó en busca de consuelo, de conexión. Sabía a whisky y arrepentimiento. Por primera vez, no sentí amargura, solo una tristeza compartida.

Sus manos subieron para sostener mi rostro, secando con los pulgares las lágrimas que ni siquiera sabía que habían caído. Las mías fueron a su pecho, no para alejarlo, sino para afianzarme, sintiendo los latidos fuertes y constantes de su corazón bajo la tela de la camisa. Me guió desde el sofá hasta su habitación, con pasos lentos y deliberados. No había prisa...

En la penumbra de la habitación, iluminada solo por las luces de la ciudad que entraban por la ventana, se detuvo frente a mí. Sus manos bajaron hasta el borde de mi camiseta y dudaron, su mirada buscando la mía, pidiendo un permiso que nunca antes se había molestado en pedir. Asentí con un movimiento casi imperceptible. Dante levantó la camiseta lentamente y la reverencia de su gesto me dejó sin aliento.

El aire frío tocó mi piel. Sus manos, que antes me tocaban con posesión, en ese momento me exploraban con una ternura que mi cuerpo no conocía. Sus dedos recorrieron mi espalda, mi cintura, deteniéndose por un instante sobre la piel aún suave de mi vientre.

No había juicio, solo un toque que parecía querer comprender y curar.

Mis manos, temblorosas, se dirigieron a los botones de su camisa, desabrochándolos uno a uno, revelando su amplio pecho y su piel cálida.

La ropa cayó al suelo, como pedazos olvidados de un mundo que dejamos fuera de la puerta. Me besó de nuevo, profundizando el contacto, mientras sus manos encontraban mis pechos. El contacto era suave, rozando mis pezones con los pulgares hasta que se endurecieron, no por una excitación cruda, sino por una delicada sensibilidad. Me tumbó en la cama y se colocó sobre mí. El peso de su cuerpo era una presencia reconfortante, no opresiva.

Cuando nos unimos, fue con un suspiro compartido de alivio y pertenencia. Entró en mí lentamente, llenando un vacío que era mucho más que físico.

Sus ojos nunca se apartaron de los míos.

No fue un sexo de rabia o pasión ciega. Fue lento y tierno, una conversación de cuerpos que decía todo lo que las palabras no podían expresar. Fue un acto de consuelo, una forma de anclarnos el uno al otro en medio del miedo. Sus manos acariciaban mi cabello y

mi rostro. Las mías exploraban su espalda y los músculos tensos bajo mi palma. Cada movimiento era una promesa silenciosa de que, al menos esa noche, ya no estábamos solos.

El ritmo era constante y profundo, como una marea que subía lentamente. Sentí cómo se acumulaba el placer, no como una explosión, sino como una ola suave y cálida, que comenzaba en lo más profundo de mi vientre y se extendía por cada parte de mi cuerpo. Arqueé la espalda, con un gemido bajo que se perdía contra su boca.

Sentí su cuerpo tensarse, sus movimientos profundizarse por última vez y, cuando llegó el placer, nos envolvió a ambos, una liberación silenciosa y compartida que nos dejó en un silencio emocionalmente devastador, abrazados en la oscuridad, dos adversarios que finalmente habían encontrado una rendición mutua.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 42

Mi mundo, antes un universo expansivo de leyes, poder y ambición, se había reducido a las dimensiones de este apartamento y, paradójicamente, nunca me había parecido tan vasto.

Los días se convirtieron en una extraña y bifurcada rutina. Por un lado, el mundo exterior, una cacería fría e implacable que se desarrollaba a través de los mensajes codificados en mi teléfono.

Torres:

Movimiento sospechoso en la zona portuaria. Estamos vigilando.

Dante:

No lo pierdan de vista. Quiero actualizaciones cada hora.

Por otro lado, el mundo interior. Un universo con olor a talco, el suave sonido de la respiración de un bebé y un cansancio que se

infiltraba en el alma de una forma que ninguna audiencia larga había logrado jamás.

Estaba en medio de la habitación, a las dos de la madrugada, meciendo a Rafael en mis brazos. Él refunfuñaba, con su pequeño cuerpo tenso, luchando contra el sueño. Mi mente, antes ocupada con estrategias de interrogatorio y lagunas legales, en ese momento estaba centrada en un único objetivo: encontrar el ritmo exacto, la cadencia perfecta de balanceo que lo hiciera dormir.

Mi celular vibró en el bolsillo, una notificación silenciosa de Torres. La ignoré. La alerta del mundo exterior podía esperar. La alerta en mis brazos era más urgente.

—Shhh, campeón. Todo está bien. Papá está aquí —susurré, y la palabra "papá" sonaba cada vez menos extraña en mi boca.

Empecé a caminar por la habitación, paso a paso, lentamente, siguiendo el mismo recorrido que ya me sabía de memoria. De la ventana a la estantería, de la estantería al sofá. Poco a poco, sentí cómo el pequeño cuerpo se relajaba contra mi pecho. Su respiración se hizo más profunda. Se había rendido. Fue una victoria que, de alguna manera, me pareció más significativa que cualquier veredicto que hubiera pronunciado jamás.

Lo acosté en la cuna con un cuidado que parecía reverencia, con un movimiento calculado para no romper el hechizo del sueño. Solo entonces tomé mi celular.

Torres:

Falsa alarma. Pero hemos cerrado el cerco en uno de sus escondites. Es cuestión de tiempo.

Respondí con un simple "Ok" y guardé el aparato.

El juez que hay en mí debería estar analizando la estrategia de Torres, pero como padre solo podía mirar la cuna y el diminuto pecho que subía y bajaba.

Bruna me observaba. Sentía su mirada fija en mí constantemente. Se mantenía a distancia, en silencio, presenciando mi torpe transformación. Me vio luchar con un biberón que siempre estaba a la temperatura equivocada. Vio mi pánico cuando Rafael se atragantó por primera vez y me observó descubrir, por casualidad, que el sonido bajo y continuo del extractor de la cocina era lo único que lo calmaba cuando le daban los cólicos.

Ya no estaba "intentando" ser padre. El intento había sido sustituido por la práctica y la repetición, que en algún momento se convirtieron en instinto. Un día, mientras hacía muecas ridículas y sonidos absurdos, Rafael abrió la boca con una amplia sonrisa desdentada, con un sonido de pura alegría brotando de su garganta. En ese instante, me invadió una ola de felicidad tan pura y abrumadora que me dejó sin aliento. *Lo hice reír. Yo...*

Levanté la mirada, aún sonriendo, y mis ojos se encontraron con los de Bruna, que estaba parada en el umbral de la puerta de la cocina. Ella me observaba, pero la desconfianza en sus ojos había desaparecido. La ira, el dolor... todo había retrocedido, dando paso a algo nuevo. Una suavidad, una curiosidad, tal vez incluso el comienzo de una comprensión...

Su mirada, tan poderosa y gentil con nuestro hijo, estaba empezando a curar su corazón. No lo estaba haciendo por ella, pero la silenciosa aprobación en sus ojos era una consecuencia inesperada que, para mi sorpresa, me importaba.

El mundo exterior seguía siendo peligroso. Había un monstruo al que se perseguía. Pero allí, dentro de esa fortaleza de cristal y acero, yo ya no era el juez que perseguía a un acusado. Era un

padre que protegía a su hijo y, por primera vez, comprendí que no había mayor alegría ni propósito que ese.



Bruna
MAGALHÃES

Capítulo 43

Los días en la fortaleza de Dante transcurrieron en una neblina de miedo y una extraña y desconcertante comodidad. El mundo exterior era una amenaza lejana, un nombre susurrado en tensas conversaciones telefónicas. El mundo interior era el olor a leche de Rafael, el sonido bajo de la televisión y la presencia constante y sólida de Dante.

Se movía por el apartamento como una pantera enjaulada, con el celular casi como una extensión de su mano y la mandíbula siempre apretada. Pero entre las tensas llamadas con el delegado Torres, era simplemente... un padre. Lo observé, fascinada y aterrorizada, mientras dominaba el arte de calentar un biberón a la temperatura exacta, con el ceño fruncido en concentración, como si estuviera analizando una prueba crucial. Lo vi caminar de un lado a otro en la madrugada, con Rafael en su hombro, murmurando en voz grave palabras sin sentido hasta que el llanto cesaba.

Yo, que había alimentado el odio hacia él, me vi cediendo. La ira, que era mi armadura, se había derretido, dejando mi corazón

expuesto y confuso. La imagen del protector implacable se superpuso a la del juez cruel, y ya no sabía cómo conciliar las dos.

Aquella tarde, el aire parecía más pesado de lo normal. Rafael dormía en la cuna y el silencio en el apartamento estaba cargado de expectativa. Dante estaba de pie junto a la ventana, mirando la ciudad, pero yo sabía que no la veía. Estaba esperando.

Cuando sonó su celular, el sonido nos hizo saltar a los dos. Contestó con voz baja y controlada.

—Torres.

Lo observé, con todo mi cuerpo en alerta, tratando de descifrar la mitad de la conversación. Escuchó durante un largo rato.

—¿Estás seguro? —Una pausa—. ¡Genial! Manténme informado.

Colgó.

El silencio que siguió fue diferente. No era tenso.

Dante se volvió hacia mí y, por primera vez en días, vi cómo se relajaban los músculos de sus hombros. Una oleada de alivio tan palpable emanaba de él que el aire del apartamento parecía más ligero.

—Se acabó —dijo, con la voz ronca por la emoción contenida —. Torres lo atrapó. Ya no nos molestará más.

Se acabó...

La palabra resonó en mi mente. La amenaza había desaparecido. El hombre del parque, el miedo helado... todo había terminado. Debería ser un momento de pura alegría, de liberación. Sin embargo, lo que sentí fue un nuevo tipo de pánico.

Nuestra seguridad está garantizada. El peligro pasa, dejándolos en el silencio del apartamento con una nueva realidad entre ellos. La pregunta flota en el aire: ¿y ahora qué?

Ahora que la amenaza que nos unía había desaparecido, ¿qué nos quedaba? ¿Volver a mi vida anterior? La idea, que una semana antes habría sido mi mayor deseo, en ese momento me llenaba de un vacío aterrador. Volver al pequeño apartamento, a las noches solitarias y a la lucha diaria sin su presencia sólida, sin el sonido de su voz en el teléfono garantizando nuestra seguridad, sin verlo inclinarse sobre la cuna de nuestro hijo.

La idea de vivir sin él, que antes era mi objetivo, se había vuelto insoportable.

Se acercó a mí, deteniéndose a una distancia segura. La energía entre nosotros había cambiado de nuevo. Ya no era la alianza forzada por el miedo, ni la pasión volátil de antes. Era algo tranquilo e incierto. —Estás a salvo, Bruna. Rafael está a salvo.

Asentí, incapaz de hablar. El Alivio debería ser lo único que sentía. Pero, al mirar al hombre que tenía delante: mi verdugo, mi salvador, el padre de mi hijo... admití para mí misma una verdad aterradora. No solo quería su protección. Lo quería a él y no tenía ni idea de qué hacer con eso.



Dante

AZEVEDO

Capítulo 44

El silencio que se instaló en el apartamento después de colgar el teléfono con Torres era diferente. No era la quietud tensa de la espera, ni el vacío de la soledad. Era el silencio del "después". La crisis había pasado y la amenaza estaba neutralizada. En ese momento, el mundo real, con todas sus complicaciones, llamaba a nuestra puerta.

Bruna estaba sentada en el otro extremo del sofá, con la mirada perdida en las luces de la ciudad. Abrazaba sus rodillas, una figura pequeña y vulnerable en medio de la inmensidad de mi sala. El peligro nos había obligado a formar una alianza, una intimidad nacida de la necesidad. *Pero ¿y ahora qué? ¿Qué éramos sin un enemigo común?*

El protocolo y la lógica dictaban el siguiente paso.

—Ya es tarde —dije, con una voz que sonaba extrañamente formal en el silencio del lugar—. Si quieres, puedo llevarte de vuelta a casa ahora. Están a salvo.

Ella no giró. Durante un largo rato, la única respuesta fue el reflejo tembloroso de las luces de la ciudad en sus ojos. Vi cómo sus hombros se contraían mínimamente, en una vacilación casi imperceptible, pero que para mí, entrenado para leer el lenguaje corporal de testigos y acusados, fue suficiente. Ella no quería irse...

La idea de volver al mundo anterior, a la soledad, tal vez la aterrorizaba tanto como a mí.

En ese instante, me invadió una claridad cortante. No podía dejarla ir. No así. Devolverla a su antigua vida sería lo mismo que abandonarla de nuevo, solo que de una forma más civilizada. Sería un retroceso, una cobardía.

Me levanté y caminé hacia ella, arrodillándome frente a ella para que nuestros ojos quedaran al mismo nivel. Finalmente se volvió hacia mí, con la sorpresa y la incertidumbre estampadas en su rostro.

—Te fallé —comencé, con voz baja pero firme, despojada de cualquier artificio—. En todos los sentidos posibles. Como hombre y, antes incluso de empezar, como padre. No hay ley ni argumento que pueda cambiar eso.

Ella permaneció en silencio, con los ojos fijos en los míos, desconfiada y buscando la trampa.

—No me iré —continué, y la promesa era un juramento, un ancla que lanzaba allí, en ese suelo—. No otra vez. Se acabó mi huida.

Le tomé las manos. Estaban heladas, pero ella no las retiró. La miré profundamente a los ojos, derramando en ellos la única verdad que me quedaba.

—Sé que no tengo derecho a pedir nada. Después de todo lo que he hecho, pedir sería un insulto. Así que no voy a pedir. Voy a ofrecer.

Respiré hondo, sintiendo cómo mi corazón latía con la gravedad de una sentencia.

—Bruna... —Mi voz era la de un hombre pronunciando su propio veredicto—. Cásate conmigo.

La sorpresa en su rostro fue total. Sus labios se entreabrieron y vi cómo se formaba el rechazo en sus ojos.

—No como una solución —me apresuré a decir, antes de que ella pudiera interrumpirme—. No para arreglar el pasado. El pasado

es una cicatriz que siempre tendremos. Pero como un comienzo. El comienzo de algo seguro. —Le apreté las manos con una gentileza que no sabía que poseía—. Te juro que seré el padre que Rafael se merece y el hombre que tú te mereces. Aún no sé cómo, Bruna. Soy un novato en todo esto. Probablemente volveré a fallar una y otra vez. Pero pasaré el resto de mi vida intentando demostrarlo. Cada día. Esa es mi sentencia y la única que importa.

El silencio que siguió fue la espera más larga de mi vida. Yo, que nunca había esperado el veredicto de nadie, estaba allí, de rodillas, esperando el suyo. Vi las lágrimas correr por su rostro, silenciosas, y mi corazón se contrajo. Vi la lucha en sus ojos, la guerra entre el dolor que le había causado y la promesa que le estaba haciendo. Le había entregado todo el poder. Toda mi vida dependía de su próxima palabra.

Entonces, entre lágrimas, susurró:

—Sí.

La palabra fue casi inaudible, frágil como un hilo de cristal, pero para mí sonó como el final de una sentencia y el comienzo de mi vida. Un alivio tan profundo me recorrió que tuve que cerrar los

ojos por un instante. No había sido perdonado. Había recibido una oportunidad y era todo lo que necesitaba.



Bruna
MAGALHÃES

Epílogo

Dos años después...

El sonido que llenaba el jardín de nuestra casa era mi definición de felicidad. Era una sinfonía caótica de risas infantiles, música de dibujos animados sonando bajo un altavoz y el murmullo de conversaciones animadas. Había globos de colores atados a las sillas y el olor a pastel de chocolate se mezclaba con el de la hierba recién cortada.

Desde mi lugar en la terraza, con la mano descansando sobre la suave curva de mi vientre, observaba la escena. Rafael, un niño de dos años lleno de energía, corría por el césped, con su cabello rubio brillando bajo el sol. Llevaba un pequeño sombrero de "cumpleañero" torcido en la cabeza y reía a carcajadas, con una risa pura y contagiosa.

En el suelo, siguiéndole los pasos, estaba Dante.

Ya no era el juez con su impecable traje. Llevaba jeans y una camiseta sencilla, con una pequeña mancha de glaseado de pastel en el hombro. Gateaba, fingiendo ser un monstruo, gruñendo y

haciendo cosquillas a nuestro hijo, que se retorcía de tanto reír. Ver a Dante así, despojado de toda su armadura de poder y autoridad, entregado a la paternidad con una devoción que aún me dejaba sin aliento, era la prueba diaria de que estaba cumpliendo su promesa.

Un poco más lejos, cerca de la barbacoa, el delegado Torres, un amigo de la familia al que Rafael llamaba simplemente "tío Torres", se reía de algo que decía mi madre, con un vaso de refresco en la mano. Se había convertido en una presencia constante y reconfortante en nuestras vidas, un recordatorio del peligro que nos unió y de la seguridad que encontramos.

Nuestros mundos, antes tan distantes y opuestos, se habían fusionado en uno solo, allí, en aquel jardín ruidoso y feliz.

Dante rodó por el césped con Rafael y, al levantarse, sus ojos se encontraron con los míos a través del jardín. Sonrió, de una forma que llegaba a sus ojos azules y los llenaba de un calor que nunca pensé que vería. Luego, me guiñó el ojo, en una promesa silenciosa... un código solo nuestro.

Más tarde, esa noche, con la casa finalmente en silencio y los niños durmiendo, entró en nuestra habitación. Yo estaba sentada en

la cama, leyendo. Dante se sentó a mi lado, tomó mi mano y la posó en su mejilla.

—Feliz cumpleaños a nuestro hijo —susurró.

—Ha sido un día perfecto —respondí, entrelazando mis dedos con los suyos.

Dante se inclinó y me besó en la frente, luego bajó y besó suavemente mi vientre.

—Y feliz casi cumpleaños a nuestra hija.

Sonreí, acariciándole el pelo.

—¿Estás listo para otra ronda de noches sin dormir?

Levantó la cara y la seriedad de sus ojos me conmovió profundamente.

—Estoy listo para todo, Bruna. Siempre y cuando sea con ustedes.

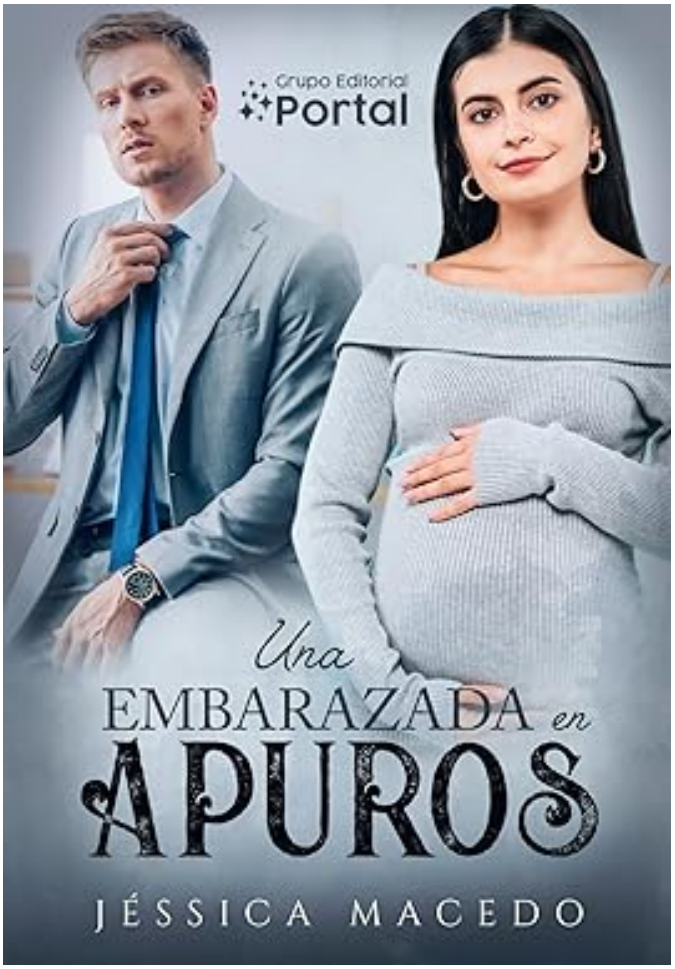
La redención de Dante no fue solo un acto de heroísmo ni una dramática petición de perdón. Fue un proceso silencioso y continuo... cada pañal que cambió, cada noche que pasó despierto y cada vez que antepuso las necesidades de Rafael y las mías a las suyas. Fue cada "te quiero" susurrado en la oscuridad, no como un

intento de borrar el pasado, sino como la construcción de un nuevo futuro.

Se inclinó y me besó, un beso lento, lleno de una historia de dolor, perdón y un amor sólido, construido sobre las ruinas de un comienzo desastroso.

La familia que formamos no era parte de un plan, pero era la prueba definitiva de que, a veces, las sentencias más difíciles nos llevan a los veredictos más felices.

Otras obras



Enlace: https://amzn.eu/d/he8BD8e

Sinopsis:

Eros Bianchi era el director general de una agencia de publicidad en auge. A punto de casarse, parecía tener una vida perfecta después de que una de sus campañas le valiera el premio Cannes. Sin embargo, pilló a su novia acostándose con su mejor amigo el día en que iban a darse el «sí, quiero».

Graciela Rodríguez llevaba una vida humilde como camarera en un resort de lujo en el Caribe y no

esperaba que su camino se cruzara con el del guapo e irresistible canadiense, que llegó al hotel tras una decepción amorosa.

Vivieron una intensa pasión, con los días contados, porque Eros tenía que volver a su país. Graciela pensaba que nunca volvería a verlo, pero su relación dio sus frutos y, poco después de la partida del director general, descubrió que estaba embarazada.

El bebé en camino no era el único reto de la joven, ya que su hermano se había involucrado con hombres peligrosos que la perseguían. Eros no esperaba volver a tener una mujer y una vida, pero haría todo lo posible para protegerla a ella y a su hijo.



Enlace: https://amzn.eu/d/fOdFxFe

Sinopsis:

Matteo Ferraro es un multimillonario italiano acostumbrado a tener el mundo a sus pies, y a las mujeres también. Frío, implacable en los negocios y dueño de un encanto devastador, vive para expandir su imperio, sin dejarse distraer por nada que no pueda controlar.

Al menos así era… hasta que pisó Belo Horizonte para cerrar un contrato y se topó con Priscilla.

Seis años atrás, Priscilla se dejó envolver por Matteo en una noche mágica y pagó el precio cuando él la descartó sin remordimientos. Regresó a Brasil con el corazón hecho pedazos y con una revelación que cambiaría su vida para siempre: estaba esperando un hijo de él.

Desde entonces, Priscilla hizo de todo para mantener a Luca lejos de ese hombre, criando al niño sola y enterrando el pasado como podía. Sin embargo, el destino tiene sus propios planes y, cuando Matteo reaparece inesperadamente en su vida, la muralla que ella construyó comienza a desmoronarse.



Enlace: https://amzn.eu/d/30Mkpd7

Sinopsis:

Rico desde que nací, crecí en una burbuja, alejado de la gente común y rodeado solo de personas como yo. Heredero, a punto de asumir un imperio, era tratado como tal. Sin embargo, había algo en mí que me impulsaba a querer conocer una versión del mundo en la que la gente no me viera como el futuro director ejecutivo de Fontana Emprendimientos.

En una loca aventura, tomé el coche del jardinero y me hice pasar por conductor de

aplicación, conociendo a gente diferente y yendo a lugares de la ciudad que nunca había frecuentado. Fue entonces cuando la conocí.

Llorando, Thaís se subió al coche después de haber visto a su ex novio engañándola. Decidí llevarla a distraerse, pero nuestra noche acabó yendo mucho más allá de unas hamburguesas y unas risas.

Entonces mi padre enfermó y tuve que dejar de lado las distracciones para asumir mi responsabilidad con todo el legado que me estaba dejando. Pensé que nunca volvería a ver a Thaís, pero la reencontré un tiempo después y descubrí que estaba embarazada y que yo era el padre del bebé. Pero, para ella, yo no era más que un humilde chofer, así que vi la oportunidad de construir una relación que no se basara en mi dinero. Sin embargo, las mentiras no duran para siempre. En algún momento tendría que decirle quién era yo en realidad.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor:
https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram:
https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook:
https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal